

Trilogía "Cada parte de mí"

SI TAN SOLO

FUERA

*Solo*

No importa los años que viva,  
y en que parte del mundo me  
encuentre, vivirás en mí hasta  
el día en el que muera...



MYRIAM OJEDA





Si tan solo fuera sexo

**Miriam Ojeda**

**MÍRIAM OJEDA**

**LxL Editorial**



Cuando amas desesperadamente, solo él ocupa tus pensamientos. Vives y respiras por aquel que da vida a tus días. El misterioso y carismático Klaus Grass, es el hombre que trastoca todos sus sentidos, transportándola a un mundo que nunca pensó llegar a conocer. El miedo a enamorarse a veces puede ser peligroso y, de esta manera, hacer que nos separemos de la persona que más queremos en ese instante, sin ser conscientes de ello. Y es posible, que no todo se pueda perdonar. Jacqueline Amorós se llevará una sorpresa que nunca se habría podido imaginar, en el momento más inoportuno de su vida, y de su carrera... «No importa los años que viva, y en qué parte del mundo me encuentre, vivirás en mí, hasta el día en el que muera»

Primera edición: Junio 2015

© Miriam Ojeda 2015

©Editorial LxL, 2015

[www.lxleditorial.es](http://www.lxleditorial.es)

ISBN: 978-84943899-8-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 917021970 / 932720447 . Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

## Prólogo

—¡Jacqueline! Adelante... estaba deseando conocerte.

Me sorprendí ante aquellos ojos aceituna que me miraban expectantes, miré su pelo rubio ceniza revuelto por su cabeza y sonreí, para poco después sonrojarme; si mi futuro editor iba a ser él, tendría un serio problema... me adentré en el espacioso despacho de una de las editoriales más importantes de España. Aún no me podía creer que aceptaran mi manuscrito, ni siquiera podía creerme que hubiera tenido el valor de enviarlo. Pero no me arrepentía en absoluto, hacía tiempo que no me sentía tan viva y con tantas ganas de empezar algo nuevo. Me acerqué hasta el sillón que ocupaba el centro de la estancia frente a su escritorio. Sonreí al ver mi manuscrito sobre su mesa, me volví y vi su mirada tierna recorriendo todo mi cuerpo; cuando sus ojos se toparon con los míos, sonrió.

—Estaba intentando mentalizarme sobre cómo serías —Se metió las manos en los bolsillos—, debo decir que eres mucho mejor en persona, tengo una imaginación penosa —Me eché a reír—. Por favor, siéntate —Hice lo que me pidió—, he de decir que esta historia me ha maravillado, esto nena, va a ser publicado, que no te quepa duda.

Intenté ocultar la emoción que empezaba a adueñarse de mí.

—¿En serio cree que es lo suficientemente buena?

—No me cabe duda, tienes mucho talento, la insistencia en quedar lo antes posible, es porque no me puedo creer que tenga este final... —Le sonreí— Por dios, necesito que me cuentes qué te llevó a esta historia...

—¿Todo? ¿Desde el principio?

—Oh sí, desde el principio...

# Capítulo 1

Hubiera estrellado el móvil contra el suelo si no fuera porque hacía dos semanas que me lo había comprado... ¿Quién osaba despertarme del magnífico y sugerente sueño que estaba teniendo? ¡Ah sí! la puñetera alarma, que me recordaba que la realidad me estaba esperando, me removí por la cama perezosa y con las energías bajo cero. Me deslicé hasta acabar con la cabeza bajo la almohada y recé para que cayera un agua torrencial que me impidiera levantarme e ir a trabajar. Después de cinco minutos esperando el milagro, me tocó darme por vencida, me incorporé sudorosa de la cama en una fresca madrugada a principios de abril, «*las cinco y media...*» ¡Dios! Madrugar así debería ser un pecado. Me susurré a mí misma mientras miraba por última vez a mi querida y amada cama. De lo único que tenía ganas era de volver dentro, cubrirme hasta los ojos y hacer el bicho-bola, al menos seis horas más.

Al poner un pie en el suelo me estiré y me di cuenta que tenía las piernas prácticamente caladas, mi piel reflejaba un suave brillo de sudor, vale, acababa de entender que tenía que quitar las mantas o meterme en la cama sin pijama... Esto no podía ser normal, aunque quizá fueran mis sueños los responsables de que mi temperatura subiera cada dos por tres. Era la tercera noche en dos semanas que soñaba lo mismo. La idea de que mi mente no hiciera más que recurrir a tríos en sueños, me tenía algo descolocada y lo curioso era que siempre eran los mismos los que me llevaban al descubrimiento de los orgasmos más impresionantes de mi vida, obviamente en sueños... Porque ninguno era mi novio, ni siquiera un «*follamigo*», de hecho no tenía novio ni «*follamigos*». Abrí la ventana para ventilar la habitación y un frío gélido recorrió mi cuerpo ¡Buenos días, mundo!

Me desnudé frente a la ducha; el agua caliente ya empezaba a desprender vaho y no podía evitar tiritar, hasta incluso llegar a tener que retorcerme en una danza algo ridícula que todos hemos bailado alguna vez (*de eso estoy segura*), por no hablar de que había forrado el suelo con varias toallas y mi pijama ahora para lavar, todo menos tocar el suelo frío con los pies. Estaba deseando que el agua saliera lo suficientemente caliente como para hervir unas patatas, para saber que estaba a mi temperatura perfecta; cuando me quemó la piel solté un gemido de placer... Dios, eso era la gloria... Aligeré la marcha viendo que llegaría tarde si me quedaba en los laureles (*donde era mi estancia habitual*), sequé mi pelo castaño oscuro, y lo recogí en un moño desenfadado que me había enseñado a hacer mi primo Carlos. Él estaba estudiando peluquería y me tenía de conejillo de indias

pero, al menos, tenía ciertas ventajas, *(cuando no la cagaba, que por suerte para mí, había sido en pocas ocasiones)*. Como lo tenía tan largo estaba cansada de llevarlo siempre planchado o rizado, porque mi pelo no era agradecido... Siempre tenía que dedicarle tiempo, ya que si no lo hacía se me bufaba o encrespaba, sí... hasta ahí me llegaba la suerte y hoy estaba muy vaga, también me levanté con la hora demasiado justa como para entretenerme con esas cosas. Me vestí a trompicones mientras iba preparándome mi vaso de leche con cacao, mi primer desayuno de los dos que tomaba diariamente. Me puse mis vaqueros, mis botas con un poco de tacón, una de mis camisetas preferidas con escote de pico negra y un pañuelo en el cuello con estampado de leopardo. Maquillé mi rostro sencillo, con polvos, colorete y mis ojos verdes que aún estaban entrecerrados e hinchados, los pinté con lápiz negro y rímel... ¡La última vez que me quedaba hasta las tantas leyendo! Me tomé el vaso de leche de un sorbo y salí pitando de casa. Vivía a dos calles de mi trabajo y siempre llegaba con la hora justa ¿Cómo puedo organizarme tan mal? Trabajaba en un gimnasio de masajista y/o recepcionista, en el turno de mañana, dependiendo de si contrataban masajes o no, como era el caso de hoy, que no había ningún masaje programado; simplemente me sentaría frente a la puerta a esperar que pasaran las horas. Abría a las seis y media de la mañana hasta mediodía, que entraba Bea, quién terminaba el turno junto con el dueño (su novio). No es que el sueldo fuera como para tirar cohetes, pero me sentía mejor sabiendo que algún dinero del que malgastaba era ganado por mí.

Llegué y abrí la persiana en un santiamén, encendí las luces, abrí las puertas, enchufé la calefacción en los vestuarios. Me puse en la recepción a esperar a los más madrugadores del lugar, que siempre eran los mismos: una chica de unos treinta años, que habitualmente hacía una hora diaria y salía de los vestuarios vestida de traje y chaqueta, *(siempre pensé que era abogada, pero quién sabe, quizá sería comercial)*. Tenía una elegancia increíble. También dos chicos con el tamaño de osos gigantes, pasaban las mismas horas que yo en la estancia, siempre pensé que trabajan de gigolós *(sí, podían ser porteros de discoteca que era lo más coherente, pero me parecía más divertido imaginar que tenían que acostarse con viejas chochas con mucho dinero que malgastar)*. No me caían del todo mal, pero odiaba cómo miraban a según qué mujeres, por encima del hombro, odiaba esa actitud petulante, pero por alguna razón conmigo eran simpáticos y es lo que les salvaba de que los mandara a la mierda... Bueno eso y el trabajo, claro está. Me daban los buenos días, charlábamos un rato sobre el fin de semana y pasaban sus tarjetas por el detector... Así día tras día... Temía que en algún momento, por aburrimiento *(ya que me aburría demasiado)*, acabara acostándome con alguno de los dos, si llegara a pasar después me cosería la vagina y me metería a monja... ¡Palabra!

Miré mi reloj, no tardaría en aparecer, así que me arreglé las tetas para que quedaran de lo más sugerentes dentro del escote que llevaba, que tampoco era



exagerado, a todo esto miré mi *WhatsApp*, tenía varios mensajes del grupo de mis amigas. Laura trabajaba en un hospital como enfermera de quirófano, Martina como endocrina, yo en un gimnasio... Sí, era incomparable y algo patético dado las profesiones de mis amigas, yo tenía el título de fisioterapeuta pero no había conseguido trabajo en lo mío a tiempo completo, al menos estaba mejor que Dana que vivía explotada en el restaurante de su suegra, un auténtico mal bicho que seguro que era la reencarnación de alguna bruja a la que quemaron en *Salem* y juró venganza (*apostarí mi vida a ello*).

Estaba de espaldas a la entrada esperando que la puñetera impresora no me diera el coñazo como tenía por costumbre hacer cada mañana. Creo que aquel objeto entendía el idioma humano y decidía sacarme de mis casillas. Imagino que por eso había veces, que se encendía el escáner solo *«eso era cuando se corría de gusto»*; entonces oí el tintineo de la puerta, me giré y simplemente lo vi, tan increíble como cada mañana, saludó con su increíble sonrisa y me tragué el suspiro de puro milagro...

## David

Era la tercera noche que no dormía. Al menos sacaría buenas notas este cuatrimestre, eso me consolaba, miré mi móvil y ni rastro de Lorena. Consiguí desesperarme hasta perder el juicio. ¿Por qué narices no la dejaba? ¿Dónde había quedado aquel golfo que tanto me hizo disfrutar en mi soltería? Mi reflejo en el espejo era un espanto. Me notaba más delgado y eso me deprimía, me machacaba demasiado en el gimnasio como para adelgazar de esta manera, «puñeteros nervios... Puñetera vida, puñetera novia» me grité a mí mismo mientras me secaba y me vestía para ir al gimnasio ¿Quién se duchaba antes de ir al gimnasio para volver a sudar? Pues yo... desde que Jacqueline había entrado de recepcionista no podía evitar querer que me viera guapo, aunque era agotador, días como hoy solo quería ir con mi barba de tres días y en un chándal viejo y horrible pero extra cómodo para hacer deporte. Aunque no quería que ella me viera así. No podía evitar sentirme halagado con la forma en que se sonrojaba cuando me veía entrar, y en cómo se le hinchaba el pecho y sonreía poniéndose algo roja a la vez. Adoraba su reacción física a mi presencia, nunca pensé que cuando entré en la universidad para estudiar enfermería, mi compañera de mesa acabaría siendo tan buena amiga. Laura ahora trabajaba en un hospital, yo viendo mi suerte me puse a estudiar la carrera que siempre había querido... Derecho. Y así fue como Laura me llevó a Jacqui, sabía de sobra que le gustaba desde el primer día en que me la presentaron, siempre llamó mi atención, aunque hubiese chicas que me mantenían ocupado y como sabía que ella era algo seguro, no me importaba dejarla en la recámara esperando el momento oportuno, pero empecé con Lorena... y Jacqui se volvió la

tía más impresionante y atractiva que conocí... ¿Y qué hacía yo? Estar con una puñetera loca obsesa de los celos con la que peleaba más que follaba, daba gracias de que Lorena no hubiera visto en persona a Jacqui, sino me habría tenido que cambiar de gimnasio por quinta vez. Aparqué el coche y me acerqué a la puerta donde a través del cristal vi el perfecto culo de Jacqueline, que aporreaba la impresora «*otra vez*», me encantaría verla ponerse tan agresiva mientras la tomo como merece...«joder» otra vez me traiciona el subconsciente «*coge aire David*».

## Jacqueline

—¡Hola pequeña! —Caminó hacia mí y me dio un pequeño abrazo y un beso en la cabeza— ¿Qué tal estás?

—Hasta el gorro de esta mierda de impresora —dije después de darle un gran y sonoro beso en la mejilla.

—Tú y tu cuento de cada mañana —Me siguió y se quedó apoyado en el mostrador mientras yo me limitaba a auto-tranquilizarme, al acabar de sacar los papeles que se quedaron atascados.

—¿Qué tal tú? —Volví a su lado y me crucé de brazos apoyándome en el mostrador. Hoy se había afeitado... una pena, me encantaba la barba que estaba llevando estos días.

—Agh —gruñó—, asqueado...—Se pasó la mano por el pelo negro, que no se movió un ápice.

—¿Las clases?

—Lorena...

—Vaya... —La imagen de su novia me vino a la cabeza— ¿No va mejor la cosa?

—Yo que sé...—dijo fijando la vista al frente. Era tan guapo, que casi me dolía mirarle. Dana decía que exageraba, pero para mí no podía ser más atractivo. Tenía la mandíbula tensa y los ojos cansados; aun así me resultaba irresistible. No me extrañaba que ocupara un puesto importante en mi aventura sexual nocturna, completamente ficticia, muy a mi pesar.

Le sonreí mientras le acariciaba el mentón. Me cogió la mano y me la besó antes de entrar para sus dos horas diarias de gimnasio. Conocía a David desde hacía tres años. Cuando Laura entró a estudiar enfermería, uno de los muchos jueves universitarios en los que coincidimos ella y yo, me presentó a su compañero de mesa y me encantó desde la primera noche. He de decir que Laura siempre me contaba: «*tengo un compañero de clase que estoy segura que te gustaría*». No se equivocó un ápice. Desde entonces pasaron tres años y desarrollamos cierta amistad a parte de la que ya tenía con Laura. Siendo esta la que nos unía de todas formas. No sabía cómo podía gustarme una persona durante tanto tiempo y no intentar nada, pero estaba acostumbrada a que fuera así. David me importaba demasiado para que fuera solo sexo... y lo conocía demasiado bien como para pretender algo más. Pero él ahora tenía novia y al parecer, estaba enamorado. Aún no entendía qué había podido verle a esa... cosa...pero bueno, las hay espabiladas y eso me quedó claro. Un *WhatsApp* me hizo salir de mi ensoñación y una sonrisa me recorrió la cara, mi segundo desayuno estaba de camino ¿Cómo podía un chico hacerme sonreír de esa manera con un «*na voy de camino*»? Me levanté y miré impaciente por el cristal de la puerta, los diez minutos se me hicieron eternos, hasta que vi su silueta salir de la furgoneta de trabajo con dos cafés en la mano. Llevaba sus vaqueros que tanto me gustaban, bajos de cintura con sus zapatillas converse, una camiseta como la mía en línea de hombre de color azul marino y una finita bufanda en el cuello... Era de anginas sensibles...como yo. Tenía su pelo negro alborotado como a mí me gustaba... «*Bueno vale...me gustaba él entero...*» aunque llevara un saco de patatas puesto.

Su metro noventa se iba acercando, dejando a la vista su ancha y fuerte espalda. Parecía ágil, como si no tuviera esos músculos que tan bien se le marcaban en la camiseta. Siempre pensé que valdría como modelo de Armani o de cualquier marca de ropa, si hasta cuando vestía de sport parecía un Adonis...

—Buenos días por la mañana —dijo con su peculiar forma de pronunciar. Era alemán y hablaba perfectamente español, aunque tenía un cierto acento que me hacía reír.

—Señorito Klaus —Hice la reverencia de cada día.

—Miss Jacqueline —pronunció en su sexy alemán, a lo que me reí. ¿El alemán podía ser sexy?... Si era Klaus el que lo hablaba me deshacía, aunque hablara el *suajili*...

Dejó los cafés en el mostrador y me dio un dulce beso en los labios. No podía evitar besarle y abrir un poquito el ojo derecho, no quería perderme ninguno de sus detalles, de él no... y menos el movimiento que hacía antes de abrir los ojos

después de besarme, cuando sus perlas azules volvían a abrirse al mundo, yo tenía que coger aire si no quería desmayarme.

No sabía qué relación tenía exactamente con él. Lo conocí la mañana de una Nochebuena tiempo atrás, yo tenía dieciocho y él dieciséis años; por aquel entonces era un chico en plena pubertad, con acné, flacucho y con una altura desproporcionada. Vestía con ropas demasiado anchas que le daban un aspecto un tanto peculiar, yo salía de la consulta del que era mi psicólogo, iba enfundada en un chándal «Adidas» negro que me venía un tanto grande. Él estaba sentado en la sala de espera con los pies encima de la mesa donde estaban las revistas, ojeando una, cuando levantó la cara hacia mí. Me miró durante unos segundos y luego apartó la vista, me llamaron la atención esos ojos azules impresionantes. Aunque en aquella época estaba tan en mi mundo que tampoco le hice mucho caso, me fui hacia la salida cuando estando de espaldas escuché que lo llamaba mi psicólogo —¿Klaus Grass? Pasa y ponte cómodo—, me giré otra vez y vi cómo entraba, volviéndome a mirar y esta vez me sonrió. En aquel momento me pregunté cuál podría ser su problema, el mío estaba claro, estaba rematadamente loca... Pero él no tenía esa mirada perdida que teníamos todos los que acudíamos allí, a partir de ahí coincidimos varias semanas después y así poco a poco fuimos haciéndonos amigos, buenos amigos a decir verdad, incluso ayudó bastante a mi recuperación, me hubiera encantado poder hacer lo mismo por él, pero nunca me dijo cuál era su motivo para acudir a un loquero. Solo mencionó que lo hacía para que su madre lo dejara en paz. Siempre supe que había algo más, pero cuando rascabas un poco su superficie se escondía como un caracol, así que simplemente dejé de hacerlo, y me limité a hablar solo de mí. No recuerdo por qué, pero hacía unos años que habíamos perdido el contacto, hasta que coincidimos en la sala de espera del centro médico hacía cinco meses. Estaba claro que la medicina y nosotros teníamos algo en común, quizá fuera cosa de la alineación de los astros o algo así. Nos dimos el *Facebook* y luego el *WhatsApp*, hasta que una noche quedamos. Recuerdo que cuando lo vi en aquella sala de espera, casi me caigo. No podía dejar de mirar esa espalda musculada y ese pelo que seguía mojado. Entré caminando, decidida a sentarme frente a la puerta de mi médico, entonces lo vi y mis pasos empezaron a sonar algo extraños y es que me había ralentizado sin darme cuenta. Podría haberme sentado en cualquier otro lugar, pero como si una fuerza tirara de mí, acabé sentada a su lado; cuando se giró pude notar que mi cara estaba igual que mi abrigo: «rojo». Era realmente guapo, ¡qué guapo! ¡Impresionante! Durante los minutos hasta que entró a la consulta, unas diez enfermeras pasaron por allí. Yo ponía los ojos en blanco a cada enfermera que pasaba por delante; cansada del numerito ridículo, miré hacia él y me encontré con sus dos perlas azules mirándome con una sonrisa en la cara. Me puse aún más colorada, no recordaba conocer a semejante varón, pero había algo en sus ojos que me era tremendamente familiar.

—¿Jacqueline? —Cuando oí mi nombre en sus labios, una taquicardia me dio los buenos días.



## Capítulo 2

—¿Cómo va la mañana Klaus?

—Una mierda Jacqui —Se recostó en la pared mirando la furgoneta que había dejado aparcada en el vado del gimnasio.

—Madre mía, cómo está el ambiente esta mañana —susurré, a lo que él sonrió.

—¿Y la tuya, cómo va? —Me atrajo hasta él y me cogió fuertemente de la cintura.

—Ahora mucho mejor...—Sonreí y le besé. El zumbido de su móvil nos separó de golpe.

Aún podía notar la electricidad que habían dejado sus manos en mi trasero.

—Nena tengo que irme, necesitan un pedido.

—Vale, ten cuidado ¿nos vemos después?

—Claro —dijo saliendo por la puerta después de un pico de despedida—, iré a tu casa a cenar.

Sonreí y vi cómo se metía en la furgoneta, me encantaba, pero no sé a dónde me llevaría esta relación o lo que fuera que estábamos teniendo. Antes de besarnos (*que fue en la quinta cita*), hablábamos casi todos los días por *WhatsApp*. Ahora nos veíamos todos los días, pero aún no habíamos pasado a mayores... ¿Con veinticinco años era sano estar a base de morreos y calentones? No lo sabía, pero ya no podía más; miré mi *WhatsApp* y les hice una declaración de intenciones a mis amigas.

—*De esta noche no pasa... viene a casa a cenar. (11:23)*

—*Laura: cuántas veces llevas diciendo eso esta semana... (11:25)*

—*Me encanta tu apoyo... (11:27)*

—Martina: *Ja ja ja vamos, vamos que hoy llega a tercera base. (11:35)*

—Ja ja ja. (11:35)

—Laura: *Ja ja ja. (11:36)*

—Martina: *¿Has pensado qué vas a hacer que no hayas hecho ya? (11:38)*

—Laura: *Pasea desnuda, ya te lo dije. (11:39)*

—Mmm...*Lo que veo tan raro, es que no me haya tocado una teta en un mes. Pero ¿dónde se nos ha ido el romanticismo? (11:42)*

—Martina: *Yo lo sé, a tu vagina... (11:43)*

—Laura: *Ja ja ja raro es... pero quizá quiera ir despacio... (11:43)*

—*¿Por qué me siento el tío de los dos?(11:44)*

—Martina: *Ja ja ja, ya decía yo que últimamente te notaba la nuez. (11:45)*

—... *Ja ja. (11:45)*

—Laura: *¿Y no has pensado que sea virgen? (11:47)*

—Chis *¿estamos locos? Si es un puñetero Dios griego, además, me comentó por encima que tuvo novia o algo así... (11:48)*

—Martina: *Yo estoy con un hombre así y te juro por Dios que no lo dejo en mi vida. (11:49)*

—*¿Y te crees que yo sí?...aún no sé qué ha visto en mí, cada vez que lo veo...me entran ganas de lamerle entero. (11:50)*

—Laura: *¡Yogur de frutas Alemán marchando! Ja ja. (11:55)*

—Martina: *Eres preciosa pava, eso es lo que ha visto. (11:55)*

—*Estoy triste... (11:56)*

—Laura: ¡Disfruta de tu yogur que bien bueno está! Cada uno es como es, quizá no quiere que pienses que solo busca tema, puede que se haya pasado demasiado tiempo «folleteando» por ahí y ahora quiera hacer las cosas bien... (11:57)

—Creo que así no acabas de ayudar del todo, pero en fin... (11:57)

—Martina: anímate pava, no iría a verte todas las mañanas si no le gustaras... no te ansies... (12:00)

—Quizá tengas razón. (12:01)

—Laura: Mañana quedamos para comer y nos cuentas. (12:05)

—OK. (12:06)

—Martina: Ok. (12:06)

Dejé el móvil cargando y terminé unos papeles, estuve entretenida hasta que David salió recién duchado con su olor a «*One Million*» que me traía loca.

—Pareces contenta...—Me miró fijamente— No me digas que ha venido a verte tu «*ai Hitler*».

Fruncí el ceño... ¿Por qué siempre era tan borde cuando a Klaus se refería?

—Klaus...—le corregí.

—Disculpa... —carraspeó— ¿Ha venido Klaus a verte?

Mi sonrisa le contestó y sonrió.

—Podrías traértelo este sábado —sugirió mientras buscaba algo por su chaqueta—, le gustará.

—No puede —contesté no muy triste. Klaus me encantaba pero no quería que se mezclara en mi vida, mis sueños originados por mi subconsciente eran otra cosa...—, trabaja...

—Una pena...

—Sí —¿Por qué creo que no había un ápice de pena en su tono?

—Tú vendrás ¿no?

—¿Lo dudas? —Le sonreí y me guiñó un ojo.

—Bueno me voy pequeña que tengo que comer e ir a clase...si tengo ganas que me maten —dijo colocándose bien la mochila en su ancha espalda.

—Venga hombre...Anímate, ¡mañana nos emborrachamos y que le den a todo!

—Te tomo la palabra —me dijo a la vez que me daba un beso en la cabeza de despedida— ¿te veré luego?

—No... —Sonreí— Mi «ai Hitler» ¡viene a cenar a casa!

Soltó una carcajada y movió la cabeza de un lado a otro.

—¡Pásalo bien y haz todo lo que yo haría! —dijo recuperando su sonrisa.

—No lo dudes... —Levanté mis cejas y se rio para sí mismo.

Se despidió poco después... hoy habían quedado todos, incluidos Laura y Leo (su novio) para cenar. Yo ya me había hecho un hueco en el grupo de amigos de Leo en el que también se encontraba David y contaban conmigo para cualquier plan o fiesta. Eso me hacía sentir bien, aunque desde que David estaba con Lorena, mis visitas habían menguado. ¡Qué Dios me perdone! Pero no era plato de buen gusto ver lo acaramelados que estaban, aunque para la fiesta del sábado no pude negarme, si tenía que pasar por la tortura de verlos comerse hasta la vida, estaba dispuesta a hacerlo, pero necesitaba correrme una buena fiesta y el hecho de que no estuvieran pasado su mejor época me hacía tener más ganas de ir. Me estaba dando cuenta de que era un poco cabrona...

—Un poco bastante cabrona Jacqui...—resopló Dana al otro lado del teléfono.

—Si me vas a dar el sermón dímelo y te cuelgo...

—Tranquila mujer...—rio— ¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy de camino al coche, hoy como en casa de mi madre.

—¿Te vas a vivir a un piso para ir todos los días a casa de tu madre?

—Tanto tiempo viviendo la vida ¿para encerrarte en cuatro paredes a la orden de un marajá, con una madre nacida en la época de *Salem*? Tu vida es un puto *reality de la MTV* —Se echó a reír, aunque noté un resoplido—. Lo siendo Dana —mentí—, ¿vendrás este sábado?

—Trabajo...—oí cómo resoplaba y mi sangre empezó a hervir.

—¿Y si te lo pides libre? —insistí.

—¡No puedo, ya hay reservas, pasadlo muy bien y ya me cuentas el lunes!— exclamó contenta y no entendía por qué. ¿Cómo podía ser feliz? Ni siquiera el novio merecía la pena.

—Bueno pues ya te contaremos, cuídate y no te canses.

—Hablamos Jacqui, te quiero.

—Y yo Dana...—Colgué.

No podía evitar sentir rabia cuando colgaba el teléfono después de cada llamada a Dana. Habíamos sido como hermanas toda la vida y ahora nos veíamos una vez al mes. Laura y Martina ya estaban decididas a no meterse más en su vida para intentar que volviera a ser ella misma... Y yo por muy triste que me pareciera me resigné a perderla. Solo vivía a veinte minutos en coche de nosotras, pero parecía que estuviéramos a días de distancia, algo se había roto entre nosotras cuatro, aunque preferíamos pensar que tarde o temprano lo acabaría dejando. A veces pensaba en coger un palo y matarlo, o matarla a ella por imbécil, luego pensaba que aquello era ilegal y la idea se me iba temporalmente de la cabeza, aunque no la desechaba del todo. Para qué negarlo, «odiaba a su novio» con toda mi alma, sé que odiar es malo... ¡Pero joder, los hay quienes se lo ganan a pulso! Llegué a casa de mi madre a las dos y media y no salí de allí hasta las ocho de la tarde, fui corriendo a mi casa a ducharme y hacer la cena para Klaus.

—¡Qué narices me pongoooo! SOS SOS. (21:35)

—Laura: ¡desnuda! (21:35)

—Voy en serio... (21:36)



—Martina: Ponte los leggins esos que te pones para dormir que no dejan nada a la imaginación y cualquier camiseta, estará tan empanado viendo cómo se te clarea el culo cuando te agachas, que no mirará nada más. (21:40)

—Yo no sé por qué pregunto... (21:40)

—Laura: Ja ja apoyo a Martina. (21:41)

—Ya os cuento, os quiero. (21:42)

Dejé el *WhatsApp* tranquilo y me dispuse a vestirme, Klaus no tardaría nada en llegar y la cena estaba medio hecha. Después de mucho pensar me cabreé, hacía demasiado frío como para ponerme los vestidos de dormir de verano y no quería ponerme mi pijama de franela... ¿Y si ponía la calefacción a tope? Mmm...no, aun así tendría frío (*hasta en verano tenía la necesidad de taparme para poder dormir*) si llevaba pantalones cortos o algo por el estilo, mi castaño de dientes me delataría, o mis pezones como piedras...aunque quizá eso no fuera tan mala idea... ¡A tomar por saco! Me pondría la sugerencia de Martina... Me puse los leggins y me miré en diferentes posturas...«no se me clarea nada»... pensé con el ceño fruncido, cogí una camiseta rosa pastel que me dejaba un hombro al aire, sequé mi pelo y me hice una trenza que caía por un lado. Maquillé mi cara y me dispuse a terminar la cena. A las diez en punto ya estaba tocando al timbre, corrí a abrirle la puerta.

—Klaus...

—Jacqueline...

Nos sonreímos y me besó. Entró en mi casa seguido de su mejor amigo.

—¡Has traído a Play! —exclamé poniéndome de rodillas abrazando a su increíble pastor Alemán de nueve meses súper simpático que me tenía enamorada.

—¿Te importa? mi compañero de piso tenía una cita.

—¿A mí? —Levanté la cabeza para mirarle. Era difícil dado lo alto que era y que yo estaba de rodillas delante del perro que no hacía más que intentar lamer mi cara— Para nada ¡sabes que me encanta que esté aquí!

—Ya...ya...lo he visto —Sonrió, yo seguía entretenida haciéndole monadas al perro, que ya se había tirado al suelo para que le acariciara la barriga.

—¡Play! —gritó desde el sofá— Ve a tu sitio, deja a Jacqui —dijo pronunciando mi nombre con un acento que me volvía loca.

—¿Celoso?

—Un poco...

Nos miramos y nos reímos, Play siguió la orden de su dueño y se sentó en la manta que le había comprado para cuando venía a mi casa, le llené el tarrito de agua y le puse comida en el otro. Lo tenía muy consentido pero, como no era mi perro y de la educación se encargaba Klaus, yo podía mimarlo lo que quisiera. Que era mucho a decir verdad.

—No me extraña que te quiera tanto, lo consientes demasiado.

—¿Pero qué dices? Solo soy cariñosa... —Sonreí.

—Sí...y le compras cualquier chorrada que sale para perros —Solté una carcajada—, como me lo amaricones, te mato.

Me reí y volví a la cocina americana. Lavé mis manos y seguí terminando la cena. Klaus se entretuvo instalándome unos programas en el portátil, poniéndose al día de los programas que tenía grabados de *Masterchef USA* y luego puso la mesa. En media hora estaba recostado acariciando sus abdominales.

—Creo que no voy a poder seguir viniendo tan a menudo a cenar.

—¿Por qué?—pregunté ensimismada mientras veía el movimiento que hacía su mano por sus abdominales...«*quien fuera esa mano*».

—¡Porque he engordado dos kilos!

—¡Anda ya exagerado! —exclamé poniéndome de pie, él empezó a reírse— Échale la culpa a Gordom Ramsay...

—Ven aquí mujer —Me tendió la mano que acepté, tiró de mí y me sentó en su regazo.

Le miré durante unos segundos sin parpadear, metí mis dedos entre su alborotado pelo y rasqué su cabeza. Gruñó y entrecerró los ojos. Miré su cara, estaba tranquila y relajada, con la otra mano que tenía libre le acaricié los labios,

sonrió a mi tacto. Los tenía suaves, gruesos y rosas, más que los míos que siempre estaban blanquecinos. Acaricié su delineado y fuerte mentón y pude notar el inicio de su barba, sonreí al ver sus perfectas pestañas rizadas (yo tenía que tirarme una hora con el rizador y aun así no quedaban bien del todo), algo subió hasta mi garganta al sentir su aliento tan cerca de mí, en ese momento me di cuenta de lo mucho que me gustaba, me levanté de golpe y me miró sorprendido.

—¿Qué pasa?

—No quiero amariconarte como a Play.

Soltó una carcajada

—Me arriesgaré...—Vino hacia mí pasándose la lengua por los dientes.

—Mm chico aventurero...

—No sabes cuánto...

—¿Y cuántos años dices que tenías? —Levanté una ceja, necesitaba una vía de escape, que se echara a reír y cambiara de tema...

—Veintitrés...

—¿Y cuánto tiempo llevas teniendo veintitrés?

De repente se paró y empezó a reírse...

—¿Crepúsculo?!

—¿Cómo lo sabes? —Me eché a reír— ¿Poco original? ¿Prefieres cincuenta sombras de Grey?

—¿Tienes una fusta de cuero trenzado? —Negué con la cabeza— Entonces nos tendremos que quedar con Crepúsculo, y no amiga, no es nada original...aunque si algo friki —dijo sonriendo y metiéndose las manos en los bolsillos. Me miró sin hablar durante unos segundos—, y así es como el león se enamoró de la oveja.

—Vaya oveja tan estúpida —Sonreí.

—Qué león tan morboso y masoquista...

Me reí a carcajadas asombrada de que se supiera aquello de memoria.

—¿Quién es el friki ahora? ... a quién le cuente esto no se lo cree.

Empezó a reírse mientras caminaba hacia mí. ¡Dios era tan dulce! Se puso a mi lado y me cogió del trasero levantándome hasta quedar a su altura, le rodeé el cuello con las dos manos y metí mis dedos en su pelo, le besé con fuerza, con demasiada diría yo.

Sentí pasión y anhelo... mucho anhelo.

Había merecido la pena la espera porque lo que estaba sintiendo era algo que no había sentido nunca, al menos no lo recordaba. Me tumbó en la cama y se puso sobre mí, mi metro sesenta y siete era nada entre sus manos y su cuerpo. Me besaba con fiereza, acariciaba mis piernas y mis caderas con suavidad, pero no sé por qué me parecía que se contenía. Cogí su cara entre mis manos y le obligué a mirarme.

—¿Dónde estás Klaus?

—Estoy aquí —dijo pegando su frente a la mía.

—No... no estás —Me incorporé— ¿Qué pasa?

Suspiró sentándose en la cama y a mí se me heló la sangre... eso no parecía ser nada bueno.

—Es solo...—Pensó en las palabras que iba a decir— Que me gusta nuestra relación tal y como es sin necesidad de... —Hizo una pausa.

—¿Sexo?

—Sí... si tenemos sexo, nuestra relación cambiará y no quiero, yo no deseo tener novia, me encanta que estés en mi vida, de verdad —Me miró a los ojos—. Pero simplemente como amiga. Siento si mi comportamiento te ha confundido, no era mi intención. Es solo que eres una chica realmente atractiva, y a mí me cuesta tener amigos del sexo femenino sin liar todo demasiado, y te pido disculpas por eso.

Un guantazo que me girara la cara me habría dolido menos. Cogí aire y me pasé la mano por el pelo... ¿Acababa de rechazarme? No podía ser... ¿Y todos estos meses de coqueteo? ¿Los besos cuando me veía o se iba? Miré a Play que me observaba con las orejas de punta y volví a mirarle a él.

—¿Estás bien? —preguntó.

«¡*Muérete insolente capullo!*» Pensé para mí misma, pero asentí con la cabeza, no me salía la voz.

—Bien...—suspiró sonriéndome— creo que voy a bajar a Play un rato —Me miró pensativo.

—Qué...

—¿Puedo quedarme a dormir? No quiero interrumpir a Samuel.

—Sí, claro...—hablé antes de pensar— Llévate las llaves, voy a acostarme.

Cogió las llaves y a Play. Salió por la puerta. Solté todo el aire que estaba reteniendo y sin darme cuenta empecé a llorar... ¿Se podía ser más ridícula? Me había ilusionado por unos cuantos besos... ¿Pero qué me pasaba? ¿Tan horrible era que no podía gustarle? Me desmaquillé enfadada y arrepintiéndome de haberle dicho que podía quedarse. ¿Se puede ser más idiota? Encima ponía la otra mejilla, no tenía remedio... me quité la ropa, me puse una camiseta larga de mi hermano que a veces usaba de pijama y después de dejar una fina manta y unas sábanas en el sofá me tumbé en mi cama. Me tapé hasta los ojos enumerando los motivos por los cuales no le gustaba a Klaus, sí... yo era así de patética. Ya llevaba un rato cuando oí la puerta y a Play correteando para beber agua. Poco después lo tenía medio subido a la cama intentando lamerme la cara, empecé a sonreír por primera vez en bastante rato.



## Capítulo 3

### Klaus

El aire que me azotó la cara cuando salí del patio, me dio la serenidad que me faltaba. Solté a Play que corrió hacia el parque que había enfrente, le seguí en silencio, esta vez había estado cerca, demasiado cerca, sabía que tenía que alejarme de ella pero no podía, y más cuando la veía con ese leggin que no dejaba nada a la imaginación... ¿Lo hacía aposta? ¡Dios! Aún seguía empalmado y eso que hacía un frío horroroso para estar en abril. Tenía que llamar a Carolina... era con la única que me podía desfogar como a mí me gustaba, aunque cada vez me sentía peor al hacerlo y luego llamar a Jacqui... ¿Qué me pasaba? Me encantaría tener sexo con ella más que comer, pero si veía cómo me gustaba, no querría saber nada de mí nunca más. Por no hablar de que perdía completamente el interés por las chicas una vez me había acostado con ellas. Pocas cumplían mis expectativas y las dejaba de llamar haciéndome quedar como un cerdo que solo quería sexo. La verdadera razón era porque el sexo que había tenido con ellas no me llenaba... A mí me gustaba de una manera, nada de romanticismos, de misioneros ni miradas penetrantes durante el acto.

Átame, pégame, aráñame, sé bruta, fiera y me tendrás comiendo de tu mano. Pero ella era demasiado dulce para eso, además no creo que me sintiera bien tratándola así... En aquel momento me acordé de la primera vez que vi a Jacqui y en mi psicólogo, no sabía exactamente por qué, siempre que me encontraba en una situación de estrés me venía aquel hombre y sus charlas a la cabeza, no tuvo que ser fácil lidiar con un adolescente marginado que odiaba al mundo y más concretamente a su padre. Recuerdo aquella época como si hubiera sido hace millones de años, pero pese a todo aquel hombre consiguió hacer que me integrara en la sociedad, me hizo ver cosas que aún hoy pongo en práctica cada día, aunque muy en el fondo sigo siendo aquel marginado al que nadie comprende. Me rasqué la cabeza incómodo ante aquel pensamiento... ¿Qué pensaría aquel hombre de mi gusto en cuanto al sexo si se lo contara?. Empecé a sonreír recordando alguna de sus expresiones y de repente la imagen de Jacqui me azotó la mente. Recordé el momento exacto en que nuestros ojos se cruzaron por primera vez, y en lo horrible que le quedaba ese chándal negro. En aquel momento no imaginaba que esa esquelética y fea chica acabaría por caerme tan bien ...

... Al principio me costaba mirarla a la cara, pero por lo extremadamente flaca que estaba, no me hizo mucha falta saber qué hacía en el psicólogo, saltaba a la vista. Aunque cuando realmente me impresionó, fue cuando la vi entrar aquel día

en la sala de espera, con ese abrigo rojo que se le ceñía al cuerpo y terminaba un poco más arriba de las rodillas. Se lo quitó dejando a la vista su perfecto cuerpo; me puse rojo al notar qué efecto tenía sobre cierta parte de mi anatomía. Le di la espalda durante unos segundos, tenía que serenarme y pensar en flores y prados, nada excitante si quería seguir en aquella sala de espera sin formar un espectáculo. La miré de soslayo, ella observaba a las enfermeras que pasaban delante de nosotros, al ser más alto tenía una vista privilegiada de su escote. No fue hasta que puso los ojos en blanco cuando caí en que ese gesto lo conocía... pero no podía ser... Hacía años que no sabía nada de ella. La última vez que la vi, aunque había cogido algo de peso, seguía dando impresión... no podía haberse recuperado de esa manera... ¡era una jodida diosa! me puse rojo como un tomate, otra enfermera me distrajo durante unos segundos, volvió a hacer este gesto y ya no me quedó más dudas— ¿Jacqueline? —dije después de que sus pequeños ojos verdes cayeran en mí. Me dio un latido tan fuerte en el corazón que creí que lo habría notado. Cuando entrecerró los ojos como adivinando quién era, me calmé... Por suerte no se dio cuenta, le sonreí como un tonto y cuando fue abriendo los ojos de par en par me di cuenta de que ya había caído en quién era yo.

## Jacqueline

—Qué pasa Play ¿te has divertido? Vamos chico, a tu sitio, hay que dormir...

—¡Play! —Oí llamarlo y se fue hacia Klaus. Cerré los ojos respirando fuertemente, hasta que noté mi cama moverse.

—¿Qué haces? —pregunté dándome la vuelta.

—¿En serio te crees que iba a dormir en el sofá? —bufó— Vamos... ni notarás que estoy aquí, descansa —Me dio un beso en la mejilla y se dio la vuelta.

Me quedé en esa posición durante lo que me parecieron unos minutos... Mirando su espalda y notando cómo, poco a poco, su respiración se relajaba y se iba quedando dormido ¿Pero cómo se podía tener tantísimo morro? Me recosté en la cama e intenté dormir. No sé a qué hora me quedé dormida pero, cuando noté la lengua de Play en mi cara, para mí tan solo hacía minutos de ello. Me incorporé y Klaus estaba de pie en el baño, vestido, lavándose los dientes.

—¿Qué hora es? —pregunté restregándome los ojos.

—Las cinco y cuarto de la mañana —Me miró sonriendo—. Pensé que sería la hora de despertarte.

—S... sí...—tartamudeé— gracias.

Me levanté como si llevara una losa de cien toneladas encima, hoy necesitaba algo más fuerte que mi clásico vaso de leche. Así que me decidí por hacer café, él se puso a mi lado y se sirvió. Quién nos viera desde fuera supondría que éramos una pareja que desayunaban juntos, aquel pensamiento me puso triste...

—¿Hoy te vas de fiesta no?

—Sí...

—¿Cuándo vendrás?

—No lo sé...

—¿No lo sabes?

—No...

—¿Piensas quedarte una semana o qué?

—Puede...—Me miró frunciendo el ceño—, el sábado de madrugada o tal vez el domingo por la mañana.

—Vale... ¿te veré el lunes? —preguntó tomándose el último sorbo de café y dejando la taza en la pila. Miré sus manos durante unos segundos mientras dejaba con suavidad la taza.

—Sí...—¿Sí? ¿Por qué había dicho que sí?— Ya sabes dónde encontrarme...

—Bueno tengo que irme... Pásalo bien esta noche y ten cuidado, hablaremos cuando vuelvas —Me dio un beso en la mejilla y abrió la puerta— ¡Play nos vamos!

El perro se acercó a mí moviendo el rabo, me agaché y le acaricié, después le bese entre los ojos.

—Nos vemos pronto amigo...

El día pasó súper lento y más porque, siendo sábado, ni David ni Klaus habían hecho acto de presencia. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos por no dormirme, saqué una libreta que siempre llevaba conmigo y empecé a garabatear cosas sin sentido. Siempre se me había dado bien la escritura, incluso me planteé escribir un libro, pero lo acababa dejando a medias, ya fuera por falta de tiempo, de interés o de inspiración. Cuando me cansé de escribir cosas absurdas y algo tristes llamé a mis amigas para cancelar la comida, estaba demasiado cansada, les conté por encima lo ocurrido y se quedaron en silencio...«*genial, lo único que yo no quería*», poco después cerré el gimnasio y me encaminé a casa.

Solo de pensar en meterme en la cama me reconfortaba, mis amigas no pararon de mandarme mensajes haciéndome bromas para que cambiara de humor, consiguieron que me echara una risas pese a las pocas ganas que tenía, ni siquiera me molesté en comer los macarrones que preparé. Abrí la cama y me metí dentro, solo quería dormir.

La noche iba sobre ruedas, ya iba por el tercer tequila y David estaba algo ebrio. No había ni rastro de su novia por ningún sitio y eso me hacía inmensamente feliz. No quise pensar mucho en Klaus y, el alcohol y el suéter de pico negro que llevaba David, hacían que llevara a cabo mi misión de olvidarme de él. Hubo un momento de la noche en el que me quedé observándolo. Llevaba unos vaqueros desgastados de pitillo, con unas converse negras y un suéter de pico de manga larga fino y ceñido, de color negro, que le hacía más corpulento. Iba sencillo pero increíble, como siempre. Hoy se había engominado el pelo y lo había peinado hacia atrás. Veía cómo gesticulaba y sonreía, incluso se pegaba unos bailes que ni el mismísimo *Chayanne* en «*Baila conmigo*». Dios... menudo cacao tenía formado en mi cabeza. Veía a Klaus y me gustaba... me gustaba mucho a decir verdad y veía a David y me gustaba también. Eran completamente distintos en el físico (*aunque ambos abrumadores*), en la forma de ser y en la actitud, pero aun así y pese a sus diferencias, ambos me atraían en su conjunto... ¿Podía ser eso lógico? David llamaba la atención con su actitud, contaba chistes, imitaba personajes y nunca estaba quieto. Me encantaba y me hacía reír hasta que sentía que me dolía la boca, sin embargo, Klaus era soberbio, no le gustaba llamar la atención, siempre le rodeaba un aura de misterio que te atraía sin poderlo evitar. Reservado e interesante, inteligente como pocas personas, tenía un humor algo negro y siempre lucía sexy y perturbador, también sabía qué decir para hacerme reír... ¿Qué demonios me pasaba?

—Te gusta ¿verdad? —Oí detrás de mí.

—¿Ya estamos otra vez? —Me volví y me encontré con los ojos vivaces de Roberto, un amigo del grupo.

—Vamos... míralo —dijo poniéndose a mi altura y volví a girar la cabeza hacia David— ¿Es guapo verdad?

—Claro... —Evité mirar a los ojos de Roberto, e intenté aparentar indiferencia, era obvio que estaba intentando sonsacarme si me gustaba su amigo.

—¿Tanta vergüenza te da reconocerlo, que no puedes mirarme a la cara?

—No te las des de filósofo... vas borracho.

—Los borrachos y los niños siempre dicen la verdad.

—No me digas...—Sonreí.

—Eres guapa y estás buena... lánzate, no te diré que no.

—¡Por dios! Me encanta que no seas nada superficial —bufé alzando una ceja.

—También eres una tía guay —matizó sonriéndome.

—Vaya... ¡gracias!

Me miró durante unos segundos y sonrió. Por el fruncimiento que tenía en su frente estaba pensando en algo...

—¿Te vas a lanzar o no?

—¿Cuántas veces tengo que decirte que David no me gusta? —mentí, mirándole a los ojos.

—¿Cuántas veces vas a mentirme? —Volvió a sonreírme.

Le contemplé fijamente, sonriendo. Roberto era muy atractivo, tanto que no me importaría acostarme con él, sino fuera por el aforo completo que tenía en mi cabeza. Era moreno de piel y delgado, pero su rostro lobuno tenía un puntazo interesante. Le miré los labios y me relamí, una parte de mi cabeza a la cual el alcohol no había alcanzado empezó a hablar en modo estéreo... « ¡Por Dios qué coño estás haciendo! ¡Para! ¿Estás coqueteando? ¿Coqueteando con Roberto?» Me

repetía una y otra vez mientras me recogía el pelo suelto y planchado hacia un lado de mi cuello, dejando la otra parte libre. Mi lenguaje corporal era tan obvio y tan patético que si estuviera delante de un espejo, me daría vergüenza de mi misma, pero había obtenido resultado porque Roberto me estaba mirando el cuello.

—¿Por qué crees que me gusta David y no tú? —pregunté.

—No me miras cómo lo miras a él —Me sonrió con la boca torcida.

—¿Acaso me observas tanto como para saberlo?

Se sonrojó y tuve mi respuesta.

—No es el único que me gusta...

—¿A no?

—No...—Sonreí.

—¿Y cuántos más te gustan? —dijo dando un paso hacia mí.

—Unos cuantos...—Me mordí el labio.

—Me pones nervioso Jacqui —Sonrió mientras se pasaba la mano por el pelo.

—Tan valiente para allanar el camino de tu amigo y tan cobarde para facilitarte el tuyo... —Chasquéé la lengua a lo que sonrió.

¿En serio estaba a punto de liarme con el amigo de David, poniendo en riesgo cualquier oportunidad con el mismo? ¡Por Dios! la última vez que tomaba tantos tequilas y más teniendo las hormonas cómo las tenía. Estábamos a escasos centímetros, cuando el olfato me avisó de cierta presencia.

—¿Qué está pasando aquí?

—Diferencia de opiniones David —dijo Roberto dando un paso hacia atrás y mirando a su amigo, como si nada hubiera estado a punto de pasar.

—¿Y de qué se trataba el asunto? —habló pasando un brazo por mis hombros.

—Sobre los distintos gustos...—contesté sin apartar los ojos de Roberto.

David frunció el ceño pero no dijo nada, me miró y le sonreí.

—¿Cómo estás?

—Borracho —dijo con una sonrisa que me dejó sin respiración.

—Dime algo que no sepa...

Ambos nos reímos y volvimos con el resto. Ya fuera por el alcohol o por mi corto vestido, David no se apartaba de mi lado, estaba más cariñoso de lo habitual... canción tras canción me iba poniendo más nerviosa. ¿Qué pasaba? Hacía ya dos horas que no bebía nada y todo había vuelto a estar más claro, también el dolor de pies estaba haciéndose realmente insoportable «*putos tacones*», gruñía ignorando el dolor o al menos intentándolo sin mucho resultado.

No me di cuenta que David ya no estaba hasta que Laura me señaló con la cabeza que mirara detrás de mí. Me giré y allí estaba él, gesticulando con las manos, mientras hablaba con una chica. No la veía muy bien pero viendo el estado de nervios en el que estaba, intuía que era Lorena, miré a Laura otra vez y esta negó con la cabeza...

—Esa tía está loca —dijo ya a mi lado, mientras las dos mirábamos la escena.

—Y que pierda el tiempo con ella...—Apreté mis puños.

—Últimamente le monta unas escenas que son impresionantes.

—La culpa es suya por imbécil...—Me crucé de brazos y aparté la mirada.

—Si...—Me miró fijamente.

—¿Qué pasa?

—¿Has estado a punto de enrollarte con Roberto?

—¿Yo? — Fingí sorpresa— ¡Qué va!

—Te he visto... —Me sonrió— ¿En serio ibas a hacerlo?

Me puse roja y ella empezó a reírse.

—Yo no tengo la culpa de que los amigos de tu puñetero novio me atraigan ¡joder! —dije en un susurro a lo que ella empezó a carcajearse.

—No tienes remedio...

Levanté mis hombros riéndome. Iba a contestarle y observé que David venía hacia nosotras hecho un loco. Cuando me quise dar cuenta, el resto había hecho un círculo alrededor de él.

—Necesito salir de aquí ¡ya! —Levantó la voz, algo poco habitual en él, a no ser que estuviera de broma.

—Claro... —contestó uno de los amigos— yo te llevo.

—Espera —Le paró Leo con la mano—, hay controles de alcoholemia en las rotondas, te pararán y tendrás que soplar, te multarán.

—¿Cuánto hace que has bebido la última copa? —pregunté.

Él levantó la mano que no había visto y allí estaba el vaso medio vacío...

—Así no puedes coger el coche —apuntó Laura—, ninguno podéis... no vais en condiciones.

—Jacqueline hace horas que no bebe —dijo Leo mirando a David.

—Dos horas —apunté mirando a Laura.

—¿Estás bien como para coger el coche? —preguntó ella.

—Sí...creo que sí.

—Sí o no...

—Sí, Laura sí...

—¿Seguro? —Le respondí levantando una ceja a lo que asintió.

—Yo estoy bien David, ¿quieres que te lleve?



Asintió sin decir nada y todos fuimos hacia donde habíamos dejado las chaquetas. Serían las seis de la mañana y no tardaría en amanecer. Nos despedimos de todos y justo cuando íbamos a salir, Roberto me miró sonriendo, agaché la cabeza solo por la vergüenza que sentía por lo que estuve a punto de hacer.

Llegamos al coche y me cambié los zapatos antes de arrancar. Cuando noté la comodidad de mis zapatillas suspiré sonriendo, nada mejor que unos zapatos planos para devolverle a una a la vida. David miraba por la ventana sin hablar, me puse en marcha hasta llegar al control de alcoholemia, un policía me hizo detener. Bajé la ventanilla con una sonrisa seductora y un suave pestañeo de ojos...

—Buenas noches —dijo el chico mirándome a los ojos y ruborizándose.

—Buenas noches.

—¿A dónde se dirigen?

—A casa —Sonreí—, ya es bastante por una noche.

—¿Si verdad? —Me sonrió— ¿Está muy lejos?

—A veinte minutos más o menos.

—¿Ha bebido?

—Hombre...—dudé— Un poco la verdad, aunque estoy bien para conducir —dije con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cuánto hace que dejó de beber? —preguntó arqueando una ceja.

—La última ha sido hace tres horas y tampoco he bebido mucho.

Me estudió durante unos segundos, vale, había mentido... pero por una hora no creo que pasase nada ¿no?

—¿Y su acompañante?

—Él no está para conducir... —Le volví a sonreír— Por eso llevo yo el coche —Levanté de nuevo mis ojos verdes hacia él y vi cómo se ponía rojo.

—Está bien... —dijo al fin— Continúe con cuidado.

—Muchas gracias —dije dando un respingo y sonriendo tanto que me dolía la boca, él me devolvió la sonrisa, dio un golpe al techo y se apartó.

Me puse en marcha y me destensé... seguro que habría dado positivo, o me habría librado por muy poco; estaba completamente bien para conducir, aunque no hubiera eliminado por completo el alcohol de mi organismo. David siguió un rato más en silencio.

—Si llego a ser yo el que lleva el coche, me hubieran hecho soplar...

—Eso es porque no tienes mi encanto, señorito...—dije guiñándole un ojo.

—Por lo visto no... —Sonrió y respiré al ver que ya estaba algo mejor— ¿Te han hecho soplar alguna vez?

—Negativo...

—En mi próxima vida quiero ser mujer...

—Estarías guapo con unas tetas, no digo que no.

Me miró y nos sonreímos, quedándonos en silencio durante un rato.

—No me lles a mi casa, no quiero estar solo —Noté cómo miraba mi perfil e intenté no mostrar nada, era una pésima actriz, de eso estaba segura.

—Bueno ¿y qué propones? —Me giré sonriendo.

—No lo sé... solo sé que no quiero pensar.

—¿Tienes hambre?

—¿Qué pregunta es esa...? —Me miró y sonreí— Yo siempre tengo hambre...

—¿Quieres que vayamos a mi casa? —hablé antes de pensar y luego sentí que mi cara estaría a punto de arder.

—¡Claro! —exclamó retomando de nuevo su humor— Necesito comer y una ducha.

—Pues perfecto, creo que tengo esas dos cosas en casa.

Me sonrió dándome un golpe en la mano, yo sujetaba la palanca de marchas con todas mis fuerzas, era una manera de sentir cierto auto-control, el sentir sus dedos por mi mano me desestabilizó un poco.

—Gracias...—dijo mirándome.

—No hay de que...

## Capítulo 4

Aparqué el coche y subimos a casa, intenté ocultar que estaba muy nerviosa, necesitaba unos minutos de paz para convencerme de que iba a tener a David en mi casa, de que íbamos a estar solos, sin amigos, sin carabinas, solo él y yo en un espacio reducido, al menos yo jugaba en casa... cuando entramos él recorrió la estancia con los ojos y me miró sonriendo.

—Bonito piso, Jacqui.

—Gracias.

Paseó por el salón y recorrió la cocina mientras miraba todo con atención. Recorrió el pasillo y volvió hacia mí.

—¿Dónde está tu habitación? —Le miré con los ojos abiertos de par en par— Quiero ver cómo es —Me dijo sonriendo.

—Por el pasillo a la derecha —dije pensando mentalmente en cómo la había dejado antes de salir. Rezaba para que no estuviera cualquier cosa tirada por ahí... a cualquier cosa incluía los pares de bragas y tangas que me probé antes de salir de casa (odiaba que se me marcaran con el vestido).

Se adentró por el corto pasillo, cogí aire y le seguí; se había sentado en mi cama mientras miraba el muro donde tenía todo lleno de fotos. Sentí ese sentimiento tan extraño y a la vez tan gratificante que te produce la cercanía de alguien por quién sientes mucha atracción, esa cosilla en el estómago que te hace estar alerta a la vez que alelada, defensa e indefensa en el mismo instante.

—Renacer...—susurró leyendo la palabra que me había pintado mi padre en la pared frente a la cama, en unas letras grandes y cursivas en un color negro que contrastaba con el blanco de la pared— Me gusta —Sonrió— ¿A qué se debe?

—A que con esfuerzo, se puede salir de casi todo...—dije en un hilo de voz— Renacer o resurgir de las cenizas...

—Como el Fénix...

—Exacto... —Agaché la cabeza.

—¿Tuviste que resurgir de cenizas Jacqui? —dijo levantándose y caminando hacia mí.

—Sí... —Le miré— Y necesito recordarlo cada día, me hace más fuerte.

—Me gusta cómo piensas.

Le sonreí con cara de boba, me aparté para coger aire y fui directa al vestidor que tenía.

—¿Adónde vas? —dijo a mi espalda.

—Ten —Le tendí ropa de mi hermano que tenía en mi piso—, ¿no querías ducharte?

—Claro —contestó frunciendo el ceño de una manera graciosa algo confuso, como si se le hubiera olvidado que, ducharse, era uno de los motivos por el que estaba en mis casa—, muchas gracias.

Entró en el baño de mi habitación y cerró la puerta. Cuando oí el agua caer me deshinché cayendo en la cama, entre lo rápido que me latía el corazón y lo que me costaba respirar, era raro que no me hubiera caído desmayada. Fui hacia la cocina presa de los nervios, saqué de la nevera unos macarrones con queso que me sobraron del medio día, los puse en un plato y programé el microondas. Antes de lo pensando, David entraba por la cocina con los pantalones de chándal grises de mi hermano y una camiseta de manga corta blanca básica. Tenía el pelo mojado y olía tan bien, que me hizo sentir que ahora era yo quién necesitaba una ducha.

—Qué bien huele —comentó sentándose en un taburete.

—Macarrones con queso ¿te gustan?

—¿Qué no me gusta a mí, Jacqui?

—Mmm... ¿El pescado?

Sonrió. Le dije que me iba a dar una ducha con la esperanza de unos minutos de soledad necesarios y me contestó que me esperaba a que saliera para comer. Así

que, mi intento por darme esa ducha relajante, se había ido al traste. Nunca me había duchado tan rápido, me puse los leggins que usé con Klaus y una camiseta negra. Me hice una coleta y salí hacia la cocina. Al ir acercándome a él vi cómo me miraba de arriba abajo, aquella sensación de nerviosismo me volvió de nuevo a recorrer el cuerpo. Jamás le había visto mirarme así y debo de reconocer que, interiormente, estaba dando brincos y aplausos. Mi ego saludaba educadamente a las neuronas que habían empezado a bailar. Aun así, actué como si no me hubiera dado cuenta. Volví a calentar sus macarrones mientras me hice un vaso de leche y saqué la bollería. Le serví el plato, saqué el pan, agua y me senté a su lado. Podía notar un brillo en sus ojos cada vez que me miraba, eso hizo que se me cerrara el estómago pero, por lo menos, me bebí el vaso de leche.

—¿Ibas a liarte con Roberto, verdad? —Casi me atraganto con la leche, empecé a toser y él me dio suaves golpes en la espalda.

—¿Qué dices? —contesté ya una vez repuesta, notaba mi cara ardiendo, al menos el hecho de que casi me ahogo había confundido el rubor de mis mejillas.

—No me lo niegues... si no hubiera aparecido se te habría lanzado —Me sonrió y me ruboricé otra vez.

—Bueno... —hablé, más bien tartamudeé— N...no...e...era mi idea, aunque había bebido un poco y...y...

—Le gustas bastante ¿lo sabías? —Me miró fijamente.

—¿Yo? —Me sorprendí— ¡Qué va!

—¿Tan segura estás?

—Claro... Cómo le voy a gustar, si me anima a que me líe conti... —Paré en seco.  
«Mierda, mierda, mierda y otro capazo de mierda»

Había olvidado pensar ¡joder! Notaba cómo me iba poniendo roja, por segundos... ¡Dios! ¿Por qué no se abría el suelo y desaparecía en él? ¿Por qué nada interrumpía el puñetero momento!? Odio las películas ¡te crean expectativas absurdas! Él me miraba divertido, pero no decía nada y a mí la función del habla se había perdido por alguna parte de mi cerebelo...

—¿Hace falta que él te tenga que animar para que tú quieras liarte conmigo? ¿A qué altura queda mi ego, Jacqueline?

—N...no...no es que él me tenga que animar... claro que no, solo hay que mirarte... —¿Mirarte? ¡Dios, esto está empeorando por momentos! ¡Corre córtate las venas, rápido!— Bueno, tú ya me entiendes...

—No, no te entiendo, explícate.

—Joder David —dije apretando mi sien, intentado hilar pensamientos coherentes; él seguía mirándome fijamente con semblante divertido—, eres un chico guapo y muy atractivo. Cualquiera chica con un poco de gusto no descartaría la idea de liarse contigo...

—No pregunto por las demás chicas, pregunto por ti, no generalices...

—¿Qué quieres saber, David? —pregunté exasperada.

—¿Te liarías conmigo? —dijo poniéndose algo tenso y mirándome sin ningún rastro de humor.

—¿Qué abarca en sí la palabra «liarse»?

—Deja de dar rodeos —Sonrió—, me refiero a besarme, acariciarme, ya sabes... Lo que pudiera surgir, dejarse llevar... ¿Lo harías?

Mantuvimos la mirada fija durante unos larguísimos segundos...

—Dejarme llevar... —susurré— Sí, supongo que sí —contesté con un hilo de voz.

—¿Sí, porque somos amigos y te caigo bien? ¿O sí, porque te resulto atractivo como hombre?

—Por ambas cosas David —Pensé durante unos segundos. Ya la había cagado así que no iba a regodearme en ello—, pero no me resultas atractivo como hombre —Me miró torciendo la cabeza hacia un lado y no pudo disimular un gesto de decepción—. Me resultas intimidantemente impresionante desde el segundo uno que te vi entrar por la puerta de aquel club.

Él abrió los ojos tanto, que pensé que los parpados le darían la vuelta a la cabeza. Sin decir nada más saltó de su taburete y antes de que pudiera darme cuenta tenía mi cara entre sus manos y su lengua abriéndose camino en mi boca. ¿Cómo actúas cuando algo que has deseado durante tanto tiempo empieza a materializarse? Esta vez no lo estaba soñando, estaba pasando de verdad. Algo que había imaginado millones de veces estaba sucediendo. Tenía su cabeza entre mis manos y le besaba

tan fuerte que empezaban a dolerme los labios. Sentía tanto dentro de mí, que besarle no canalizaba del todo mi ansia. Toqué su espalda con mis manos y noté como se estremecía a mi tacto, eso hizo que estallara de desesperación y le clavara las uñas. Gimió entre mis labios y de un empujón me acercó a su erección que ya era bastante importante...

## David

El notar cómo ella se retorció en mis manos me ponía como un toro. Sus uñas que empezaban a hacerme daño me hacían notar lo fogosa que era. «*Dios...es mejor de lo que creía*» Casi no pude contenerme al verla salir de la habitación con esos leggins. Era realmente impresionante, su piel tan suave... Sé que había sido algo cruel por mi parte hacerle esas incómodas preguntas, sabiendo la respuesta de antemano, pero el presenciar que casi se enrolla con Roberto me había hecho que dudara... Sé que mi estatus de amigo había quedado a la altura del betún después de mi comportamiento, pero no había podido resistir los celos de ver que iban a ser sus labios y no los míos los que iba a probar. Tenía que impedirlo, esta chica me ponía demasiado para que la tocaran otras manos... y menos las de un amigo mío... Con el alemán de las narices no podía hacer nada... pero no dejaría que nadie la tocara si yo podía impedirlo. Sé que sonaba a egoísta de mierda y no solo porque yo tuviera novia, sino porque sabía que Roberto sentía algo más por ella... algo más que atracción sexual. Aun así ella debía de ser mía...

La levanté del taburete cogiéndola del trasero, gimió y noté la sangre concentrándose en mi sitio más sensible. Mientras caminaba con ella en brazos su sexo rozaba con el mío dándome oleadas de placer que me dejaban sin aliento. La solté al lado de la cama y la miré durante unos segundos, tenía las pupilas dilatadas por el deseo y se mordía el labio inferior con ansia. La desnudé lo más rápido que pude ansioso por ver su cuerpo al natural... metí sus suaves y duros pezones en mi boca y los lamí como si se me fuera la vida en ello. Podía notar cómo se le erizaba la piel del placer, eso me hacía sonreír. Jacqui tenía los ojos cerrados y gemía de una manera que tenía ganas de lanzarla a la cama y penetrarla tan fuertemente que tuviera que gritar sin control. Volví mis labios a su boca mientras acariciaba su espalda con mis dedos. Los paseé por cada rincón de su cuerpo, pechos, cintura, abdomen... ella suspiraba cada vez que los deslizaba por su piel... gimió cuando se perdieron en su humedad... Ya estaba lista para mí... para mi sorpresa, y con una fuerza que no sabía que tenía, me lanzó encima de la cama y se puso encima... Me arrancó la camiseta rompiéndola en dos... «guau» casi me corro de verla tan agresiva.



Besó mi torso haciendo que me arqueara, toda mi piel estaba demasiado sensible, bajó por mi estómago besando cada abdominal y riendo después, ahora estaba siendo dulce...y no sabía cuál de las dos me gustaba más. Llegó hasta la goma del pantalón y lo bajó suavemente mientras que sus ojos verdes se clavaban en mi cara... estaba a punto de volverme loco... Jamás había sentido nada así. Cerré los ojos unos segundos y cuando iba a abrirlos noté cómo me lamia de arriba abajo, deteniéndose en lo más sensible. Su lengua recorría mi miembro con deseo, solo podía retorcerme. Me pellizcaba y me evadía mirando a todos los lados para desconcentrarme de todo el placer que estaba sintiendo. No quería llegar tan rápido pero me lo estaba poniendo realmente difícil...antes de darme cuenta, había parado, por fin pude coger aire sin miedo a correrme, pero no duró mucho...

Se puso encima de mí y me miró fijamente mientras se introducía mi pene, cuando llegué a su interior por completo, echó su cabeza hacia atrás con los ojos cerrados mientras se mordía el labio evitando gemir. Era una autentica diosa, miraba todo aquello como si de una película se tratase, no podía creer que esto estuviera pasando así, poco después empezó a moverse de arriba abajo devolviéndome al limbo. Me miraba fijamente a los ojos mientras me follaba como nadie lo había hecho en la vida. Porque desde luego era ella la que me estaba follando a mí... ¿Dónde se había metido la chica dulce y tímida que se sonrojaba solo con verme entrar por la puerta?... Ahora era otra persona... supe que estaba fuera de mí, cuando empecé a oírme gemir (no me gustaba oírme), pero no podía evitarlo. Ella también jadeaba cerrando de vez en cuando los ojos. Jacqui decidía cuando ir más rápido o más lento en función de mis reacciones, sabía leer qué era lo que necesitaba para aumentar mi placer y lo hacía desesperándome. Después aflojaba el ritmo y me sonreía, yo intentaba marcar un ritmo poniéndole mis manos en sus caderas, pero prefería su libre albedrío porque alargaba más el clímax... Cuando estaba a punto de llegar, paraba y cambiaba el ritmo, yo me había vuelto loco tocando y acariciando sus pechos y había dejado sus pezones en carne viva de tanto lamerlos ante la desesperación que me creaban sus cabalgadas. Esta chica era una diosa del sexo, puso sus manos a ambos lados de mi cabeza y empezó a moverse a un ritmo continuado. Fue acelerando, haciendo movimientos circulares con la cadera. Empecé a gritar y cuando noté cómo su sexo se contraía por el orgasmo, me dejé llevar. ¡Cómo lo había estado reprimiendo...! Me corrí tan ferozmente que creo que le hice daño de tanto apretarla. Cayó encima de mi pecho y no pudimos evitar respirar entrecortadamente. La abracé mientras cerraba los ojos durante unos segundos, aún seguía dentro de ella y estaba duro como una roca, volvía a estar igual de excitado que al principio... *¿pero qué tiene esta chica?*

## Capítulo 5

Hundí mi cabeza en su pecho exhausta del esfuerzo que acababa de hacer, el pobre había pagado mi frustración sexual de meses, pero me daba en la nariz que no le había importado. Me sentí increíblemente poderosa encima de él, eran tres años deseando su cuerpo como una loca, como para andarme con rodeos. Hubo momentos en los que cerraba los ojos y pensaba en Klaus...eso me excitaba más... estaba enferma.

Estaba súper a gusto entre sus brazos y me parecía muy dulce la manera en la que me besaba la cabeza. Pero tenía necesidades fisiológicas, la llamada de la naturaleza... me levanté con cuidado. Un calambre sacudió mi sexo cuando salió de mi interior, tan duro como cuando entró, eso nos activó a los dos a la vez, ya que nos miramos del mismo modo, la pupila dilatada y los labios apretados me daban a entender que me deseaba. Corrí hacia el baño y después de lo que necesitaba para seguir volví a la cama. Él se había metido dentro y me miraba mientras... ¿se tocaba? Eso me excitó más...

Caminé hacia él pavoneándome y me sonrió. Abrió la cama mientras la golpeaba con una sonrisa torcida en sus labios. Corrí a su orden y me tumbé, me besó desenfrenadamente poniéndose encima de mí, me faltaba el aire de tanto que lo deseaba, tanto tiempo, tanta frustración de ver que pasaban mil chicas por su vida y yo seguía invisible para él. Ahora ya no era así... ahora lo tenía perdiéndose entre mis piernas, lamiendo mi intimidad tan fuertemente, que tenía que apretar las manos en la pared para no empezar a arañarle. Cuando estaba a punto de llegar paró y me miró, puso mi temblorosa pierna encima de su hombro, se inclinó y me penetró brutalmente. Mi cabeza rozó la pared, era una marioneta en sus brazos y me encantaba... me daba como a mí me gustaba, fuerte, haciéndome perder el sentido, me oía a mí misma pedirle que lo hiciera más brutal ¡estaba loca!... Más rudo y acabaría haciéndome daño...quitó mi pierna de su hombro y apoyó una mano al lado de mi cabeza mientras que con la otra acariciaba mis pechos. No había parado de moverse, aunque esta vez lo hacía suavemente con pequeños círculos, me estremecía... Cogí fuertemente su muñeca y la dirigí del pecho hasta mi cuello. Apreté su mano alrededor de él, me miró con los ojos de par en par pero no la quitó... Cuando ejerció un poco de presión, me arqueé de placer, darle el control de mi cuerpo, sentirme suya al cien por cien era algo que me extasiaba. Él decidía cuando podía respirar mejor y cuando no... y me volvía loca y no solo a mí...había aumentado el ritmo y me miraba con unos ojos que me abrasaban más aún. No siempre era así, de hecho esa parte agresiva de mi actitud ante el sexo no

era algo que hiciera con cualquiera, pero él era David y lo había deseado durante tanto tiempo que no estaba dispuesta a no disfrutar de la experiencia. De repente apoyó los codos a cada lado de mí y pegando completamente su cuerpo al mío, se movió con mucha intensidad mientras me besaba con pasión. Me abrí todo lo que pude para notarlo entero. Movía mi cadera a cada nuevo encuentro, me era imposible estar quieta, apreté su trasero con mis manos para que la penetración fuera todo lo profunda posible, estaba fuera de sí... luego anudé mis piernas a su cintura y aprisioné su espalda...evitando las uñas... No quería dejarle marcas, no tardé mucho en notar el fuego que me advertía de que el orgasmo estaba cerca...

Segundos después me arqueaba involuntariamente por el placer que me estaba envolviendo, cuando recobré el sentido, se estaba corriendo con los labios apretando mi cuello, se quedó allí unos minutos. Yo abrazaba su espalda mientras pasaba mis dedos entre su pelo, me daba besos dulces por mi cuello. No sabía qué hora sería, pero el sol ya iluminaba la habitación por completo.

«*Craig David*» cantando «*seven days*» me despertó.

No hacía falta levantarme para saber quién me estaba llamando, ese tono solo se lo había puesto a Klaus. Quizá por el significado de la canción o porque *Craig David* me relajaba, no lo sé. Restregué mis ojos mientras me desperezaba en la cama, noté la respiración de David a mi lado, seguía durmiendo. Miré mi reloj y pegué un salto que casi me caigo de la cama. Eran las nueve de la noche. ¿Cuánto habíamos dormido? Correteé desnuda hacia el baño y me metí debajo de la ducha, tenía todo el cuerpo dolorido, de ese dolor que cada vez que hace acto de presencia sonrías de esa manera tan idiota... Estaba lavándome los dientes cuando oí a David caminar hacia mí, se había puesto el pantalón de chándal y me miraba divertido.

—Buenos días-noches.

—Buenos días-noches —Le sonreí.

—¿Tienes otro de sobra? —Señaló mi cepillo de dientes.

Me agaché y saqué un paquete de tres cepillos nuevos sin estrenar. Eligió el verde y se lavó los dientes a mi lado, mirábamos nuestro reflejo en el espejo y hacíamos verdaderos esfuerzos por no reírnos. Estaba tan guapo recién levantado... tenía el pelo revuelto, los ojos algo hinchados y una ligera sombra de barba... Acabó antes que yo y le oí trastear por la casa.

Sonreía como una idiota cuando una punzada me hizo cambiar el semblante, Klaus... me había llamado unas tres veces, ya que había soñado la canción... no fue

hasta que me desperté del todo que caí que no era un sueño, sino las veces que había sonado, me llevé las manos a la cara. Si no teníamos nada y hacía unas horas no me había importado pensar en él durante el sexo, ¿Por qué me sentía tan mal? Salí tragando saliva cuando vi en David el mismo semblante que segundos antes había tenido yo.

Miraba su móvil con los ojos como platos y eso ayudó a que aún me sintiera peor, había sido el polvo de la venganza, algo a lo que recurrir cuando quieres no pensar... mis ansias de él no me habían dejado pensar con claridad. El miedo a sentirme cómo estaba sintiéndome en ese momento, era lo que me había mantenido con las bragas puestas delante de él durante tres años y, ahora, lo había mandado todo a la mierda. Estaba cavilando todo aquello con la mirada perdida en la nada, cuando le oí hablar.

—¿Me habías llamado? —Escuché que hablaba a alguien por el móvil— No, no he dormido en casa, no Lorena, no estoy con ninguna chica —Me miró, me sentí tan mal que me metí en mi habitación dándole intimidad, aparte me venía genial para ocultar mi cara, que era un auténtico poema— ¿Qué pregunta es esa? ¿Acaso crees que podría hacer nada después de lo de ayer? ¿Tan miserable me crees? —Pegué mi cabeza en la pared y segundos después mi cuerpo. Me dejé caer hasta acabar en el suelo, cerré mis ojos, no quería escuchar nada más— Espera, claro, sí, ahora mismo voy, yo... yo también te quiero.

Sonreí irónicamente en la oscuridad de mi habitación. Él entró buscándome, no me vio hasta que carraspeé. Se quedó helado dándome la espalda, no encendió la luz, se sentía demasiado avergonzado como para mirarme la cara. Se sentó en la cama frente a mí y me miró, no creo que pudiera ver mi expresión, pero sí mi contorno.

—Jacqui...yo...lo siento, lo siento mucho.

—No sientas nada, no tienes porqué.

—Sí, sí tengo porqué —Hizo una pausa, sé que me estaba mirando, pero yo no podía levantar mis ojos del suelo—. No te sientas utilizada, te juro por lo que quieras que de verdad me importas, es solo que...

—La quieres —Le interrumpí y pude ver cómo asentía—, o al menos a tu manera —Me miró—. No pasa nada, yo sabía que estabas con ella cuando te metí en mi cama.

—Quizá no tenía que haber pasado...

—¿Te arrepientes David?

—Soy la peor persona del mundo... —susurró.

—¡Contéstame! —grité.

—No... no me arrepiento.

—¿Y por qué te auto-torturas si, según tú, no te arrepientes?

—Porque no quiero que cambie nada entre nosotros —Otra vez oía esa mierda de excusa por segundo día consecutivo.

—Ya... —Sonreí irónicamente— Por mi parte no cambiaré, sabía que eras un cabrón... —Suspiró resignado— Pero por suerte me caes demasiado bien.

—Jacqui eres la chica más...

—Cállate David... en serio déjalo así —Me levanté y me senté a su lado, por primera vez le miré a los ojos. La luz que entraba por el hueco de la puerta le iluminaba media cara, los tenía llorosos y le temblaba la barbilla... ¿estaba aguantando las ganas de llorar? Eso hizo que el nudo de mi garganta se hiciera más grande, impidiéndome respirar.

—¿Qué voy a hacer ahora? —Posó la cabeza en sus manos— ¿Qué hago? ¿Se lo digo?

Le miré con los ojos como platos...

—¿Quién eres tú y qué has hecho con David? —Él me sonrió.

—Jacqui... yo a Lorena la quiero, aunque mi comportamiento de antes no sea el que más lo demuestre, sé que la quiero y no quiero ser como era antes de estar con ella. Quiero tomarme las cosas en serio, es importante para mí —Me miró fijamente—, y tú también.

—Bueno por mí no padezcas, yo estoy bien —mentí.

—Y qué hago... dime... —¿En serio estaba pidiéndome consejo? ¿Estábamos locos?

—¿Te digo la verdad David? —le miré con tristeza, aunque di gracias que no viera mi expresión— Si yo fuera ella... preferiría no saber nada y más si la quieres, puede que no sea muy honesto, pero también sé, que si se lo dices, cabe la posibilidad de que no te perdone —No podía mentirle—. Y por lo poco que sé de ella, ten por seguro que no te perdonará. Si la quieres y quieres seguir, haz como si nunca hubiera pasado...

—¿Y qué pasará contigo?

—Es a ella a la que quieres David... vístete y vete, te está esperando, yo voy a bajar a comprarme algo para cenar, no me apetece cocinar —Me levanté y cogí las llaves, no podía ver cómo se iba—. Cuando acabes cierra, nos vemos por el gimnasio.

—Jacqueline —oí a mi espalda.

—Hasta luego David.

—Jacqui esper...

## David

Ni siquiera me dio tiempo a terminar la frase, me cerró la puerta en las narices, jamás una «noche de locura» me había hecho sentir tan miserable. Dios... lo sabía, sabía que iba a cagarla con Jacqueline tarde o temprano, pero no pensaba que iba a hacerlo de esta manera, engañé a mi novia y le hice daño a la única persona que no debía. Ella siempre me sonreía, estuviera o no de humor, siempre se interesaba por mis cosas, siempre tenía algo bonito que decirme, era sin duda especial. Tanto, que me había jugado que mi amigo me mandara al infierno, y me planteaba una duda bastante seria: si estaba tan seguro de que quería a Lorena ¿Por qué me sentía tan mal? Me vestí y salí del piso, no sin antes mirarlo otra vez... ¿volvería?

## Jacqueline

Estuve en un banco de aquel parque, helada de frío esperando ver salir a David de mi casa, tenía los brazos alrededor de las rodillas y miraba a la nada. Caminaba con la cabeza gacha, estaba enfadada, ya no tanto por él, sino por mí, me había prometido a mí misma que no volvería a ser un objeto y había fallado... pero ya no solo era por eso... tenía los ojos de Klaus grabados en mi mente... ¿Pero por qué? Klaus me dijo que quería que fuésemos solo amigos, en teoría no había hecho nada malo, entonces...¿Qué me pasaba? Tardé diez minutos más en atreverme a subir a casa, que no dejara de pensar en Klaus no quería decir que no me doliera lo de David... era frustrante y más si pensaba que durante años, había deseado conocer a alguien que me hiciera sentir lo que David conseguía con un suave beso en la frente, deseaba sentir la electricidad... la atracción que David despertaba en mí y nunca nadie lo conseguía, por mucho que me gustaran o me atrajeran, no era suficiente. Y me acababa de dar cuenta... de que ahora sí había una persona que le llegaba a la altura, pero había un problema... yo no le gustaba.

Entré y me senté en el sofá con la mirada perdida, no sé cuánto tiempo llevaría recostada mirando el techo cuando oí que aporreaban la puerta. Pegué un brinco y me quedé quieta casi sin respirar...un escalofrío me recorrió la espalda.

—¡Jacqui!

—¿Klaus?

—Sí, abre... —Me relajé, abrí la puerta y se adentró sin ni siquiera mirarme a la cara. Miró a mi alrededor, parecía tenso y nervioso, entró hacia la habitación, la ojeó y volvió de nuevo al salón donde estaba yo contemplándolo perpleja.

—¿Ha pasado algo Klaus?

—No sé, dímelo tú —Me miró enfadado y se me paró el corazón.

—No sé a qué te refieres...

—Te he llamado mil veces... ¿Se puede saber qué hacías? Estaba preocupado ¡Joder! —gritó levantando las manos.

—Lo...lo siento Klaus de verdad, yo... me he levantado tarde y lo tenía en silencio —mentí—, no sabía que me habías llamado, sino, te habría mandado un mensaje.

Me miró relajando el gesto... observó mi indumentaria y sonrió. Fue hacia el sofá, yo aún seguía sin entender nada de aquello. ¿Desde cuándo se enfadaba tanto

por no saber nada de mí? Aquello me descolocaba y, sinceramente, no me hacía especial ilusión ver a Klaus justo el mismo día en que me había acostado con David... necesitaba aclararme y sobretodo, tiempo para inventar una historia que pudiera ser creíble cuando Klaus empezara a preguntarme, y el inventarme algo no era muy difícil para mí. Tenía imaginación de sobra, lo difícil era decirlo mirándole a los ojos, a esos profundos ojos que muchas veces me intimidaban, sobre todo cuando su mirada era fría. Muchas veces creía que si mantenía su mirada más de dos minutos podría saber qué pienso y lo que es peor... podría adivinar qué siento.

—¿Por qué vas toda de negro?

—¿Qué tiene de malo? Estiliza... —Me miré sin notar nada raro.

—Vestías de negro cuando te conocí y acostumbrabas a hacerlo cuando algo no va bien...

—Qué observador —suspiré—, no me he dado cuenta, ha sido pura casualidad.

—Ya...—Por alguna razón sabía que no me creía—, y bueno ¿qué tal lo pasaste ayer?

Noté como un leve vértigo ante esa pregunta. No tuve el tiempo suficiente como para preparar una respuesta. Aún podía oler el perfume de David por toda la casa... me levanté y fui hacia la cocina a prepararme un vaso de leche, no me apetecía, de hecho, si me metía algo en la boca vomitaría, pero no podía mirarle a la cara. Notaba su mirada en la espalda pero no decía nada... seguramente él ya se había dado cuenta de que algo me pasaba, confiaba en que pensara que era por su rechazo del viernes y que estaba resentida, a que me había acostado con David.

—Bien, estuvo entretenida la noche...

—¿A qué hora llegaste?

—Pues no lo sé bien, sobre las siete de la mañana creo.

—¿Qué tal Laura?

—Bien...

—¿Y leo?



—Bien.

Se hizo el silencio durante unos segundos.

—¿Por qué estás tan esquivada? —Se levantó y dio unos pasos hacia mí, inconscientemente yo retrocedí, me estaba delatando yo sola.

—¿Yo? Estoy normal, eres tú que estas sometiéndome a un tercer grado...

Rio ante mi comentario, aunque yo permanecí seria con el ceño fruncido. Me miró de nuevo sin humor aparente, fijamente a los ojos como si quisiera adivinar qué le ocultaba. Estaban más azules que nunca y me di cuenta de que parecía cansado, tenía ciertas ojeras que le caían a modo de cascada por la cara. Exasperado de ver que su mirada no conseguía hacerme hablar, se giró y recorrió el salón pensativo... ¿Qué estaba haciendo? Algo llamó su atención y se agachó, no vi lo que cogió, pero lo estuvo ojeando unos minutos, yo había vuelto al sofá, me volví para mirarle ya que no sabía qué estaba pasando, era todo tan raro...

—¿Qué significa esto Jacqui... —dijo en un susurro dándome la espalda, estaba muy rígido.

—¿Qué pasa ahora Klaus? —hablé con desgana.

—¿Te has acostado con David? —Me levanté de golpe del sofá y caminé hacia él.

—¿Qué has dicho?

—Si te has acostado con David... —Me miró fijamente y esta vez no solo me intimidó, sino que me dio miedo.

—¿Por qué me preguntas eso?

—*Jacqui espero que puedas perdoname* —leyó el papel que había cogido del suelo—, *para mi eres importante, y más después de lo de anoche, créeme cuando te digo que me importas... lo de anoche fue realmente impresionante, no creo que lo olvide nunca, un beso y hablamos pronto* —Cuando acabó volvió a mirarme, por aquel entonces mi cara era un poema y me retorció las manos para canalizar mi nerviosismo.

—Yo... esto...eh... —tartamudeé.

—¿Se te ha olvidado hablar?

—No —Le miré levantando la cabeza.

—Contéstame Jacqueline...

—¿Desde cuándo nos damos explicaciones de con quién nos acostamos? ¿Yo te lo he preguntado alguna vez en estos meses? —hablé visiblemente nerviosa.

—¡No esquives la respuesta con preguntas y contéstame joder! —me gritó.

—No me grites Klaus.

—Pues deja de tratarme como un gilipollas.

Me tomé unos segundos para pensar qué decir, pero su mueca de disgusto me hizo estallar.

—¡SÍ! ¿VALE? ¡SÍ! Me acosté ayer con David ¿Qué hay de malo?

Me miró perplejo con los ojos abiertos.

—¿El viernes te enrollas conmigo... y el sábado te follas a David?

—¿Necesitas que te recuerde la mierda que me dijiste? —pregunté cortando la distancia que había, quedando frente a frente.

—¿No tenía novia?

—Habían discutido —Me avergoncé de lo que estaba pareciendo.

—Así que aprovechas que está mal para follártelo ¿verdad?

—No te atrevas a juzgarme Klaus... no sabes nada...

—Sé una cosa —Me miró sin parpadear—, que te has comportado como una puta de esas que tú tanto criticas —dijo en un susurro, pero con la mirada tan penetrante que estaba empezando a marearme.

Se me cortó la respiración al oír aquellas palabras, ¿me estaba llamando puta? Pude notar cómo algo dentro de mi estómago se rompía, notaba la falta de aire... me empezaban a escocer los ojos, el tiempo se había detenido...

—¿Qué me has llamado? —pregunté casi sin voz.

—¿Sabes? Salía con una chica pero hemos discutido... ¿Qué te parece si follamos un poco? Lo justo para después irme a arreglarlo con ella...—Me sonrió de una manera que me dio asco.

Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no llorar, aunque era inútil, sentía mis lágrimas caer por toda mi cara, sin saber cómo ni cuándo había pensado en cuál sería mi próximo movimiento. Me vi dándole un guantazo tan fuerte que podía notar cómo la mano se hinchaba por segundos, conseguí girarle la cara de la fuerza, entonces volví en sí... ¿Qué había hecho? ¿Le había pegado? Perdí los papeles... di varios pasos hacia atrás, él se sujetaba la mejilla con una mano y me miraba sorprendido.

—No quiero volver a verte hijo de puta —susurré con toda la dignidad que me quedaba, que era más bien poca.

El me miró, aunque su expresión había cambiado... no era de ira, ni siquiera de rabia. No podía saber qué es lo que pensaba, porque se quedó como una estatua... segundos después aunque a mí me parecieron minutos, cogió su chaqueta y sin mirarme salió de mi casa dando un portazo tras de sí.

Caí de rodillas en el suelo. El aire tardaba en entrar a mis pulmones, conocía esa sensación demasiado y me aterraba, estaba empezando a ver borroso, notaba cómo aquel sudor frío se me acomodaba en la frente y un dolor punzante en el estómago impedía que tuviera fuerzas para llorar... Me estaba dando un ataque de ansiedad, después de mucho tiempo, aunque era verdad que hacía años que no me sentía tan perdida.

## Capítulo 6

### Ocho días después...

Me encontraba recostada en la silla, detrás del mostrador de recepción del gimnasio. Aquella semana le pedí a Bea hacer los dos turnos, necesitaba ocupar mi tiempo y mi cabeza. Apenas dormía, no tenía hambre ni ganas de nada, estaba realmente triste, solo hacía ocho días de todo aquello, es curioso como a veces el tiempo se ralentiza haciendo todo tan absolutamente largo que empieza a ser una tortura. Klaus no me llamaba... ni daba señales de vida por *WhatsApp*, a veces lo miraba para ver cuándo fue la última vez que se conectó. Me recorría algo por el estómago cuando lo veía en línea, sabía que estuviera donde estuviera tenía el móvil en sus manos, ¿mirando mi número tal vez? Le escribí varias veces pero nunca di a enviar, estaba dividida, una parte de mí me animaba a hablar con él, aclararlo todo y la otra me mantenía firme en mis trece, «puñetero orgullo»...

Tampoco había sabido nada de David, no daba señales de vida en todos estos días. No me sorprendía, así que estaba tranquila. No me imaginé que echaría tanto de menos a Klaus, por lo cual, David pasó a un segundo plano...

Dios... Tenía un nudo en mi estómago que me impedía respirar «otra vez», tampoco podía hablar del tema, porque se me saltaban las lágrimas ¿Qué me pasaba? Era obvio que algo...

No me arreglaba para ir a trabajar, no me apetecía, veía como Bea me miraba de soslayo mientras hablaba con uno de los monitores de *spinning*.

—¿Sigues igual? —preguntó sentándose en el escritorio que había detrás de mí... giré mi silla sin cambiar de postura.

—¿Tan evidente es?

—Estás hecha un asco Jacqueline...

—Yo también te quiero... —Fruncí el ceño, a lo que ella me sonrió de una manera tan dulce que terminó por contagiarme.

—Al menos he conseguido que vistas de sport...

—¿Ves? todo tiene su parte buena —Me incorporé en la silla.

Durante todo el tiempo que llevaba trabajando allí, Bea me había sugerido que vistiera de sport para encajar en el gimnasio, pero no le había hecho caso, salvo los últimos cinco días que fui en chándal. Ese día concretamente llevaba un leggin negro, mis converse negras, un suéter largo y ancho caído de un hombro negro, y un pañuelo anudado al cuello rosa pastel ... tenía el pelo recogido en un moño desecho y mi cara con pequeñas pinceladas de polvos y rímel... la semana que estuve con la gripe, lucía mejor aspecto.

—¿Por qué no hablas con él, Jacqui? Mírate, estás hecha un trapo, al menos inténtalo...

—Yo no hice nada Bea, ya te lo he dicho, fue él, que se volvió paranoico. Un día me dice que quiere que solo seamos amigos, y al otro me monta un pollo del quince, porque me he acostado con un tío ¿pero estamos locos o qué? Y no contento con ello me dice puta... ¿Y tengo que ir yo a hablar con él? Anda y que le den...

—¿Y no contesta esa actitud a tu pregunta? —inquirió alzando una ceja.

—¿Qué pregunta?

—A la pregunta de qué sientes por ti —La miré sin entender nada—, vamos Jacqui...es obvio que le gustas ¿en serio crees que reaccionaría así, si no le gustaras aunque fuera un poco?

—Bea, él me dijo que...

—¿Que solo te quería como amiga? —interrumpió— ¿Y en serio te tragas esa mierda? Dime una cosa, en todo el tiempo que estuvisteis liados o como lo llames... ¿Se comportó únicamente como un amigo?

—No.

—¿Te trató como una simple y buena amiga? —insistió.

—No.

—¿Y tú en serio te crees la mierda que te dijo sobre que no quería que fuerais nada más? ¿En qué mundo vives, tía?

—¿Entonces por qué me soltó todo aquello?

—Miedo...

—¿Miedo? Bea... —Reí— Klaus no es un tío que se asuste con nada...

—¿Tan bien lo conoces Jacqui...? ¡Por Dios! Hasta el ciego que se pone en la esquina vendiendo cupones se ha dado cuenta de cómo te mira...

—Pero... no tiene sentido —La miré confundida.

—Mira, la reacción que tuvo era lo que necesitabas para ver que le gustas, sino ¿Por qué enfadarse tanto? Ve a hablar con él, e intenta ver qué pasa ahora que ha visto que puedes estar con otras personas... has herido su ego de macho... ahora afronta el resultado...

—Me llamó puta... —Me crucé de brazos.

—No te llamó puta... —Me miró— Puso un ejemplo. ¡Por Dios, estaba rabioso! Además le diste un guantazo y le dijiste que no querías volver a verlo...

—Sí, ahora échame a mí la culpa... —bufé.

—Deja el orgullo para otro día y vete a hablar con él ¡pero ya! —dijo levantándose y señalándome la puerta.

—¿Y si no quiere saber nada de mí?

—Me apuesto lo que quieras a que tu comportamiento tendrá resultados...

—¿Y si no es así?

—¡Quieres parar ya y largarte de aquí!—dijo levantando la voz—Necesito que quites esa cara de una vez...

Me incorporé y salí de allí después de haberle dado dos besos de despedida. Fui en dirección a casa de Klaus sin estar muy convencida. Sentía unos nervios en el estómago que notaba que en cualquier momento me iban a fallar las piernas. Sabía que estaría en su casa o al menos eso esperaba, aunque si resultaba que iba y no estaba, al menos ya había dado el paso, y ahora le tocaría a él mover ficha. Me paré frente su patio. Justo una vecina salía y aproveché, subí dos pisos y me quedé frente a su puerta, las manos me temblaban, cogí aire y toqué al timbre... y fue entonces cuando empecé a arrepentirme...

## Klaus

Salí de su casa como alma que lleva el diablo. Di tal portazo que me quedé medio sordo, aún sentía los dedos marcados en mi mejilla... me había pegado... Dios... jamás había pensado que podría sacarla así de sus casillas, me esperaba cualquier reacción, que me gritara, que me lanzara lo primero que pillara a mano, incluso que se echara a llorar, pero no... me dio tal guantazo que aún me dolía, me echó de su casa y probablemente de su vida...

Al pensar eso el estómago se me revolvió. Tuve que apoyarme en la pared de la calle durante unos segundos, quizá me merecía eso por capullo... ¿La había llamado puta? Dios, me merecía que jamás volviera a mirarme a la cara... estaba cabreado con ella, pero sobretodo conmigo mismo, esto había pasado por mi culpa, solo por mi culpa y la de mi cobardía. ¿Qué esperaba? ¿Que se quedara para vestir santos de por vida?

Era cuestión de tiempo que ese imbécil se le lanzara... solo de pensar en sus manos recorriendo su precioso cuerpo sentía nauseas, necesitaba desahogarme pero no tenía ganas para nada, llegué a mi casa y me acosté. Pasé en vela aquella noche y las tres siguientes, cada vez que escuchaba el móvil saltaba a cogerlo pero nunca era ella. Al cuarto día ya no podía más con esta tortura, necesitaba desconectar y sabía qué persona podía hacer que me distrajera.

—¿Carolina? Te necesito ya —le dije sin esperar un no por respuesta.

—Ahora no puedo Grass, estoy ocupada —me contestó algo molesta.

—No te estaba preguntando, en tu casa en media hora.

Conduje hasta allí y aparqué, permanecí en el coche hasta que la vi caminar hacia su casa. Sus andares contoneándose me hicieron reír, llevaba su larga melena

negra suelta y esos tacones que tanto me gustaban, salí del coche y la seguí hasta que me intuyó.

—Me has hecho salir de una reunión muy importante Klaus, espero que me des un buen motivo —Me señaló con el dedo. Miré sus ojos asiáticos y volví a sonreír— ¿Te hago gracia?

—Mucha...

—Pues a mí ninguna. ¿Qué quieres? —Abrió la puerta y entré tras ella.

—Follar —Su expresión cambió, como sabía que lo haría...

Entrecerró sus ojos y me miró. Luego se relamió los labios, era tan preciosa... Carolina era de Tailandia, fue adoptada cuando tenía tres años, era hija de un empresario con bastantes posibilidades de la ciudad, lista e increíblemente divertida. La conocí cuando coincidimos en la farmacia hacía varios años, los dos íbamos a comprar condones, ahí surgió la chispa. Sentí una atracción sexual muy fuerte por ella, nunca nada emocional y la conexión se hizo más notoria cuando follamos por primera vez. A ella le gustaba el sexo duro como a mí y fue un gran alivio, podía ser realmente yo sin pensar en qué podría imaginarse la otra persona. Me dejaba atarla, morderla sin miedo aunque le hiciera daño, ser brusco, follarla hasta el dolor, porque sabía que le gustaba, incluso había días en los que si mi frustración era muy grande me permitía ciertas palabras que con otra hubiera sido incapaz de pronunciar. También me ahorraba tener que decirle qué era lo que me gustaba, ella lo sabía... Sabía cuándo morderme, cómo me excitaba que me clavara sus uñas hasta hacerme daño, incluso cuando atizarme un bofetón para elevar el orgasmo a niveles impensables. Yo no hacía el amor, no sabía ser dulce, al final siempre acababa siendo brusco. Con el resto de mujeres me tenía que contener, con ella no tenía miedo a ser juzgado. Centré mis ojos en ella que estaba desnudándose sensualmente delante de mí, tenía un cuerpo delgado y fino, sin mucho pecho, ni tampoco un culo llamativo, pero era muy sexy, no había visto mujer tan atractiva... bueno mentía, no había visto mujer tan atractiva hasta que me encontré con Jacqueline en aquella sala de espera, no quería acordarme de ella en ese momento, así que moví mi cabeza e intenté concentrarme en la ya desnudez de Carolina. Trepó por mi cuerpo aún vestido y me besó, después se fue escurriendo hasta quedar de rodillas frente a mí, me levanté y ella me quito el pantalón seguido del bóxer, hundió su cabeza en mi intimidad y me dejé hacer... para mi sorpresa no sentí nada...

—¿Se puede saber qué coño te pasa Grass? —preguntó aún arrodillada ante mí, con mi flácido ego en sus manos.



—Lo...lo siento Carol... —Me avergoncé y subí mi bóxer—. Esto no me ha pasado nunca...

—Ya... —Arqueó una ceja— ¿Me vas a decir qué te ocurre?

—Nada... —Mentí.

Me miró durante unos minutos mientras se ponía su bata de leopardo y se sentaba en la cama.

—Ya veo...

—Que...

—¿Es por esa chica verdad? —Me miró— ¿Jalie?

—Jacqueline —la corregí— y no, no es por ella...

—Genial, ahora dime eso un poco más convincente y quizá te crea...

No dije nada y me senté de nuevo en el sillón, deseando que la tierra se abriera junto a mis pies.

—¿Sabes? —Me sonrió— Sabía que esto iba a pasar, era cuestión de tiempo.

—¿Por qué dices eso?

—Grass... es obvio, esa chica te gusta, es de idiotas que lo sigas ocultando...

—Carol sabes que no puedo estar con ella... —Pasé los dedos por mi pelo—, con ella... no podría hacer esto.

—¿A qué te refieres con esto? ¿Al sexo? —preguntó sorprendida.

—Sí... —Me avergoncé.

—¿Y cómo sabes que a ella no le gusta? Por Dios, tampoco haces nada del otro mundo.

La miré enfadado.

—Cambia la cara Grass, sabes a qué me refiero.

—Con ella no podría ser brusco joder... ya lo sabes, y tengo miedo de que si me ve cómo me pongo cuando me excito, deje de gustarle. Además, ya sabes que tengo que controlar mis emociones...

—Claro... y prefieres hacer el capullo, pudiendo estar con ella... cada vez entiendo menos a los hombres.

—Se acostó con su amigo... —Por primera vez lo decía en voz alta y se me quebró la voz al hacerlo.

—¿Y?

—¿Cómo que y? ¿Te parece poco?

—Qué quieres que haga la chica ¿Que te espere? Además tú también has estado acostándote conmigo hasta hace poco, ¿acaso no es lo mismo?

—Pero esto es distinto... —dije señalándonos.

—Es distinto porque a ti te interesa que sea distinto Grass... ¿Ha tenido que follarse a otro tío para que te des cuenta de que te gusta?

—No... —Me tapé la cara con las manos—. Me gustó desde que salió de aquella consulta del psicólogo.

—¿Y qué estás haciendo?

—Discutimos... le falté al respeto, y me dijo que no quería volver a verme nunca... ¡Ah! Y me llamó hijo de puta... —Cogí aire—, todo eso después de darme un guantazo.

Me quedé helado cuando la vi caer hacia atrás en la cama mientras reía a carcajadas.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —La miré frunciendo el ceño.

—Mírate, estás hecho un desastre...—dijo limpiándose las lágrimas que le caían por los ojos del esfuerzo de haber reído de esa manera— Y se la ve con carácter

dado su reacción, puede que te equivoques referente a sus preferencias sexuales amigo mío...

—Total, ya da igual... no quiere volver a verme.

—No seas idiota... estaba enfadada —Me sonrió—, deberías ver todo lo que le digo a Carlos cuando me enfado.

La miré y sonreí. Carlos era su pareja desde hacía un año y después de una mala temporada decidieron tener una relación más abierta. Podían tener sexo con otras personas, cosa que yo no entendía.

—Ve y habla con ella...

Me levanté del sillón y fui hacia ella, la abracé y le di un beso en la frente.

—Gracias Carolina...

—De nada... ¡Ah! Y también puedes llamarme para tomar un café cuando necesites hablar —Me sonrió—. Somos amigos ante todo.

Le sonreí y asentí con la cabeza. Poco después llegué a casa abatido. Sabía que tenía razón, pero la cagué mucho con Jacqui y estaba tan avergonzado que era incapaz de llamarla. De vez en cuando cogía el móvil y miraba su *WhatsApp*, a veces estaba en línea y me ponía nervioso... quería hablarle pero ¿Qué le iba a decir? ¿Perdona por ser un mierda? Una vez me pareció que me estaba escribiendo algo, pero seguro que fue mi subconsciente jugándome una mala pasada. Pasaron varios días más en los que estuve entre la espada y la pared, no iba a dejar pasar más días, mañana mismo me presentaría en el gimnasio y le diría todo lo que pienso... y si me tenía que mandar a la mierda al menos saldría de dudas. Tocaron a la puerta y Play ladró, abrí sin mirar por la mirilla, seguro que era el capullo de mi compañero que se había ido sin llaves «otra vez» cuando la vi frente a mí, toda de negro mirándome fijamente. Tuve que sujetarme a la puerta para no caerme, estaba ahí, de pie, como si se tratara de un sueño. Lo que sentí en ese momento me nubló, caminé hacia el sofá porque necesitaba algo estable donde apoyarme. No me estaba gustando hacia donde se estaban dirigiendo mis sentimientos, no... no podía ser, no debía sentir emociones... no, no podía haberme enamorado... no podía haberme enamorado de Jacqui...

## Capítulo 7

Casi me quedo sin respiración cuando sus ojos azules me recorrieron de arriba abajo, yo seguía de pie delante de ese umbral, no dijo nada y fue hacia el sofá como si nada pasase «capullo». Play se me echó encima y eso me permitió respirar un poco, segundos después le llamó y él obedeció. Me miró desde el sofá, se sentó y fijo su vista hacia la televisión apagada, ignorándome por completo

—Klaus... —No me salía la voz— ¿Podemos hablar?

—Ya estás hablando... —respondió sin mirarme. Tuve que resistir las ganas de llorar, estaba tan increíblemente guapo que me dolía deseárselo de esa manera y verlo indiferente que estaba siendo.

—Yo...yo... —Cogí aire— Venía a disculparme por lo del otro día.

—¿Por qué motivo? —Me miró por primera vez desde que me había abierto la puerta— ¿Por pegarme o por haberte follado a David?

Noté cómo algo en mí se rompía...

—Por haberte pegado, perdí los papeles y lo siento mucho.

—Disculpas aceptadas ¿algo más? —Notaba con la rabia que me estaba mirando y yo ya no podría aguantar serena durante mucho más tiempo.

—Te echo de menos... —Adiós orgullo... *bye bye* dignidad.

No dijo nada y se limitó a mirarme, agaché la cabeza y se me escapó una lágrima que sequé rápidamente, deseando que no la hubiera visto.

—¿No vas a decirme nada? —Me contestó un silencio abrumador y giró de nuevo la cabeza pero esta vez hacia la ventana— Klaus mírame —Le pedí sollozando, justo lo que no quería. Me miró de nuevo con los ojos brillantes— ¿Ya está? ¿Se acaba aquí? —Más silencio...

No podía seguir allí de pie, sintiéndome humillada, me miró una vez más y giró de nuevo la cabeza. Cerré mis ojos cogiendo aire y pude notar cómo salían las lágrimas que había estado reteniendo durante tanto rato. Cuando el dolor de mi estómago era insoportable abrí los ojos y me encontré con los suyos: fríos como el hielo. Ya tenía su respuesta, no necesitaba más, salí de aquella casa, dejando la puerta abierta, si duraba más tiempo allí de pie acabaría por caerme, salí a la calle y me puse de cuclillas. El dolor era tan intenso que no podía moverme, oí una puerta cerrarse y a alguien bajar por las escaleras. La vergüenza de que pudiera verme algún vecino ahí, en el suelo, llorando, hizo que algo me impulsara a correr.

Corrí llorando como hacía años que no lo hacía. La gente me miraba y me daba igual, solo quería perderme dentro de un agujero negro y desaparecer. Me di cuenta de que estaba enamorada de él, justo en el momento en el que me crucé con su mirada al abrir la puerta y él no sentía nada por mí. Había visto cómo me rompía delante de su cara y ni siquiera dijo nada. Corrí más de lo que pensaba que podía, llegué a mi patio y subí las escaleras. Me faltaba el aire pero no podía parar, abrí la puerta y caí de rodillas dentro de mi casa. Apoyé las manos en el suelo peleando por respirar, pero me era imposible dado el hecho de lo fuerte que lloraba, la puerta seguía abierta, intenté cerrarla con el pie pero algo golpeó contra ella. Cuando quise darme cuenta unos brazos me levantaron del suelo, levanté la mirada y allí estaba, respiraba tan fuerte como yo.

—Jacqueline.

—¡Suéltame! —grité, no quería que sintiera pena, solo quería que me dejase en paz.

—Jacqui escúchame —decía zarandeándome.

—¡No! —grité fuera de sí, viendo que no me soltaba empecé a darle golpes en el pecho, uno tras otro.

—¡Para!

Me soltó de los brazos y me cogió firmemente las muñecas. Nos miramos durante unos segundos. Me empujó golpeándome contra la pared, antes de que pudiera hacer nada sujetó mis manos por lo alto de mi cabeza tan fuerte que me dolían y sin más, me besó desesperadamente, haciéndome un daño horroroso en los labios. Intenté resistirme pero fue inútil, él era más fuerte que yo. Casi sin darme cuenta le estaba correspondiendo tan agresivamente como él, oí como se cerraba de golpe la puerta e intuí que le dio con el pie. Me levantó como si no pesara nada y me llevó hasta la habitación. Me lanzó en la cama y se quedó allí de

pie mirándome, poco a poco se fue desnudando, yo tenía los ojos como platos hipnotizada por la perfección de su cuerpo. Su torso duro y fuerte, el final de su abdomen en forma de V, me hacía imaginar que me aventuraba al mismísimo paraíso, cuando estuvo completamente desnudo frente a mí no pude sino abrir la boca... era aún más perfecto que en mi imaginación. Ahí lo tenía, duro y fiero delante de mí.

Me cogió por los talones y tiró de mí hasta quedar completamente tumbada, levanté la cabeza para mirarle, pero volvió a tirar y quedé mirando de nuevo al techo. Me desató las converse y me quitó los leggins seguido de mis braguitas y los calcetines. Noté como se ponía de rodillas en la cama, avanzó hasta que lo tuve en mi campo de visión, me hizo incorporarme para quitarme la camiseta y el sujetador, me volvió a recostar de un empujón. Estaba siendo muy brusco y eso no hacía otra cosa sino que calentarme más, deseaba su cuerpo más que otra cosa en el mundo y me daba igual cómo, mientras lo obtuviera.

Se puso encima de mí aplastándome con su duro cuerpo y me arqueé del placer de notarlo sobre mí, me besó con la misma fuerza que momentos antes, entonces me desató. Cogí su pelo fuertemente y tiré de él... necesitaba ver sus ojos, no se resistió y me miró con sus pupilas completamente dilatadas a causa de la excitación. Tenía los labios rojos e hinchados y como si de un animal se tratase, mordí el labio inferior cegada por el deseo, lo besé y lo mordí hasta que note salir de él un líquido salado. Me aparté y vi cómo le sangraba, embelesada por aquello saqué mi lengua y lamí la sangre que se había escapado de la herida que acababa de hacerle. Estaba tan ensimismada que no oí como gemía del dolor... paré en seco... me miró con los ojos como platos y para mi sorpresa me sonrió. No pude ver más porque se lanzó encima de mí besando y mordiendo mis labios y mi cuello hasta mis pechos perdiéndose en ellos. No sabía si gritaba o gemía, solo sé que oía su respiración en mi piel y eso hacía que se acelerara mi orgasmo y eso que aún no había tocado más abajo de mis caderas.

—Fóllame Klaus... —dije entre gemidos.

—Aún no —Noté sus labios moverse en mi ombligo, cogí su cabeza en mis manos y le obligué a mirarme.

—¡Ahora!

Y como si de una orden se tratase se volvió a apoderar de mi boca, antes de que pudiera darme cuenta ya estaba dentro de mí, haciéndome gritar del dolor y del placer que le siguió momentos después. Era demasiado grande, así que tardó varias embestidas en que mi cuerpo se acostumbrara a él, apenas podía abrir los ojos, retorció mis manos en las sábanas... Me conocía, no quería hacerle daño pero

me moría por pasar mis uñas por su increíble espalda, me contuve todo lo que pude, pero acabé apretando su trasero para que me penetrara más fuerte. Entonces con un leve movimiento de cadera me dio en ese punto tan sensible dentro de mí, y no pude sino apretar mis uñas en lo alto de su espalda dejándolas bajar hasta el final haciendo un arañazo tras ellas.

—Joder, joder —susurraba.

Me movía a su encuentro recogiendo cada embestida, pero necesitaba sentirlo más, así que lo aparté de mí. Para su sorpresa, me di la vuelta quedando expuesta, me giré y volví a ver su expresión. Me moví insinuándome, en segundos estaba dentro de mí dándome tan rudamente que tuve que hacer mucha fuerza para no estrellarme contra la pared. Empecé a contraerme, lo debió notar porque intensificó el ritmo y sus gemidos, poco después caíamos desplomados en la cama, él encima de mi espalda, respirando ambos trabajosamente.

Habían pasado unos minutos que los dedicamos a mirar al techo, no podía evitar sentir algo de vergüenza... ¿Por qué? Lo miraba varias veces de reojo, deseando que no me pillara, aunque estaba con los ojos cerrados, respirando con una sonrisa mientras se pasaba los dedos por su pelo, ¿por qué esa sola expresión me hacía sonreír como una idiota? Sin esperarlo giró la cara y me vio mirándolo con una sonrisa de boba.

—Hola... —susurró.

—Hola... —dije sintiéndome avergonzada. Cogí la sábana y me tapé hasta los ojos, me sonrió, creí que me desmayaba.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —Me quitó la sabana y la bajó hasta mi cintura, dejando libres mis pechos a los que no les quitaba ojo.

—Me da vergüenza... —contesté en un hilo de voz y me volví a subir la sábana hasta el cuello— No me mires así...

—¿Y cómo quieres que te mire? —Sonreía de manera que me intimidaba— No imaginaba que fueras así...

—Así ¿cómo?...

No dijo nada, pero el solo ver como se lamía con la lengua la herida que le había hecho unos momentos atrás en el labio inferior, me hacía saber la respuesta o al menos imaginarla. Una electricidad empezó a nacer desde mi entrepierna, me

incorporé y miré a mí alrededor, no sabía qué hora era, pero la habitación estaba completamente a oscuras. Solo nos veíamos por el suave reflejo que entraba por la puerta, nos habíamos dejado la luz del salón encendida.

—¿Qué haces?

—Buscar algo que ponerme —Miré a mi alrededor buscando una camiseta o algo que me cubriera—, tengo sed.

—Jacqueline... acabo de verte desnuda... no pasa nada porque vayas así a la cocina... —Miró mi cara ahora iluminada por el reflejo de la luz y sonrió—, mi camiseta está ahí abajo... —Me agaché a cogerla y me la puse rápidamente, era lo suficientemente grande para cubrirme y que me sintiera cómoda o quizá menos vergonzosa—, trae la botella por favor, yo también tengo sed.

Asentí sin decir nada y fui hacia la cocina, sentía fuego en mis mejillas y una extraña sensación de timidez. Cuando volvía a mi habitación con la botella de agua en las manos, le grité a Klaus que encendiera la luz de la mesita. Apagué todas las luces de la casa y me quedé de piedra en el umbral de la puerta. Klaus se había puesto de rodillas hacia la ventana que estaba arriba de la cama, mirando algo en la calle o simplemente tomando un poco de aire. Yo desde mi posición veía su enorme espalda definida...su perfecto y duro trasero y sus piernas grandes y musculadas. En ese momento se me cortó el aire y cierta parte de mí, empezó a latir desesperadamente. Fue entonces cuando saliendo de mi hipnótico estado, me di cuenta de la barbaridad que había hecho en su perfecta espalda. Debí dar un leve grito o algo, no estoy segura porque no me oí, pero él sí, dado el hecho que se giró con una sonrisa, que desapareció al ver mi cara de horror.

—¿Qué pasa? —preguntó frunciendo el ceño. Cuando le vi completamente, mi expresión de terror aumentó, la botella se me cayó al suelo y rodó por mis pies— Jacqui qué pasa...

Anduve unos pasos hacia atrás y me choqué con la pared, me di la vuelta clavando mi cabeza en ella. Como si así pudiera ser invisible, escuché a Klaus caminar hacia mí, solo pude tapar mi rostro con las manos. Me giró con cuidado, yo tenía las manos tapándome. Cogió mis muñecas con cuidado y las apartó mientras me miraba dulcemente me sonreía mostrándome toda su perfecta dentadura, yo quise morirme.

—Qué pasa... —Me acarició el mentón.

—Perdóname Klaus...



—¿Que te perdone por qué? —Rio divertido.

—Tu...tu... —tartamudeé— tu cara... yo...no...

—¿Qué le pasa a mi cara? —preguntó soltándome suavemente y frunciendo el ceño, yo solo pude levantar mis hombros y agachar la cabeza.

Dio unos pasos hacia el espejo de cuerpo entero, que tenía al lado del armario. Mis manos empezaron a temblar por la anticipación, me miró una vez más antes de ver su reflejo. Dudaba si ver cómo se miraba o no, pero no podía dejar de contemplarle... Tenía un efecto hipnótico sobre mí, se acercó despacio hacia el espejo y cuando se vio reflejado abrió los ojos y la boca a la vez. Yo me mordía el labio inferior por los nervios y estrujaba la camiseta como si eso pudiera ayudarme...

—Lo siento... —dije en una voz tan inaudible, que no sabía si ni siquiera me había oído.

No sé en qué momento había perdido la noción de lo que hacía. Pero con verle tuve suficiente como para saber, que dejé marca allí por donde había pasado, aparte de los arañazos que empezaban desde sus omóplatos hasta el final de su espalda, (*lo suficientemente grandes y marcados como para apartar la vista*) tenía un chupetón en el lado izquierdo de su mentón. La herida que le hice en el labio inferior y la marca de mis uñas en su cuello... Dios... parecía que se había acostado con un gato...

Aún seguía siendo atractivo y ahora estaba impresionantemente marcado, yo no hacía más que pasar mis dedos por la frente esperando su reacción. Klaus solo se miraba en el espejo, girando la cara a ambos lados, volviéndola al frente, y de nuevo la movía. No sé cuantos minutos estaría así, pero los suficientes como para casi darme un colapso nervioso.

—Klaus...

—Guau... —dijo apartando la vista de su reflejo y mirándome divertido—. Eres una gatita eh...

Y eso que aún no ha visto su espalda...

—Siento lo de tu cara...y lo del labio...y lo del cuello —Agaché mi cabeza, vi sus pies caminando hacia mí, aún seguía desnudo y luchaba conmigo misma por no levantar la cabeza, porque sabía de sobra a dónde irían mis ojos.

—Nena —Cogió mi barbilla y la levantó hasta que nuestros ojos se encontraron, entonces sonrió—, me gusta que me hayas marcado.

—¿Qué? ¿Pero estás loco? —El negó con la cabeza y me besó.

—Dame un minuto...

Me soltó y fue hacia el baño. Di un respingo al ver su espalda, tenía peor aspecto que hacía unos minutos. Entró en el baño encendió la luz y vi cómo abría la tapa del váter. Aparté la mirada, ya que eso me parecía demasiado íntimo como para mirar. Volví la vista hacia él cuando oí la cadena y el grifo del agua. Se estaba lavando las manos moviendo la cabeza de un lado a otro para mirarse mejor las heridas con la luz. Cuando se volvió para secarse las manos en la toalla que había detrás de él, fue cuando haciendo un movimiento involuntario se giró para verse el perfil. Apartó la mirada durante unos segundos y volvió a mirar con los ojos fuera de sus órbitas, se acercó al espejo y se miró la espalda. Primero el lado derecho y después el lado izquierdo, no paraba de moverse de un lado a otro, su cara era un poema, y yo le rogaba a Dios que me abdujeran los extraterrestres justo en ese momento. Me miró con una extraña mezcla en su cara y di unos pasos hacia atrás.

—Lo de tu espalda también lo siento —dije agachando la cabeza—, no me he dado cuenta, te lo prometo.

Caminó hacia mí, con un gesto divertido que no entendía, ¿le parecía divertido que le hubiera dejado hecho un Cristo?

—Bueno...ahora sé porque me escocía tanto la espalda —dijo pasándose la mano por la nuca—, además así no me siento tan culpable por lo de tu cuello.

Tardé unos segundos en entender qué decía...mirarle desnudo hacía que todo se ralentizara, de repente caí...

—¿Mi cuello? —Me llevé las manos al cuello como si quisiera protegerlo de algo— ¿Qué le pasa? —Caminé, más bien corrí hacia el espejo y casi me caigo al verme, tenía mil chupetones que lo rodeaban. Si miraba desde cierta distancia parecía una gran mancha roja, que se estaba volviendo morada— ¡Dios mío! Pero cómo...

—Lo siento... —agachó su cabeza— ¿Me creerías si te digo que no me he dado cuenta?

Lo miré con el ceño fruncido durante un rato ¿Qué podía decirle? Yo misma había perdido el control sin darme cuenta ¿Qué narices pasaba? Generalmente era bastante pasional en el sexo, pero de ahí a dejarnos como si nos hubieran dado una paliza, tendría que ir a que me lo mirasen... me pregunto qué diría mi psicólogo si le contara estas cosas. Relajé el gesto y me sonrió, recogió la botella de agua del suelo y bebió un trago. Un poco de agua se le escapó y una gota le calló por la barbilla, bajó hasta el pecho perdiéndose entre los abdominales. Miraba aquella gota y me relamía, tuve que volver a mirarme en el espejo porque estaba empezando a híper ventilar, lo vi de soslayo sentarse en la cama y mirarme.

—Ven —dijo tendiéndome la mano—, quítate la camiseta.

Y así lo hice, seguía su voz como si fuera el flautista de Amelin. Si me hubiera dicho que saliera de mi casa y caminara en círculos por la manzana creo que lo habría hecho, al menos si me lo decía desnudo y con esa mirada penetrante que tenía justo en ese momento. Me cogió la cadera poniéndome a horcajadas encima de él, nos miramos sin hablar a los ojos con una expresión que me ponía un tanto inquieta, hasta que me besó, abriéndose paso entre mis labios hasta que su lengua rozó la mía. Nos besamos hasta quedarnos casi sin aliento, recorrió todo mi cuerpo con sus manos mientras me deleitaba con besos dulces y apasionados, intercalándolos de manera que hacía que mi corazón se acelerase con cada cambio.

—Jacqui —susurró besándome el cuello—, no te imaginas cómo me pones...

Reí como una idiota ante ese comentario, ya no podía más, lo deseaba demasiado, quería sentirlo dentro, ¿y si era otro sueño? Al menos lo aprovecharía al máximo, noté su virilidad entre mis piernas y eso me aceleró el doble, no lo aguanté más y en un movimiento rápido estuvo dentro de mí.

—Eres muy impaciente.

—La culpa es tuya —susurré entre gemidos.

Tenía miedo de volver a perder los estribos, así que me dispuse a acariciar su cara, pase las manos por su precioso y suave pelo negro como el carbón. Klaus jugaba con mis pezones entre sus labios, me entraron ganas de morderle, ¿pero por qué reaccionaba así? Definitivamente tenía que ir a mirármelo, agarré su pelo con fuerza y tiré de él. Sus ojos dilatados me miraron con un brillo excitante, empecé a moverme con más precisión. Sus manos estaban sobre mi cintura

apretándome fuertemente, pero no me dolía, al revés, arriba, abajo una y otra vez, mientras pasaba mis dedos por su perfecta y varonil cara. Pasé mis pulgares por su fuerte mentón, por sus dulces labios rojos, que abrió para besar mis dedos. Aquellos ojos fieros no apartaban la mirada de los míos, no podía parar de moverme, pero tampoco de observarle, jamás había mirado unos ojos tan fijamente mientras estaba haciendo el amor. A algunos hombres eso les cohíbe o intimida, pero a él parecía no importarle, de hecho creo que le excitaba el doble. Así podía ver cuán placer era capaz de darme, hice un movimiento circular con la cadera y eso provocó que él cerrara los ojos durante un segundo. Después se dejó caer hacia atrás y tuve la visión perfecta de su cuerpo debajo de mí, era enorme en comparación conmigo. Me sentía como un *hobbit* a su lado, pasé mis manos por su duro y definido pecho sin dejar de moverme. ¿Cómo podía un hombre de su envergadura estar con una chica tan normal como yo? Estaba tan ensimismada con su cuerpo que no me movía para mi propio placer, sino para provocárselo a él y parecía que tenía resultado, porque era una espectadora ante sus reacciones: cómo se mordía el labio y cerraba los ojos apretándolos, para luego abrirlos de par en par durante unos segundos, volviéndolos a cerrar después mientras respiraba descompasadamente. Su pecho se hinchaba y hundía, yo no perdía detalle, estaba absorta con sus gestos. Dejé mis manos cerca de su cuello y él las apretó, sonreí ante ese gesto. Con sus manos sobre las mías acaricié su cuello, pasé mis dedos por su nuez y sin caer en que él pudiera llamarme loca o pensar que estaba tarada apreté dulcemente.

Abrió los ojos de golpe y me miró, le solté instintivamente, pero él las cogió antes de que pudiera quitarlas del todo y las volvió a posar apretándolas, generando presión. Seguí moviéndome como había estado haciendo, intercalando apretones en su cuello, como a mí me gustaba que me hicieran, me excitaba darle el control a la otra persona, pero también que me lo cedieran a mí.

Aumenté el ritmo hasta que él volvió a incorporarse tan rápido que no lo vi, apretó su cabeza entre mis pechos anudando sus brazos por mi cadera, quedando completamente inmóvil, segundos después se dejó ir presionando sus dedos sobre mi espalda. Poco a poco fue soltando el amarre y pude volver a moverme, no me hizo falta esperar mucho más para llegar al orgasmo. Cuando acompasé la respiración levantó la cabeza y me miró fijamente entre los ojos nublados por la excitación, pícaramente. Los coloretos en su mejilla y su sonrisa de medio lado, dejando a la vista sus perfectos y blancos dientes, habían provocado que volviera a estar flotando otra vez. Aún tenía el cuerpo algo acelerado por el orgasmo cuando otro ocasionó que me convulsionara para su sorpresa, ya que ni él ni yo nos habíamos movido ¿me había corrido solo por esa sonrisa? Me dejó suavemente sobre la cama y se puso de lado mirándome.

—Eres realmente impresionante Jacqui...

—¿Yo? —Reí avergonzada.

—Tú —Me dio con su dedo índice un golpe en la nariz—, no pensaba que fueras así en el sexo.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo pensabas que era?

—No lo sé —Se encogió de hombros y sonrió.

—Mentiroso...

—Es verdad... —Pensó durante unos segundos—, bueno digamos que pensaba que serías algo sosa...

—¿Sosa? —Levanté el tono de voz— ¿Me ves cara de sosa?

—Para nada... que se lo pregunten a mi espalda.

Reí avergonzada, tanto que no lo miré durante unos minutos. No sabía qué hora podría ser pero intuía que bastante tarde, aun así no tenía sueño. Creía que él se había dormido hasta que empezó a hablar.

—Jacqui, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Ajá.

—¿Qué sientes por David? Sé sincera por favor.

Seguí mirando el techo, hacía días que no me replanteaba eso, estuve demasiado ocupada con Klaus como para pensar en David.

—Bueno... a ver... —Le miré, él me estaba mirando tan fijamente con esos ojos azules preciosos que creí marearme—, no te puedo negar que me gustó durante muchísimo tiempo, ningún chico llegaba a su altura, aunque me gustaran o sintiera algo, luego veía a David y se iba todo al traste.

—¿Por qué? —Se dio la vuelta poniéndose de lado mirándome atentamente.

—Pues...porque no quería estar con alguien que no me hiciera sentir esa pasión que sentía por David, está claro que siempre habrá alguien que te atraiga aunque

tu pareja sea perfecta, pero...no sé... quería a alguien que me motivara los cinco sentidos y si David podía... tenía la fe que habría otra persona que pudiera hacerlo. No estaba dispuesta a estar con alguien que solo me gustara, necesitaba a alguien que me volviera completa y absolutamente loca...

—Como hacía David... —susurró y asentí con la cabeza— ¿Cómo lo conociste?

—Klaus... —me removí incómoda en la cama.

—Cuéntame... me interesa

Le miré durante unos segundos.

—Si así lo quieres... pues lo conocí hace unos tres años o así, cuando Laura empezó en la universidad. Una noche después de unos meses de empezar las clases quedamos para salir, ella iría con sus compañeros de clase y yo con los de la mía, quedamos en uno de los clubs de moda. La verdad que tenía mucha curiosidad, Laura me dijo que había un chico en su clase que estaba segura que me gustaría, más bien que era totalmente mi prototipo. Así que bueno, llegué allí y a la media hora la vi entrar, detrás de ella estaba él, cuando se apartó y lo vi entero ¡guau! Laura tenía razón, me encantó desde el principio, su cara tan pícaro... Recuerdo que me fijé en su nariz y en su mentón, a decir verdad me gustó él entero, se presentó y me dio dos besos, aquello fue pura electricidad, jamás había sentido una atracción así... luego recuerdo que sonó «*single ladies*» de *Beyonce* y sin esperarlo se puso a bailar imitando el baile, ¡y lo hacía igual! — Sonreí al recordarlo— Eso fue la guinda, no solo era un chico físicamente atractivo, sino que tenía una increíble personalidad y era muy divertido. Luego al rato se tenía que ir, había dejado su chaqueta sobre una banqueta con las nuestras, yo estaba al lado así que empecé a buscar la suya. Cuando sostuve su chaqueta en la mano, él me miró y me dijo «esa es, la chaqueta de garrulo es mía» —Volví a reír esta vez un poco más fuerte y lo miré sonriendo, él me miraba impassible—, y así fue cómo le conocí.

—Te cae muy bien, se te nota.

—Sí, aparte de lo demás, es buen chico.

—¿Y por qué no pasó nada antes?

—Pues... no lo sé.

—Mmm... —murmuró—, ya veo...¿Y ahora qué sientes por él?

Volví la vista al techo, sorprendentemente sabía la respuesta.

—No voy a negar que es especial para mí, pero... desde hace tiempo, más bien unos días, me he dado cuenta de que hay otra persona que me importa bastante más —Le miré y por fin me sonrió—. Tuviste que mandarme a la mierda, para darme cuenta que tú me gustabas mucho más que él.

—¿Lo suficiente para que no te volvieras a acostar con él?

—Lo suficiente para que ni siquiera piense en él, al menos no de la misma manera que antes.

—¿Y se puede saber quién es el afortunado? —dijo abrazándome por la cintura y arrastrándome hasta pegarme completamente a él.

—Mmm... —murmuré— no sé si lo conoces... —Sonrió—, es alto, pelo negro, ojos azul oscuro que a veces se confunden con grises, labios perfectos... ¿te suena?

—No mucho... pero debe ser un tío con suerte.

—Lo es... Sonreí como una idiota—. Y yo también lo soy, él podría estar con la chica que le diera la remota gana.

—¿Ah sí?

—Sí... —susurré besándole el cuello.

—¿Y eso por qué? —Acarició mi espalda mientras intuía que sonreía.

—Porque es un chico físicamente impresionante, no hay dos como él.

Oí su risa y me contagié, me besó apasionadamente, tanto que inconscientemente empecé a restregarme poseída por el espíritu de algún gato que acabaría de fallecer e imaginó que aquel portento de hombre era una esquina donde frotarse, fuera lo que fuera no pareció importarle, me siguió el rollo hasta que lo sentí tensarse.

—¿Va todo bien Klaus?

—No quiero que vuelvas a verle Jacqui —Clavó sus ojos en los míos haciendo que un escalofrío recorriera mi cuerpo.

—Klaus, va al gimnasio, ¿cómo no voy a verle?

—Pues deja de trabajar ahí. No te hace falta el dinero.

—No voy a dejar de trabajar por una gilipollez como esa —Me incorporé y él me imitó.

—¿Acaso te gusta trabajar ahí? —Levantó una ceja.

—¿Y si es así qué? No empieces Klaus o vamos mal —Me moví enfadada—, además David es mi amigo, no voy a dejar de verle o de hablarle, ya te he dicho lo que siento por ti, si no me crees o no confías en mí, más vale que lo dejemos aquí...

Intenté disimular que estaba nerviosa y casi a punto de llorar, su mirada era demasiado seria, estaba como una estatua mirándome fijamente casi sin parpadear, sino fuera porque contaba los segundos para que me mandara al carajo y esta vez para siempre, me habría tirado encima de él para hacerle el amor como una loca.

—Vale... —Por fin contestó, después de lo que me pareció una eternidad—, tienes razón, es tu amigo.

Por alguna razón, intuí que pensaba en algo, pero no me atreví a preguntar, volvió a coger aire y me tembló el cuerpo.

—Entiendo que sea tu amigo, por mucho que odie que ni siquiera respire a tres kilómetros de ti, pero mírame muy bien y quédate con esto y me da igual lo que me digas... —Me quedé de hielo— no quiero que te toque...

—Pero...

—Pero nada —Me interrumpió—, no quiero que ponga sus manos en ti nunca más, o lo tomas o lo dejas, es mi última palabra.

—¿Te habían dicho que eres un puñetero dictador?

—Mi madre... —habló divertido, yo seguía con el ceño fruncido— ¿Qué me dices...?

—¿Y si digo que no? ¿Qué pasaría?



—Que me iré de aquí y no volverás a verme más —Por alguna razón que aún no sé, le creí.

—Mmm... —murmuré, hizo ademán de levantarse y me lancé literalmente a sus brazos impidiendo que pudiera moverse— Vale, vale, no me tocará...

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo... por cierto —Cambié de tema— ¿Te habían dicho que estás hecho un asco?

Me sonrió con esa sonrisa de medio lado que me derretía y volvió a besarme contento por haberse salido con la suya, lo que no sabía es que había cruzado los dedos al hacer mi promesa. No es que fuera a volver a acostarme con David, pero sabía cómo era él de cariñoso y no estaba dispuesta a renunciar a eso, ante todo era mi amigo, aunque los últimos días no había dado señales de vida. Total Klaus y David no coincidían ¿Cómo iba a saber Klaus que saludaba a David con dos besos? Volvimos a hacer el amor hasta que caímos rendidos en la cama.

## Capítulo 8

Pasaron los dos mejores meses de mi vida, volví a mi turno de mañanas, Klaus me visitaba como cada día, trayéndome un café con su perfecta sonrisa. Habíamos pasado casi todos los días durmiendo juntos, siempre iba y venía con su mochila, le dije que se dejara algunas cosas para que le fuera más cómodo, así que mi casa adquirió un pequeño toque masculino. Había gel y champú de la marca favorita de Klaus, cuchillas de afeitar en cantidades industriales, su cepillo de dientes, dos cajones de ropa (completamente desordenada) y varios perfumes de hombre que yo, sin querer parecer una loca, rociaba sobre mi muñeca y me pasaba el día oliendo a Klaus, aunque su perfume sobre mí no desprendía el mismo aroma que en su piel, se le parecía bastante y como no, se había traído a Play, quien no hacía más que jugar conmigo los ratos que estábamos en casa, teníamos a Klaus hasta el gorro. Froté aplicando algo de fuerza mis riñones, últimamente tenía el cuerpo dolorido. El sexo con Klaus era impresionante, cada día descubría un punto sensible nuevo en mi cuerpo y cuando me hacía el amor como un salvaje, llegaba al orgasmo unas tres o cuatro veces, cosa que nunca me pasó en todo ese tiempo. David no apareció, no se lo había dicho a nadie, pero miré varias veces su perfil de *Facebook* solo para saber qué tal le iba, muchas veces pensé en mandarle algún mensaje... pero después me acordaba de aquel día en el que salió de mi casa y me seguía manteniendo en mis trece, aunque debía admitir que ya estaba empezando a preocuparme...

—¿Dana?

—Muy perspicaz.

—Mira que eres idiota. ¿Cuándo me has llamado tú a las doce del mediodía?

—Nunca porque estoy trabajando, pero hoy es mi día libre.

—¿Y desde cuándo tienes un día libre? —Reí divertida.

—¿Desde cuándo eres el detective Conan?

—¿Qué querías Dana? ¿A qué debo el honor de tu llamada?

—Necesito hablar contigo sobre unas cosas ¿te viene bien a las tres?

—Sí...claro, ¿pero pasa algo?

—Tranquila... ahora no puedo hablar pero, ¿quedamos a las tres en el parque de la fresa, vale?

—¿Tan lejos?

—Sí...

—Vale pues allí te veo... ¿Seguro que estás bien?

—Sí... ¡te quiero! —Colgó

Me quedé pensativa durante un rato. ¿Qué le pasaba a Dana? Me levanté algo torpe y empecé a ordenar los papeles hasta que llegó la hora de irme a comer, llegué a casa y encontré una nota que Klaus me había dejado...

*“Nena, en el micro tienes algo de pasta, te he esperado durante un rato pero me han llamado para recoger un pedido, te llamo luego pequeña.”*

Sonreí a leer como me había llamado... le hubiera dicho que David también me llamaba así a veces, pero preferí obviarlo.

Comí lo que él me había dejado y salí corriendo hacia aquel parque, le llamábamos «parque de la fresa», porque era un parque inmenso rodeado de árboles y flores. Tenía una zona de césped donde la gente solía ir en verano con manteles a comer en plan picnic o simplemente tumbarse para pasar la tarde al sol. Había otra zona donde se podía patinar y unos columpios en forma de fresa, los bancos eran rosas y el suelo de la zona de patinar también, en medio de todo aquello, una pequeña cafetería muy cuca con unas vistas impresionantes del lugar. Aparqué y salí disparada hacia la cafetería. Llegaba diez minutos tarde. Dana ya estaba sentada en la terraza con el sol bañando su cara, en junio ya calentaba bastante.

—Siento la tardanza, he venido lo más rápido posible —dije después de darle un beso en la mejilla, me senté en la silla a su lado recostándome para notar el cálido sol. Pedí un cortado y en pocos minutos estaba dándole vueltas con la cuchara.

—¿Qué ganas tenía de que fuera verano!—dijo Dana dándole un trago a su café con leche.

—Ya te digo —Llevábamos unos minutos en silencio cuando empecé a mover mis piernas nerviosa, ella parecía tranquila y aquello me alteraba más— ¡Me va a dar algo! ¿Quieres decirme para qué me has llamado?

Se echó a reír.

—¿Qué tal con Klaus? —Evadió mi pregunta, la miré de soslayo mientras daba otro sorbo a mi cortado, que estaba más frío que los polos de hielo, evité la mueca de asco y me centré en ella, estaba algo más delgada, se había aclarado un poco el pelo y tenía unas preocupantes ojeras. Era verdaderamente atractiva y guapa, llevaba unos pantalones cortos grises y una camiseta de tirantes negra de sport, imaginé que ese era su atuendo para cuando salía a caminar su hora diaria.

—Genial —Sonreí como una tonta al pensar en él y me olí inconscientemente la muñeca— ¿Te acuerdas sobre lo que pensaba, cuando decía que quería estar con alguien que me hiciera sentir cómo lo hacía David?

—Sí, como para olvidarme... —Sonrió.

—Pues Klaus lo hace, incluso siento mucho más. Es como estar flotando ¿sabes? No sé, Dios... cada vez que lo veo me vuelve loca, no importa lo que esté haciendo, simplemente lo observo, da igual que este escuchando música, viendo una película, con su portátil, o simplemente haciendo la comida — Suspiré—. Es como si estuviera dentro de la canción «*Every Breath You Take*».

—Pues Sting dice que esa canción aunque aparenta romántica es siniestra, que habla de vigilancia y control...

—¿Por qué? ¿Por qué habla de que cada aliento que tomes, cada movimiento que hagas, cada lazo que rompas, cada paso que des, te estaré mirando? ¿Desde cuándo eso es siniestro? —La miré irónica.

—¿Te sabes la canción traducida?

—Claro, es una de mis favoritas.

—Si no se dé qué me extraño... —Me miró sonriendo— Se te ve feliz...

—Soy feliz Dana... —Miré al suelo por un momento— tanto, que me asusta.

—No seas tonta, te lo mereces —Nos miramos—. Sabía que acabarías con él, lo supe desde que lo conociste en la consulta del psicólogo —Negué con la cabeza a la vez que sonreía—, de verdad te lo digo. ¿Por qué ibas a conocer a ese chico en aquel lugar, si no fuera porque ibais a acabar así? Todo pasa por algo, recuerdo que tenías cita el día de antes pero por culpa mía tuviste que retrasarla.

—¡Es verdad! —exclamé sorprendida.

—Claro... Si no hubiera sido porque me cargué la puerta de mi casa quedándonos encerradas, jamás lo habrías conocido, de eso y de que al psicólogo le tenías tan preocupado que anuló la cita de otra paciente y te la dio al día siguiente y si me apuras... si no te hubiera dado por obsesionarte con la comida jamás habrías dado con él —La miré con los ojos como platos, me miró sonriendo—. Bueno quizás ahí me he pasado un poco, ¿pero a que para argumento de una película valdría?

La miré y empezamos a reírnos como hacía meses que no lo hacíamos y, por primera vez en no sé cuánto tiempo, volví a sentir que mi amiga había vuelto. Durante un rato hablamos de tonterías, era una pasada volver a estar así de bien con ella, hasta que se quedó seria, entonces caí en cuál era el motivo por el que estábamos allí.

—¿Tú no tenías que contarme algo? —Arqueé una ceja.

—Sí... pero no sé por dónde empezar.

—¿Qué te parece por el principio?

—Mmm —murmuró—, creo que si empiezo por el final acabaré antes.

Nos sonreímos y vi cómo suspiraba. Estuvo pensando unos minutos, lo que me hizo entender que se trataba de algo realmente serio, le recé a Dios, a Alá, o a cualquier Dios que pudiera escucharme y/o hacerme caso y crucé los dedos deseando que me dijera que lo había dejado con su novio. Ella se recostó en la silla cerrando los ojos a causa del sol, la imité y nos quedamos en silencio.

—Hace unos días me acosté con un chico y ayer volvió a pasar.

Me levanté tan rápidamente por la sorpresa que casi me caigo, tuve que agarrarme a la mesa, Dana empezó a reírse.

—Muchas gracias por tu ayuda —carraspeé.

—Lo siento... —dijo riéndose.

—Así que... —La miré sorprendida—, te has acostado con alguien que, aclárame por si me equivoco... alguien que no es tu novio...

—Sí...

—¿Y Iván?

—Qué pasa con él... —Me miró.

—¿Como que, qué pasa con él? Hasta lo que sé, era tu novio.

—Síííí... —Alargó la respuesta con un tono demasiado triste.

—Bueno, como amiga tuya que soy debería escucharte antes de opinar y al menos no demostrar signos de alegría, pero siendo sincera contigo... Odio, odio con toda mi alma a Iván, así que... ¡qué demonios! Qué le jodan... se lo tiene más que merecido...

—Que se lo merezca no es una excusa Jacqui.

—No te estoy diciendo que sea una excusa, te estoy diciendo que es una realidad... cuéntame desde el principio.

Y así empezó a contarme... Hacía unos meses había conocido a un enfermero en el hospital donde fue a hacerse unas placas, al poco volvieron a coincidir en la farmacia y días después fue a comer al restaurante de su suegra. ¿Coincidencia? ¿Destino? ¿Acosador? Fuera quien fuera quien le estaba abriendo los ojos, tendría mi aprobación y una propuesta en firme de hacerle una estatua de marfil en el centro de la ciudad, se dieron los teléfonos, quedaron y lo demás ya es historia...

—¿Y te gusta?

—Si... —Sonrió con esa peculiar sonrisa que tenemos las mujeres cuando alguien nos atrae.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé, Sergio me gusta, pero llevo con Iván demasiado tiempo, quizá solo sea una mala racha.

—Dana solo llevas año y medio...

—¿Tan poco?

La miré frunciendo el ceño

—Si hubierais ido más despacio, quizá no se te hubiera hecho tan largo.

—Lo sé... —Su mirada se tornó triste— no sé qué hacer...

—Tranquila, ahora no debes agobiarte, intenta pensar en qué es lo que realmente quieres Dana, creo que en el fondo lo tienes claro desde hace bastante tiempo, pero te asusta afrontarlo, no pasa nada, ya verás cómo sale todo bien, es cuestión de tiempo.

Me sonrió y empezamos a hablar sobre ese chico y su situación, llevábamos una hora hablando cuando empezó a sonreír.

—¿Qué pasa? —pregunté siguiendo la dirección de sus ojos.

—La verdad que Klaus es impresionante...

—¿Klaus? —dudé— ¿A qué viene ahora Klaus?

Levantó la cabeza señalando al lado contrario donde había mirado, me giré quedándome de piedra, a unos metros de nosotras estaba Klaus de espaldas, con algo en las manos que no llegaba a ver. ¿Qué hacía allí? Llevaba unos pantalones vaqueros y su chaqueta de cuero que tanto me gustaba.

—¿Desde cuándo hace que lo estabas viendo?

—Unos quince minutos o así —Sonrió—, no te había dicho nada porque no estaba segura si era él.

—¿Así que era a él a quién estabas mirando con esa cara? Serás guarra...

Empezamos a reírnos, me cambié de sitio para poder verlo mejor, aun no podía ver qué tenía en las manos y qué estaba haciendo allí.

—Está haciendo fotos... —dijo Dana al ver mi inquietud.

—¿Fotos?

—Sí... ¿No sabías nada?

Negué con la cabeza hasta que recordé algo.

—Bueno —dije haciendo memoria—, cuando nos conocimos me dijo que le gustaba la fotografía, pero no volvió a hacerme mención de ello.

—Pues por lo visto sigue interesado en ella —Señaló hacia su dirección.

Volví a mirarle, esta vez podía verlo. Estaba apuntando con la pequeña cámara hacia unas flores, luego se sentó en un banco y empezó a hacer fotos a todo lo que pasaba por allí, niños jugando, gente corriendo, incluso a una pareja de abuelos que estaban frente a él sentados. Lo miraba embobada, estaba realmente guapo, sobre todo cuando sonreía al ver el resultado de las fotos, me moría de ganas por verlas, así que... haría lo imposible por hacerme con ellas. Al rato Dana y yo nos despedimos, Klaus seguía sentado en aquel banco, salí por otro lado y me fui a casa. Saqué a Play que jugó durante un rato con la pelota que le tiraba. Después volvimos a casa, me duché y decidí sentarme a leer algo, me sentía sola así que encendí la tele de plasma que me regaló mi padre, estaban dando un capítulo de «Crónicas vampíricas» (*The vampire diaries*), pero como ya lo había visto bajé la voz para seguir leyendo «Cincuenta sombras más oscuras». Poco después oí la puerta y cuando alcé la vista Klaus me miraba apoyado en la isla de la cocina americana con una sonrisa en los labios.

—¿Haciendo el pre-calentamiento con el señor Grey?

—¿Contaría como infidelidad? —Sonreí.

—No... —Me miró alzando una ceja— Oh bueno, no sé... ¿debería sentir celos de un personaje literario de ficción?

Le sonreí como una idiota, abrió la nevera y dejó el libro a la vez que subía el volumen de la tele, suspiré inconscientemente a ver un plano corto de Damon...

—¿No me digas que también ves esa serie?



—¿Hay algún problema?

—No... —Empezó a reírse.

—¿Sabías que hay un personaje que se llama como tú?

—¿Ah sí? —Asentí— ¿Y qué es? Porque en esa serie menos humanos, hay de todo.

—Es un híbrido, mitad vampiro, mitad hombre lobo.

Puso los ojos en blanco apoyándose en la mesa y se cruzó de brazos, el ver cómo aquella postura le resaltaba los músculos me hizo soltar otro suspiro, me giré de nuevo hacia la tele y volvieron a enfocar a Damon que esta vez de discutía con Elena.

—Me encanta ese chico...

—¿Quién? —dijo sentándose a mi lado.

—Damon —Paré la imagen justo cuando ocupaba todo el plano—, en la vida real se llama Ian so...

—Somerhalder —Me interrumpió.

—Eso, si llego a tener que pronunciarlo yo, aún estamos hasta mañana —Se rio ante mi comentario y volví la vista a la televisión.

—Tampoco es para tanto...

—¿Cómo que no? Míralo por Dios, es guapísimo...

—Ya será menos, además ¡míralo! Sobre-actúa poniendo esas caras.

—No sobre-actúa... —Lo miré— No seas celoso...

—No soy celoso, es la verdad... —Cogió mis piernas y las puso encima de las suyas.

—Bueno la verdad es que tenéis bastante parecido —Miré a ambos y yo misma me sorprendí. ¿Cómo no me había dado cuenta? —, tú eres más alto...

—Bastante más alto —Me corrigió.

—Vale *tiquis-miquis*...«bastante más alto», tienes más cuerpo y quizá un poco más marcada la cara, pero por lo demás sois bastante parecidos: pelo negro y el mismo color de ojos.

—Lo que digas... —Me ignoró por completo, lo que me hizo reír.

La noche avanzó de manera tranquila. Klaus pasó las fotos de su cámara al portátil, él no sabía que yo lo había visto y prefería mantenerlo en secreto al menos por un tiempo. Su cumpleaños sería en unas semanas y algo me rondaba la cabeza, aunque no lo tenía claro... vería las fotos. Para ello tenía que esperar a que él estuviera dormido. Jugué un rato con Play mientras él hacía algo para cenar, tampoco se esmeró mucho, una ensalada y un poco de ternera. No podía quejarme, me había dejado la comida hecha aquella misma mañana. Mientras cocinaba no podía evitar mirarle, se puso un pantalón gris de hacer deporte que le quedaba algo ancho y le caía por la cadera y una camiseta demasiado ajustada como para mantener la concentración en algo que no fuera él. Seguía preguntándome qué podía haber visto él en mí, al fin y al cabo, yo era una chica normal y él, el hombre más impresionante que había visto en persona y probablemente, de los más guapos de cualquier sitio. Nos sentamos a cenar, comí sin dejar de mirarle, él parecía distraído mirando la tele, yo quizás me había puesto de espaldas a ella porque me negaba a ver «*Saw*», no tenía ni idea qué parte de todas sería, pero me producía repulsión ese tipo de películas, quizá me metía demasiado en ella. Odiaba el terror psicológico, porque después de acabar, soy la típica que sigue dándole vueltas, tenía claro qué películas evitaba... Las de guerra, terror psicológico gore y dramas de demasiado sufrimiento, me di cuenta que evitaba todo lo que me producía desasosiego. Recogí la mesa mientras él estaba como una estatua mirando la película, me senté a su lado con mi Tablet y empecé a ojear las actualizaciones que tenía sobre los libros que había en mi biblioteca de una aplicación. Estaba entretenida leyendo cuando subió el volumen, le miré de reojo y pareció no darse cuenta, seguí leyendo ensimismada por la historia hasta que volvió a subir el volumen haciendo imposible concentrarme en nada, con los gritos de la película. Levanté la mirada furiosa apunto de gritarle cuando vi que me estaba mirando.

—¿No crees que tienes el volumen demasiado alto? Intento leer —Bajó el volumen sin quitar los ojos de mí.

—¿Qué lees? —preguntó elevando la cabeza para ver qué estaba mirando.

—Un libro... aquí hay miles —Sonreí como una idiota—, no sé cuántos me habré leído —Me sonrió con dulzura.

—¿Son escritores reconocidos?

—Quizá para todo el público no, pero para los que estamos en la página algunos si los son... yo tengo mis favoritos.

—¿Y cuántos son tus favoritos? —Rio divertido.

—Unos cuantos —Empezó a reírse— ¿Qué pasa?

—Nada... —Lo miré con el ceño fruncido, él seguía sonriendo.

—Favoritos o no, leo de todo, ¿y sabes qué? Conforme leo voy teniendo más favoritos, a este paso...

—Por eso me reía... creo que cualquiera que pueda hacer una historia que te guste, será favorito tuyo...

—También es verdad —Reí—, es que es difícil decidirse cuando hay tantos y tan buenos.

Nos miramos sonriendo durante un rato, el volvió a la película y yo a la lectura, cuando pasé una página más y vi que la historia no seguiría hasta que la autora subiera más capítulos, bufé... odiaba quedarme con las ganas de más, puse la tablet a cargar y cogí el libro de «cincuenta sombras más oscuras» era la tercera vez que me lo leía y aun así me seguía gustando como el primer día.

—¿Por qué no ves la película?

—No me gustan ese tipo de películas —Puse cara de asco—, demasiado sufrimiento gratuito.

—Eres una exagerada...

—¿Exagerada yo? Esas películas son un puñetero nido de ideas para enfermos...

Empezó a reírse a carcajadas y yo lo miraba mordiéndome el labio para evitar reírme...

—Creo que tengo una ligera idea de cómo hacer que no te den tanto mal rollo...

—¿Ah sí? Cómo... —Arqueé una ceja.

—Método de distracción...

—¿Eh?

La forma en la que me miró, hizo que me humedeciera al instante, estiró la mano cogiéndome del tobillo, arrastrándome por el sofá hasta que quedé totalmente estirada. Se puso de pie y se quitó la camiseta, dejando al descubierto su fuerte torso que me provocó una híper ventilación. Luego se bajó los pantalones seguido del bóxer quedando plenamente desnudo ante mí. Su impresionante metro noventa me intimidó, tenía una espalda ancha y la cintura estrecha, su cuerpo era como una guía, un mapa para no perder el camino, sus pectorales, sus abdominales perfectos y musculados, si seguías esa dirección descubrías unas ingles que empezaban un poco más abajo del ombligo... Bajaban en una V perfecta, aquello me producía un tremendo frenesí de lujuria, sabía que respiraba con dificultad dado el espectáculo que estaba viendo, ¿pero qué iba a hacer? Tenía demasiado poder sobre mí. Se puso de rodillas en el sofá y me desnudó sin casi rozarme la piel, eso me volvía loca, porque no ansiaba más que sentir sus manos sobre mí. Una vez desnuda, volvió a su posición de rodillas entre mis piernas, lo miré de arriba abajo y me quedé contemplando su erección mientras me mordía el labio tan fuerte que estaba empezando a hacerme daño.

—Quiero que mires la película —dijo con esa voz que me producía escalofríos y espasmos vaginales a la vez—, si quitas en algún momento la vista de ella pararé y me da igual que me ruegues...

—De acuerdo —dije con un hilo de voz casi inaudible.

Giré mi vista hacia la película, cogí aire. Aún no me rozaba, estaría asegurándose de si realmente la veía, aunque mi mente no estaba concentrada, mis ojos no parpadeaban, veía a un chico gordito y a una mujer negra, ambos tenían una especie de casco de rugby, no sabía muy bien por qué, pero imaginaba que si no cumplían lo que el pirado decía, algo se les clavaría en el cráneo o en la mandíbula, ni lo sé, ni quería saberlo. Cuando llevaba un rato mirando noté sus labios en mi sexo, tan suave que gemí arqueándome tan solo por el suave roce en mi zona más sensible, seguí mirando la televisión solo por volver a sentirle, esta vez estaban frente a un cristal con unas especie de balanzas, intuí (ya que el volumen estaba

demasiado bajo y mi respiración demasiado ruidosa) que tenían que cortar algo, no me equivoqué, tenían que cortarse partes de ellos mismos y aquel que más hiciera y su balanza alcanzara el peso adecuado sería el salvado, puse los ojos en blanco, puñeteros guionistas enfermos... ¿pero a qué mente tarada y siniestra se le podía ocurrir aquello? La escena ya estaba empezando a darme una repulsión insoportable cuando volví a sentir sus labios en mi sexo, esta vez más fuerte y más pasional, solté un leve grito clavando las uñas en el sofá, no quería quitar la vista de aquella asquerosa escena, porque pararía. Me estaba llevando hacia el cielo, su lengua por mi clítoris hizo que cerrara los ojos por la enorme sacudida de placer que me dio, entonces deje de sentirle, quería más, mucho más, estaba a punto de llegar al clímax y, tal y como había dicho, paró. Volví a abrirlos, estaba segura de que si no fuera por su increíble método de distracción ya habría apagado la tele, la escena estaba en su mejor momento, iba a poner una mueca de asco cuando le noté poco a poco entrar en mí. Abrí mis ojos de golpe, noté sus labios por mis pezones mientras se movía lentamente, torturándome.

Los ojos se me secaron de tan abiertos que los tenía, pero no quería ni parpadear con tal de que no parara, sentía sus labios en mi cuello, me moría por besarle, pero no podía moverme. Empezó a ir más rápido, respirando en mi oído poniéndome la piel de gallina, la escena ya había terminado y si no hubiera sido por él, jamás habría visto una entera. Seguí mirando sin ver nada, extasiada por el enorme placer que me estaba dando, empezó a hacer círculos con la cadera para después penetrarme hasta el fondo, quedándose allí unos segundos para que la pudiera notar toda entera dentro de mí.

Volví a gemir y esta vez tan fuerte que noté cómo se excitaba más de lo que ya estaba, fue entonces cuando empezó a moverse como a mí me gustaba, agresivo, fuerte, perdiendo el control y haciéndome sentir indefensa bajo su perfecto y precioso cuerpo.

Puse mis manos en su cara y le miré, necesitaba besarle no podía más, fundí mis labios con los suyos buscando desesperadamente el roce de su lengua, nos besamos mientras sus fuertes movimientos hacían que me desplazara una y otra vez.

Metí mis dedos entre su pelo apretando para intentar canalizar las enormes ganas de arañarle, me habló entre suspiros, nada coherente, palabras sueltas que hacían que mi sexo se contrajera acercándome al orgasmo. Notó la presión en su miembro y me dio una sacudida tan fuerte que casi me partió en dos. Gemí del dolor, aunque tenía una connotación placentera, siguió moviéndose sin parar. Yo estaba a punto de desmayarme, gritaba y me retorció tirando de su pelo, cuando note sus dientes en mi cuello no pude más y me arqueé convulsionándome en el mayor orgasmo que había tenido hasta entonces. Pocos segundos después llegó él,

derramándose en mi interior, dejándose caer después encima de mí, ambos respirábamos trabajosamente. Estuvimos unos minutos en silencio hasta que nos repusimos lo suficiente para poder hablar.

—Creo que tenías razón —hablé acariciando su pelo mientras intuí que sonreía—, ahora veré *saw* desde otro punto de vista.

—¿Ves? —Levantó la cabeza y me miró con esa sonrisa de medio lado que hacía que volviera a humedecerme— Te lo dije, método de distracción.

—Si me acusan de enferma por calentarme viendo *Saw*, te torturaré...

—Eso prométemelo.

Puse mis manos en su cara atrayéndolo hasta mí, le besé de nuevo, seguía dentro de mí, aunque su erección no estaba en pleno auge. Nos besamos durante unos minutos y fue cuando lamí sus labios con la punta de mi lengua, que noté cómo volvía a crecer dentro de mí, gemí por la sensación tan impresionante que sentí, empezó a moverse volviéndonos a perder uno en el otro.

## Capítulo 9

Serían las tres de la madrugada cuando Klaus dormía plácidamente en el lado izquierdo de la cama. Estaba nerviosa y no había manera de conciliar el sueño, con cuidado me levanté, Play que estaba despierto me siguió, entrecerré la puerta y cogí de la mesa su portátil. Me acerqué al enorme ventanal de mi casa y me senté en el alféizar. Encendí el portátil que, por suerte, no tenía contraseña, sentía como si estuviera haciendo algo malo, violando su intimidad, pero nada más lejos de la realidad, solo quería ver las fotos, era un gesto completamente inocente.

No tenía nada a simple vista, así que entré en «mis documentos», como imaginé, había una carpeta que ponía «Fotos». Vi unas diez carpetas distintas, abrí la primera, la mayoría eran de Play, de su familia, de fiestas con los amigos... Hubo una que me llamó poderosamente la atención, salía él sonriendo tan guapo como siempre con el pelo más corto que ahora, supuse que hacía un año de esa foto más o menos, ya que se le veía más joven, a su lado y con una mano sobre esos hombros perfectos había una chica asiática, con melena de color negra y ojos color miel. Ella sonreía tímidamente, era realmente preciosa, no había duda ¿Quién era ella?

Salí de esa carpeta buscando alguna que me llamara la atención, di con lo que buscaba una carpeta con nombre «*Carolina artísticas*», un escalofrío me recorrió la espalda, dudé si abrirla o no, tenía miedo por lo que podía acabar viendo... llené de aire mis pulmones y pinché sobre ella. Unas cien fotos en miniatura me saludaron, pulse sobre ellas y me di de bruces con la chica de la foto anterior, estas fotos eran más actuales, ya que la chica tenía una larga melena. Fui pasando foto tras foto y mi agonía crecía, eran fotos artísticas, en blanco y negro, sepia, mosaico, en distintas poses, distintas ropas, desnuda...

Aquello era más de lo que podía ver, no pude evitar sentir tanta rabia que tuve que apartar la vista de la pantalla, aquella mujer era impresionantemente atractiva, sensual... ¿se habría acostado con ella? ¿Sería solo una modelo? Pasé mis manos por la cara, con la creciente idea de que había hecho mal en ir de «*Mata Hari*». Ya iba a salir de ahí cuando un nombre llamó mi atención «*Jacqueline*», parpadeé varias veces, ¿*Jacqueline*? ¿Cuándo me había hecho fotos? La abrí y casi se me cae de las piernas el portátil, no sé cuántas habría pero eran incontables. Empecé por la primera y me quedé sin aliento, esa foto tenía como mínimo cinco años, salía en aquella sala de espera del psicólogo, con la mirada perdida en la puerta, no sé dónde estaría para poder haberme hecho esa foto sin darme cuenta. Iba con una de las miles de ropas anchas y generalmente de tonos oscuros que mi madre me hizo desaparecer cuando ya me repuse. Mi aspecto era tétrico, no tenía fotos de aquella época, ahora sabía el porqué. Pasé a otra y también era yo en la parada del autobús, otra en la cafetería que estaba en la esquina de la consulta bebiendo un vaso de lo que parecía zumo, pase más descubriéndome en mil fotos;

sonriendo, seria, incluso llorando. ¿Pero cuándo narices me había hecho esas fotos? Empecé a ver que cambiaban hasta que me topé con una que me hizo gracia, estaba yo atizándole a la impresora, sentada en el mostrador, recostada en la silla y una riéndome con David. Tragué saliva y me empezó a latir fuertemente el corazón, esas fotos estaban tomadas desde fuera y en todas ellas se me veía la expresión de la cara, y aquella foto con David era reveladora...

Las fotografías pese a ser sin posar, eran preciosas. Luego salía yo jugando con Play, en la ducha, incluso durmiendo. Miré a Play que levantó sus orejas al ver que lo miraba...

—Tu amo está loco... —susurré. Torció la cabeza y sonreí.

Salí de aquella carpeta, con una mezcla de sentimientos. ¿Cómo no me había dicho que le gustaba tanto la fotografía? Miré la última carpeta y tenía la fecha de hoy. La abrí y sonreí, fotos de un sol precioso, de niños sonriendo mientras juegan con un balón, la mirada dulce de aquel anciano a su mujer, sonreí como una idiota, Klaus tenía mucho talento...

No sabía por qué se lo había guardado para él, cerré el portátil y lo dejé donde estaba. Apenas me quedaba una hora para que tuviera que empezar a arreglarme y de lo único que tenía ganas era de acurrucarme al lado de Klaus y despertarlo a besos. Ya tenía claro qué iba a regalarle para su cumpleaños y hoy mismo iría a por ello. Me metí en la cama mirando cómo dormía... Tenía la boca entre-abierta y su respiración se tornaba en un pequeño ronquido, ahí me di cuenta de algo, le quería... le quería mucho.

La mañana en el gimnasio estuvo entretenida, tuvimos varias altas así que me la pasé dando información de las clases y enseñando las instalaciones. A medio día Bea me llamó, me dijo que si podía quedarme hasta que ella volviera de recoger unas cosas y, viendo que no tenía nada que hacer, me quedé. Klaus aquella mañana no pudo venir a verme y realmente lo eché de menos. Serían sobre las cinco de la tarde cuando el tintineo de la puerta hizo que me girase, casi me caigo de la impresión y no fui la única, David se quedó de piedra en la puerta con la mochila a su espalda y con la expresión de haber visto un fantasma.

—Jacqui...

—Hola David —Me levanté.

—Pensé que estabas en el turno de mañanas —Tragó saliva.



—Y así es, estoy aquí por hacerle un favor a Bea.

—¿Qué tal estás?

—Muy bien.

—Ya lo veo —Y por primera vez me sonrió. Le miré sin recordar qué llevaba puesto; unos vaqueros de pitillo, una camiseta de tirantes blanca con un pronunciado escote (*del cual se había quejado Klaus unas quince veces antes de salir aquella mañana de casa*), llevaba el pelo ondulado, dejado caer a un lado en una trenza desecha, quizá fuera mi pelo... —, hacía tiempo que no nos veíamos.

—Porque tú dejaste de venir... —le hablé sin devolverle la sonrisa.

—Cambié el horario —Agachó la cabeza avergonzado.

—Ya lo veo...

Me sonrió y entró dentro esquivando mi mirada, me quedé de piedra sin entender nada. ¿Me había estado evitando? ¿Pero por qué? Yo no lo había molestado, pensé que éramos lo suficientemente adultos como para actuar con normalidad, diez minutos después llegó Bea.

—¿Se puede saber por qué no me habías dicho que David venía por la tarde? — Se quedó petrificada.

—Lo olvidé.

—¿Lo olvidaste? ¿En serio me crees idiota?

—Lo siento Jacqui, tienes razón, pero estabas tan bien con Klaus que no quise decir nada... perdóname.

—El saber que David había cambiado el horario no iba a cambiar lo que siento por Klaus, deberías saberlo —le contesté enfadada.

—Eso lo sé, pero sabía que si te enterabas te enfadarías —Me miró mientras se sentaba—. ¿Acaso no hubieras venido aposta de haberlo sabido?

La miré sin contestar, sinceramente no tenía la respuesta.

—¡Al menos podrías haber dejado que esa decisión la tomara yo!

Ella me miró apenada. Estaba muy enfadada así que cogí mis cosas y salí como alma que lleva el diablo. Necesitaba que me diera el aire, cuando había dado unos pasos fuera del gimnasio algo tiró de mí y me vi cara a cara con David.

—Jacqui espera.

—¿Qué quieres David? —Le miré a los ojos.

—Lo siento.

—Me has dicho tantas veces esas palabras que has conseguido que no signifiquen nada —Me deshice de su agarre.

—Lo sé, sé que no merezco que me mires, pero todo tiene una explicación.

—¿En serio? ¡Ilumíname! —Mi sarcasmo, el cual no había necesitado durante estos meses, volvió de vacaciones.

—Le conté la verdad a Lorena...

—¿Cómo? —Me petrifiqué, ya no estaba enfadada.

—Sí...—Se pasó la mano por el pelo— No quise mentirle y aunque en un principio se enfadó, me perdonó con una condición.

No hacía falta que hablara más para saber cuál era.

—¿No volver a verme? —hablé despacio casi en susurros.

—Más bien, no volver a saber nada más de ti... —Me miró como momentos antes me había mirado Bea.

—Pero David... —callé por unos segundos— Se supone que somos amigos, yo...

—Lo sé, pero por ahora es lo que hay, no quise cambiar de gimnasio porque sabía de ti indirectamente, Bea no es nada discreta créeme...

Sonreí interiormente, adoraba a Bea.

—¿Y por qué no hablaste conmigo? Yo lo habría entendido y no me hubiese enterado de esta manera. Me dijiste que no cambiaría nada entre los dos...

—Perdóname —Volvió a poner sus manos en mis hombros—, me importas mucho, en serio —Levantó mi barbilla para que nuestros ojos se miraran—. Solo que por ahora no puedo estar cerca de ti. ¿Lo entiendes verdad?

Asentí con la cabeza, no pude evitar tener ganas de llorar. Quería a Klaus, pero no podía evitar sentir un poquito de cariño especial por David y ahora se estaba despidiendo de mí, probablemente para siempre, porque seamos claros, esa tía jamás querría que se acercara de nuevo. Él parecía hacer su voluntad, cosa normal cuando has confesado una infidelidad, por esto mismo sabía que no tenía que haber mezclado las cosas. Pero ya era tarde, muy tarde, perdía a David, el chico que estuvo en mi cabeza durante los últimos tres años y ya no solo eso, perdía a un amigo y sabía que lo echaría de menos.

—¿Eres feliz con Klaus? —preguntó sacándome de mi ensoñación.

—Mucho.

—¿Estás enamorada?

—Sí... —contesté sin pesar. Pude ver decepción en su cara, aunque no estaba segura, en ese momento empecé a sentirme mal.

—Escúchame Jacqui —Me miró fijamente casi sin parpadear—, esto es temporal te lo prometo, todo será como antes y si alguna vez necesitas algo, sea lo que sea, por favor no dudes en llamarme. ¿Me lo prometes?

Dudé durante unos segundos sin apartar mis ojos de él. Podía sentir cómo apretó su agarre, aun así sentía como si mi cuerpo flotara.

—Te lo prometo David —Escuché cómo soltó el aire que había estado conteniendo y sin esperarlo me abrazó. Sentí sus fuertes brazos rodeándome la cintura, tardé unos segundos en reaccionar y cuando lo hice le respondí, metiendo mi cabeza en el hueco de su cuello.

Aquello era una despedida, lo tenía claro, y solo sentía que no quería dejar que se fuera así. Pero no era decisión mía, tragué saliva para evitar que una lágrima asomara. Poco después nos apartamos mirándonos, besó mi frente como solía hacer siempre.

—Cúidate pequeña —Me acarició la mejilla, a lo que sonreí.

Cuando se dio la vuelta, me sentí vacía, una etapa de mi vida acababa ahí. Vi que me miró una vez más antes de entrar por la puerta del gimnasio, me di la vuelta y caminé. No sabía a dónde me dirigía pero no podía parar de andar, de repente vi un portal abierto y me metí, me apoyé en la fría pared y rompí a llorar. Me daba vergüenza que alguien pudiera verme, pero no podía evitarlo. Una vez que dejé de llorar miré frente a mí, allí estaba, plata resplandeciente y un dibujo de una cámara, parecía ser una señal «*Curso de Fotografía*».

## Klaus

Apreté mis manos alrededor del volante, porque si no las mantenía en algo, saldría escopeteado hacia ese cabrón y lo mataría a puñetazos. ¿Cómo se atrevía a ni siquiera tocarla? Y ella... ¿Le...le estaba abrazando? La sangre me hirvió tanto que sentí marearme. ¿En serio lo estaba tocando? ¿Acaso no se acordaba de lo que me había prometido? Tenía ganas de gritar, de liarme a puñetazos con todo, no podía con estos celos, ¿pero qué me pasaba?

Vi cómo le daba un beso en la frente y ella se quedaba quieta viéndolo marcharse, conocía esa expresión, me sabía de memoria sus expresiones, estaba triste, no había duda, luego echó a andar tan rápido que cuando me di cuenta ya había desaparecido por la esquina, pensé en llamarla pero estaba tan cabreado que probablemente le diría las mil y unas barbaridades. Salí decidido a enfrentarme con quien debería haberlo hecho desde un principio, corrí hacia el gimnasio abriendo la puerta de golpe, no había nadie en recepción.

—Enseguida salgo —Oí la voz de Bea, también otra voz y caminé hacia allí.

—Vamos David —Empezó a susurrar—, has hecho lo que debías.

—¿Entonces por qué me siento así?

—Porque la quieres... es normal, es tu amiga.

—Ya... —Noté cómo suspiraba— No sé cuánto duraré con Lorena, pero espero que sepa valorar esto porque me está costando la vida.

—¿Y qué a dicho ella?

—¿Ella? Nada, se la ve muy enamorada de ese alemán.

—Klaus —corrigió Bea, a lo que sonreí.

Ya no me hacía falta escuchar más, respiré tranquilo, solo se estaban despidiendo, ahora entendía la expresión de su rostro, aunque me cabreó verla tan triste, ¿en serio se sentía tan mal por qué ese capullo se despidiera? Salí escopeteado de allí y cogí mi móvil.

—Carolina te necesito.

—¿Qué narices quieres ahora Grass?

—Necesito verte.

—Estoy ocupada, aparte estoy con la regla... —Sonreí al escucharla.

—Creía que también podía llamarte para un café, necesito una amiga —Se quedó en silencio.

—Vaya, vaya, así que te has pillado de verdad por esa chica ¿eh?

—Creo que sí... ¿podemos vernos?

—Claro, en diez minutos en la cafetería de la esquina de mi casa, no llegues tarde.

—Ahora te veo —Colgué.

Sonreí al notar el cambio de humor de Carol, supongo que se alegraba de que la considerara una amiga y ahora no necesitaba otra cosa que no fuera una amiga que me aconsejara, no sabía manejar esto que sentía... ¿acaso era amor?

Llegué antes y me senté en la mesa del fondo, diez minutos después entró ella contoneándose. Solté una carcajada ante aquel comportamiento, se sentó frente a mí y sin más empecé a hablar.

Dos horas después salí de aquella cafetería bastante mejor de ánimo. No me había dado cuenta que, aparte del sexo, podía tener una buena amistad con ella. Una punzada de culpabilidad me partió el pecho. Ahora sabía a lo que Jacqueline se

refería cuando hablaba de David... aun así no le perdonaba el hecho de que hubiera faltado a su promesa. Caminé entre mil pensamientos y antes de darme cuenta, ya estaba a punto de abrir la puerta del piso. Una vez dentro vi el bolso de Jacqui encima de la mesita del salón, eso significaba que ya estaba aquí; en segundos la vi aparecer con una toalla cubriéndose el cuerpo, acababa de salir de la ducha. Tenía los ojos rojos y algo hinchados, había estado llorando, eso hizo que volvieran a brotar los celos.

Tenía la mandíbula tensa de la fuerza que estaba haciendo por no gritarle, pero no pude evitar quedarme embelesado mirando su cuerpo aún húmedo a causa de la ducha. Estaba cabreado y empalmado, «*Klaus no hay quien te entienda*» me dije a mí mismo. Sin más y sin ella esperarlo, le arranqué la toalla que la cubría empotrándola contra la pared, no se resistió y eso me tranquilizó. La besé, quizá demasiado fuerte, pero en ese momento solo sentía rabia, ella parecía disfrutar con lo brusco que estaba siendo, esta chica era una caja de sorpresas, me perdí entre sus pechos y no paré hasta que la vi retorcerse, después la levanté por el trasero. Me rodeó con sus piernas la cintura y así llegamos al dormitorio. Al ver la barra que había puesto en el techo días antes para poder atarla mejor, me dio una idea. Recorrí con mi lengua su impresionante cuerpo, jamás me había excitado tanto una mujer, me perdí en su sexo haciéndola gemir como una loca. Justo cuando estaba a punto de llegar al clímax y yo de perder los papeles, me aparté.

Fui hacia donde guardábamos las esposas, me miraba fijamente con una expresión que me hacía reír, ¿acaso había leído mis verdaderas intenciones? Me puse sobre ella besándola, cuando volvió a confiarse levanté sus manos por encima de su cabeza. Se restregaba a mí como si fuera un gato y eso dificultaba la idea que tenía, pues estaba a punto de arrancarme la ropa y tomarla de todas las maneras posibles. Pasé las esposas por la barra y até ambas muñecas, cuando me aseguré que no podría quitárselas me levanté. Me quedé frente a la cama cruzándome de brazos, me miró y observó sus manos, fue inútil que intentara quitarse las esposas, estaba atrapada y no podía levantarse de allí, me miró frunciendo el ceño y sonreí.

—¿Qué narices estás haciendo Klaus? —me preguntó visiblemente enfadada.

—¿Tienes algo que contarme? —Me miró sorprendida.

—¿Contarte? —dudó— No sé de qué me hablas.

—¿Me tomas por tonto Jacqueline?

—¡Claro que no! Dime a qué narices viene todo esto.

—Mira, hagamos una cosa, te voy a dejar así durante un rato —Me miró con los ojos como platos—, así seguro que haces memoria...

—¿Qué? ¿Pero tú estás loco?

—¿Sigues sin saber a qué me refiero? —Negó con la cabeza— Pues entonces sí lo estoy, aquí te quedas.

Me di la vuelta y llamé a Play que vino enseguida.

—Quédate con ella y que no se mueva —Él me miró torciendo la cabeza como si me hubiera entendido, fue hacia donde ella estaba sentándose en el suelo.

—¡Klaus! —Me gritó desde la habitación— ¡Esto no tiene gracia! —No le contesté— ¡Eres un puto demente!

Y diciendo esto salí por la puerta aguantándome la risa, quizás me había pasado un poco, pero le vendría bien pensar en cumplir sus promesas la próxima vez. Estuve entretenido comprando unas cosas, lavando mi coche y tomando un café con unos compañeros del trabajo. Llevaría alrededor de una hora y media fuera cuando empecé a sentirme muy culpable, caminé, más bien corrí hasta casa. Cuando abrí la puerta di unos pasos rápidos hasta la habitación, la veía desde el pasillo y me sentí fatal...se me había ido la pinza, sin esperarlo ella empezó a reírse, pero no me miraba a mí... ¿Qué leches?...

## Capítulo 11

No sabía qué hora sería cuando desperté de golpe, el nudo que tenía dentro, desde que me había hecho el amor se rompió.

Me levanté sin hacer ruido. Klaus estaba profundamente dormido boca abajo en la cama, me metí en el cuarto de baño y me refresqué la cara. Conocía muy bien esa sensación, era ansiedad, la que padecí los años que estuve enferma, ¿a qué venía? Ahora era feliz.

Me aceptaba a mí misma, incluso aprendí a quererme. ¿Por qué ahora? Empezó a faltarme el aire, sentía presión en mi estómago, tanta que me lo apreté y me arrodillé. Cuando me di cuenta, estaba llorando como si me acabaran de dar la peor noticia de mi vida y lo extraño de todo era que no me pasaba nada. Ahora mismo estaba siendo feliz... demasiado.

Tenía algo entre pecho y espalda y fue entonces, cuando recordé la voz de mi psicólogo aquella última vez que lo vi, hacía un año.

*«No te aconsejo que dejes de venir Jacqueline, aunque eres fuerte, estás acostumbrada a lidiar con la rabia, con la tristeza, no con la felicidad y la felicidad puede ser demasiado abrumadora, tanto que hasta puede hacerte daño, si no sabes aceptarla».*

En aquel momento pensé que el chalado era él y no yo. ¿Quién no podría aceptar la felicidad? Ahora lo entendía... quizá demasiado. Aunque la gente que no sabía mi pasado, jamás pensarían que en un momento de mi vida fui una persona triste, deprimida y sin ganas de absolutamente nada. Ahora, al recordarlo, parecía que esas experiencias hubieran sido vividas por otra persona, una parte de mí seguía unida a esa chica que siempre vestía de negro. Apoyé mi espalda en la bañera y rodeé mis piernas con los brazos, llorando.

—¡Jacqui! —Me gritó Klaus arrodillándose ante mí— ¿Qué te pasa? ¿Qué ha pasado? —Me miraba aterrado.



Entonces supe porque estaba así. En mi vida había deseado a nadie tanto como a Klaus, puede que David se le acercara pero ahora me daba cuenta de que no. Estaba acostumbrada a ser yo la que sentía, la que amaba y siempre me encontraba vacía. Quería más y por primera vez estaba completa, no aspiraba a sentir más, porque era imposible. Los fallos con mis otras parejas eran insignificantes, porque sabía que algo mejor estaba por venir.

Pero después de la relación con Klaus, no quería estar con nadie más, porque con él sentía todo lo que yo tanto anhelaba. Ese deseo tan fuerte que tu cuerpo separa de tu mente y reacciona a su tacto antes de que tu cerebro pueda pensar. Aquello que me hacía ser coherente, estaba profunda y locamente enamorada de él. Lloraba por miedo, por terror y porque, por primera vez, en mi vida no deseaba más...

—Jacqui —Me zarandeó—, mírame... —Levanté la vista—. Cuéntame qué ha pasado....

—Yo...yo —tartamudeé—, yo te quiero Klaus...te quiero mucho, tanto que me duele —Rompí a llorar y me abrazó muy fuerte, pero no me contestó. En aquel momento estaba tan abrumada que no me di cuenta, ahí cometí mi primer error.

## Klaus

La abracé fuertemente contra mi pecho, acababa de decirme que me quería y yo no pude contestar. Había estado a punto de hacerlo horas antes, cuando le hacía el amor de esa manera... pero algo me impedía hacerlo.

Crecí con mi madre, una mujer que sentía aberración por el amor y me educó en ese pensamiento. Quizá por eso no sabía relacionarme con la gente, me llevó a un psicólogo en mi adolescencia, porque no soporté la marcha de mi padre. Lo cual me llevó a encerrarme en mí mismo y en mis obsesiones.

Tras una temporada conseguí un cambio en mi actitud, aunque siempre tuve claro que no quería enamorarme. No debía de hacerlo, cualquier cosa que le llevara al estado mental en el que había visto a mi madre, me daba un tremendo pavor, por no llamarlo asco y el amor era algo que siempre me recordaba a ella.

Ahora me veía sin salida, encerrado en un bucle del cual no podía salir, no quería salir, no debía enamorarme, no al menos cómo lo estaba de Jacqui.

Mi estado de ánimo dependía de su sonrisa, de sus caricias, me pasaba el día pensando en ella y cuando estaba con ella pensaba en que me gustaría quedarme allí eternamente. Ya no era racional, me había vuelto celoso y posesivo y aunque a ella no parecía importarle, yo vivía en una lucha continua. Quería saber dónde estaba y con quién y el no saberlo me volvía loco. ¿Quién era yo?

Carol siempre me decía que por mucho cuerpo que tuviera, seguía siendo un crío inmaduro, que no sabe lo que dice. Yo no pienso lo mismo, aunque muchas veces no vemos nuestros propios fallos.

Vi cómo mi madre se rompió cuando mi padre la dejó y volvió a Alemania, jamás se repuso, coqueteó con el alcohol y cuando estaba en plena borrachera no se cansaba de darme el mismo sermón una y otra vez hasta que caía dormida en el sofá. Aún podía escuchar sus palabras si cerraba los ojos y me concentraba: *«No te enamores nunca, no hasta el punto de creer que sin la otra persona, los días no serían días y las noches serían eternidad»*.

Había salido con alguna chica cortas temporadas, pero siempre acababan dejándome por mi pasotismo en cuanto a sentimientos más profundos y, ahora, era incapaz de darle mi teléfono a una de las farmacéuticas a la que veía diariamente cuando realizaba los pedidos o los entregaba. Ella hacía todo lo posible para tocarme y coquetear, pero yo no la veía aunque estuviera frente a mí, solo Jacqui estaba en mi cabeza. Me hacía sentir genial y tenía el mejor sexo de mi vida. No sabía que el sexo con amor, pudiera ser tan increíble.

Me sorprendió que ella no me mirara mal al azotarla con mi silencio ante aquella confesión, pero agradecí que no dijera nada, aunque mi cabeza no hacía más que gritar; «yo no te quiero», «yo te amo». Pero lo callaba en lo más profundo de mí, la cogí en brazos y nos metimos en la cama... tenía claro que debía hacer algo.

## Jacqueline

Habían pasado tres semanas desde el cumpleaños de Klaus y ya tenía olvidada la llantina de aquella noche. Estábamos a primeros de julio y ya hacía mucho calor, con Klaus todo iba a las mil maravillas. Ya no se ocultaba para hacer fotos y eso me tenía hasta las narices, porque se pasaba el día así. Daba igual lo que hiciera o como fuera vestida, estaba empezando a perder la paciencia.

Eran las doce del mediodía cuando sonó el tintineo de la puerta, levanté la cabeza y una cara que me resultaba conocida caminó con paso decidido hacia mí, ¿de dónde la conocía? Dio los últimos pasos contoneándose, cosa que me hizo alzar las cejas, se echó su melena negra a un lado y apoyó los codos en el mostrador. Miré sus rasgados ojos orientales y forcé mi mente para intentar recordar de dónde la conocía.

—Buenos días —dijo sonriéndome.

—Buenos días. ¿Qué desea?

—Venía a informarme de las clases de pilates, los horarios, la matrícula y demás.

Le sonreí y me levanté a por el calendario de clases, se lo entregué quedándome de pie frente a ella, sentí su mirada escrutadora. Yo intentaba ignorar aquella intromisión, pero me lo estaba poniendo verdaderamente difícil. Se echó a reír y clavé mis ojos en ella, no era una risa burlona, más bien cómplice, nos giramos las dos al oír el tintineo de la puerta. Frente a nosotras había una chica visiblemente nerviosa, pero esta vez sabía perfectamente quién era. Llevaba su pelo negro en una coleta, unas mallas negras y una camiseta de tirantes rosa. Nos miró a las dos de arriba abajo, tragué saliva, no sabía quién era yo y creo que me alegré...

—¿Quién de las dos es la zorra...? —dijo fuera de sí, no cabía duda de que se refería a mí...

—Si no eres más concreta... —dijo la morena a mi lado, aún apoyada en el mostrador—, aunque yo aquí no veo una zorra, veo tres.

Se me escapó la risa nerviosa al ver que se había incluido en el pack. Lorena me miró fijamente.

—¿Quién es Jacqueline...?

—Soy yo —dije con una voz demasiado tranquila para lo nerviosa que estaba en esos momentos, volvió a mirarme y dio unos pasos hasta poner su frente pegada a la mía, no me moví, no le tenía miedo.

—Así que tú eres la puta que se folló a mi novio... —Me miró de arriba a abajo de nuevo, aunque para hacerlo tuvo que apartarse un poco.

Le sonreí irónica y me crucé de brazos.

—¿Qué quieres...?

—¿Y aún lo preguntas? —gritó— Sigues follando con él ¿verdad?

—¿Qué? ...¿Pero qué dices?

—¡A mí no me mientas y más en la cara!—Me señaló con el dedo— He venido aquí porque necesitaba oírlo de tu boca.

—No sé qué habrá pasado, pero no sé nada de David desde hace mucho. ¿Qué narices quieres?

—¡Mentira!

—¿Estás loca o qué? —Esta vez fui yo quien avanzó hacia ella— No sé nada de él porque tú se lo prohibiste, cosa que entiendo, pero no tienes derecho a venir a mi puesto de trabajo a montarme este *show*, primero porque no es a mí a quien se lo tienes que preguntar sino a él y segundo, vienes aquí para preguntarme algo que tu sola te contestas...—Cogí aire— No me he acostado con David desde aquella vez y ojalá no hubiera pasado nunca —Me miró fijamente.

—No te las des de buena conmigo —escupió—, sé que sigues loca por él.

Una voz interrumpió a mi espalda.

—Tú estás loca ¿Has visto el pedazo de novio que tiene Jacqueline? —Pude ver una sonrisa lasciva en su cara y fruncí el ceño— Te puedo asegurar que hasta tú, te humedecerías las bragas si lo vieras. Deja de decir gilipolleces, seguro que estás en lo cierto en cuanto al golfo de tu novio, pero esta vez te equivocas de persona.

*¿Has visto el pedazo de novio que tiene Jacqueline? ¿Conocía a Klaus? ¿Qué pasaba?* Las dos miramos a la morena asiática que nos observaba aburrida. Acababa de soltar una bomba como aquella y estaba tan pancha. Había silencio hasta que se oyó la puerta de nuevo, Klaus entró tan perfecto como siempre, con la mirada distraída, paró en seco cuando nos vio a las tres allí. Noté cómo miraba a la morena asiática que estaba unos pasos detrás de mí y fruncía el ceño...él la conocía, de eso estaba segura, luego miró a Lorena quien estaba prácticamente con los puños cerrados, ella aflojó el gesto cuando Klaus se puso frente a ella, pude notar cómo lo miraba... y me vi a mí misma mirándolo así, cuando lo vi en aquella sala de espera hacía unos meses atrás, parecía un modelo de *Armani* o algo parecido, le hubiera hecho el amor allí mismo...

—¿Qué pasa aquí? —habló y Lorena dio un respingo.

—Aquí, la Sherlock Holmes... —contestó la morena— que está buscando a la zorrita que se tira su novio.

Él volvió a mirar a Lorena, esta vez de arriba a abajo, ella se sonrojó y yo sonreí, no podía enfadarme, despertaba ese deseo en todas.

—¿Así que tú eres la novia de David? —Ella asintió— ¿Qué quieres?

—Venía a hablar con Jacqueline... —¿A hablar? ¡Ja!— Necesitaba saber si ella y David... —No terminó la frase, la penetrante mirada de Klaus la intimidaba.

—Continúa —habló él visiblemente tenso.

—Si están... —dudó— acostándose juntos —dijo tan bajito que tuve que hacer esfuerzos para escucharla.

—¿Y bien? —dijo mirándome cruzándose de brazos. Vi cómo Lorena daba un suspiro al verle en esa postura.

—¿Me preguntas a mí? —Me sorprendí— ¿Cuándo? Si cuando no estoy aquí, estoy contigo —dije tranquilamente.

—Lorena... —dijo él volviendo la mirada hacia ella—, estoy al corriente de lo que pasó entre ella y... —Noté cómo se le tensaba la mandíbula— tu novio, pero debo decir que si se está acostando con alguien no es con mi novia —¿Novia? *Ainss* cómo me gustaba esa palabra en su boca—. Puedo asegurarlo porque pasamos todo el día juntos bastante...entretenidos —Torció su boca en una sonrisa que hizo que me humedeciera y por la mirada atónita de Lorena estaba segura de que ella también. Me giré para mirar a la morena que parecía divertirse la situación—, no hay tiempo en el que Jacqui pueda estar con tu novio.

—Vale... lo entiendo —Me miró de soslayo.

—Ya te lo había dicho... —dijo entre risas la asiática que ahora parecía no quitarle ojo a Klaus.

Sin más dio la vuelta y lanzando una mirada a Klaus, salió por la puerta del gimnasio.

—¿Qué estás haciendo aquí Carolina? —dijo Klaus acercándose a nosotras.

¿Carolina?... ¡Dios! Ya sabía quién era... ¡La chica asiática de las fotos! ¿Cómo había podido no acordarme?

—Vamos Grass, relájate —dijo sonriendo—, solo tenía curiosidad por ver cómo era en persona, tantos elogios he de decir que eran ciertos, es una auténtica preciosidad.

Sonreí avergonzada.

—Jacqui, esta es Carolina —Me cogió por la cintura—, una buena amiga —Noté una mirada rara que no supe descifrar.

—Encantada.

Le di dos besos, aunque una punzada de celos sacudió mi cuerpo. De repente me entraron ganas de arañarla; genial, ahora me había vuelto esquizofrénica.

—Iba a llamarte ahora —dijo Klaus, pero no a mí—, ¿te viene bien que tomemos un café?

—Claro Grass —Sonrió de una manera que no me gustó—, estaba por la zona por si te veía, tienes el móvil apagado.

—No tiene batería —Lo sacó de su bolsillo y me lo dio—, ¿podrías ponerlo a cargar? En un rato vendré a por él.

Yo asentí sin hablar, no quería ser paranoica, pero haber visto aquellas fotos de ella no ayudaba en nada a que estuviera más tranquila, la había visto desnuda, en mil posiciones, y por si aquello no era bastante estresante, esa mujer era increíblemente sensual. Pero no era en sí las fotos, de las que por cierto Klaus no había nombrado, ni cuando lo sometí a un tercer grado (intenté sonsacarle sobre qué había fotografiado, a ver si saltaba la liebre y me contaba los desnudos, pero nunca lo mencionó), era el hecho de lo que sentía cuando ambos estaban callados, había algo flotando en el aire, y lo que más me inquietaba es que notaba a Klaus nervioso e incómodo. Siguieron hablando, pero me desconecté de aquella conversación para mirar con más detalle sus gestos, poco después me besó. Antes de dejar que se fuera la agarré del brazo y me miró fijamente a los ojos.

—Antes de irte, ¿podrías mirarme una cosa del ordenador? —susurré ignorando la mirada de aquella mujer, Klaus asintió y se adentró junto a mí tras el mostrador.

—¿Qué le pasa? —dijo toqueteando con el ratón varias cosas de la pantalla.

Miré a la muchacha que desvió la mirada hacia la puerta; cuando regresé la vista de nuevo a Klaus, él me estaba mirando con el ceño fruncido.

—Esa chica sale en unas fotos que vi en tu ordenador —susurré a lo que él abrió los ojos de golpe—, las vi de casualidad...

—¿Has estado husmeando en mi portátil?

—¿Qué parte de “las vi de casualidad” no entiendes? —inquirí nerviosa.

Su mirada pasó de ser seria e intimidante a ser divertida...

—No tienes por qué estar celosa... —susurró mientras besaba mi mejilla—, es solo una amiga. Luego hablamos ¿vale?

—No me fio de ella —añadí disimulando cómo podía, las ganas de saltar el mostrador y arañarle su perfecta cara.

—Pues entonces, tendrás que fiarte de mí... —dijo dándome un beso en los labios, dando por finalizada la conversación.

Vi como salía del mostrador y me embelesé durante unos segundos mirando su perfecta espalda. La chica le sonrió cuando lo tuvo frente a ella, miré hacia otro lado pese a que sentía los ojos de aquella mujer en mi cara, seguramente querría despedirse, pero si tenía que pasar por el suplicio de tener que mirarla a la cara otra vez, antes prefería cortarme una vena. Segundos después ambos salieron por la puerta justo cuando entraba Bea, se saludaron cuando Klaus mantuvo la puerta abierta para que ella pasara, me miró, me guiñó un ojo y desapareció de mi vista, noté cómo aquella rubia de ojos verdes que tenía ante mí, se sonrojaba

—Dios Jacqui... —Suspiró dejando las bolsas debajo del mostrador—, menudo hombre, de verdad que...

Sonreí y caminé hacia ella dándole vueltas al móvil, lo puse a cargar y me quedé mirándolo.

—¿Qué pasa? —preguntó apoyándose en la impresora— Estás rara.

Bea tenía la habilidad de poner palabras a mis silencios.

—¿Has visto la chica que ha salido con él? —Asintió— Es la chica de las fotos que te dije...

—Anda... —Alzó las cejas.

—Es su amiga... —susurré, quizá me lo dije a mi misma más que a Bea, pero de todas formas me escuchó.

—¿Te la ha presentado?

—Sí, bueno ella ha venido para informarse de las clases de Pilates, aunque cuando ha venido Klaus ha reconocido que quería conocerme... «Tantos elogios he de decir que eran ciertos, es una auténtica preciosidad» —dije imitando sus palabras...

—Eso es bueno...

—Si...supongo —dije pensativa.

—Pero... —añadió, me conocía demasiado.

—No sé, se miraban raro... —Restregué mis ojos— Además me dice que es una buena amiga y jamás me había hablado de ella... ¿soy a la única que no le cuadra?

—Bueno...quizá fueron pareja y no quiere decírtelo para que no te rayes...

—Así no ayudas Bea —espeté nerviosa.

—Es verdad... —Me acarició la cabeza— quizá sea una amiga y ya está, Klaus es muy reservado, puede que ni haya caído en decirte nada, no le des importancia.

—¿Crees que se habrán acostado?

—¿Estás celosa Jacqui? —preguntó con una sonrisa irónica.

—Sí... —dije mirándola con el ceño fruncido— Mucho.



Se echó a reír contagiándome, volví a mirar el móvil...

—No serás capaz...

La miré sorprendida.

—¿Quieres dejar de leerme la puñetera mente?

—Pues deja de tener esas absurdas ideas —Se cruzó de brazos—, además, hasta un tonto se daría cuenta de tus intenciones.

—En qué mala hora te dejé aquel libro sobre el *Lenguaje corporal*...

—Ahora nadie puede soltarme ninguna mentira, soy un detector en potencia — Sonreí al ver su cara.

—Por cierto...

Y así empecé a contar lo que había pasado antes de que llegara Klaus, estábamos inmersas en una conversación de David cuando sonó mi móvil.

—¿Sí?

—¡Jacqui! —Reconocí la voz de Dana, estaba nerviosa.

—¿Dana?

—Sí...

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Necesito que vengas a por mí por favor —Empezó a llorar.

—Ahora mismo voy, pero dime ¿estás bien? —Estaba a punto de llorar de los nervios.

—Sí, pero por favor ven ya, estoy en mi casa —Colgó.

Bea me lanzó las llaves de mi coche que estaban a su lado, le pedí que informara a Klaus de lo que había pasado y salí escopeteada de allí. Fui lo más rápido que pude, pero no sé si era casualidad o qué, pero los astros se habían alineado para

darme por saco, (*por lo menos no habían liberado a los titanes, de momento...*) porque la mañana no hacía más que empeorar y los atascos no ayudaban a que me calmara lo más mínimo. Frené en seco cuando vi a Dana sentada en los escalones del patio de su casa rodeada de maletas, salí del coche y corrí hacia ella, se lanzó a mis brazos llorando.

## Capítulo 12

—¿Qué ha pasado?

—Le dije la verdad... —Me miró llorando—, y no quieras saber todo lo que me ha dicho.

—Bueno cálmate... —Acaricié su cabeza—¿Te vas del piso?

—Sí... —Se secó las lágrimas— prefiero irme yo.

La miré detenidamente, estaba demacrada y visiblemente más delgada, tenía sus ojos miel hinchados y rojos de llorar, llevaba el pelo en la cara, cosa rara en ella, pues solía llevarlo recogido. Noté cómo temblaba y la rodeé fuertemente entre mis brazos. Cuando nos separamos, le quite un mechón y se lo puse detrás de la oreja. Fue entonces cuando noté que tenía el mentón hinchado, al ver mi mirada se apartó, pero la cogí del codo antes de que se separara lo suficiente y giré su barbilla.

Tenía toda la parte derecha, desde el ojo hasta el labio ligeramente hinchado, por la zona del ojo se estaba empezando a poner amarillento, le había pegado, ese miserable le había pegado... no se conformaba con alejarla de todo y tenerla como una prisionera, sino que encima tenía que cruzarle la cara y exageradamente fuerte, por lo que estaba viendo. Apreté la mandíbula mientras le acariciaba las mejillas, un fuego que jamás había sentido se empezó a adueñar de mí.

—Jacqui...

—Vayámonos —No la dejé continuar—, ayúdame a meter las maletas, iremos a mi casa.

Asintió, sabía que no era el mejor momento para llevarme la contraria, metiendo las maletas vi que en una bolsa llevaba un bate de béisbol.

—¿Y esto? —La miré con el bate en la mano.

—Me lo compré cuando fuimos a Nueva York, es un recuerdo —Me sonrió y me dolió verle media cara marcada por ese animal.

Me metí en el coche y eché el bate en el asiento de atrás, para mi suerte Dana no me vio. Hicimos el camino en silencio, no podía mirarla, no así, ella tampoco lo hacía. Tenía la vista perdida por la ventanilla, aunque apostaba a que no veía nada, la observé de soslayo y vi cómo lloraba. Puse mi mano sobre la suya y me sonrió.

—Todo irá bien... —Le sonreí— ya lo verás.

—Gracias.

—Dana —me miró—, ¿había pasado antes?

Se tensó y me contempló, la conocía demasiado y entonces supe la respuesta. No hablamos más hasta que abrí la puerta de casa, tuvimos que hacer varios viajes para subir todas sus maletas y bolsas.

—¿Quieres algo? —pregunté dándole la espalda.

—Una tila por favor o una docena de chupitos de tequila, lo que prefieras.

La miré sonriendo.

—Creo que una tila será lo más acertado.

—Pues que sea una tila...

Me puse a calentarle el agua y poco después estaba soplando su taza.

—Prometo no quedarme mucho —Me miró—, encontraré algo pronto.

—Cállate idiota —Le sonreí—, quédate todo el tiempo que necesites, esta es tu casa.

—Klaus se queda aquí Jacqui... no quisiera molestar.

La miré con ternura, en aquel momento parecía que fuera mucho más joven.

—No molestas —Ambas nos giramos y vimos a Klaus salir de la habitación, ¿desde cuándo estaba aquí? Pude notar cómo Dana se ponía roja. Klaus llevaba

puestos unos pantalones cortos e iba sin camiseta. Caminó hacia nosotras y se sentó al lado de Dana, poniéndole tiernamente la mano en la cintura acariciándola— ¿Estás bien?

—S...si —tartamudeó y oculté mi sonrisa, escondiéndome detrás de mi vaso de coca cola—, gracias Klaus.

Al igual que había hecho yo, le apartó el pelo de la cara y se quedó de hielo a verle el mentón y como si de una descarga eléctrica se tratara, empezamos a notar cómo se ponía tenso por segundos. Nos miramos hasta que escuchamos el taburete caer al suelo. Se levantó de un salto y daba zancadas hacia la puerta, salimos disparadas hacia él. Me puse frente a la él y ella lo cogió de la cintura para evitar que avanzara, no sirvió de nada porque la arrastró hasta quedar frente a mí.

—Klaus por favor cálmate —Puse mis manos en su pecho, por primera vez sentí miedo de su expresión, por lo menos esta vez no me la dirigía a mi...

Tenía los puños apretados a ambos lados de su cuerpo, haciendo tanta fuerza que se le habían puesto blancos. El pecho estaba rígido como si fuera una tabla y sus ojos azules se habían vuelto una línea, parecía una pantera a punto de atacar, estaba realmente impresionante.

—¿Que me calme?! —gritó— ¡Voy a matar a ese hijo de puta!

—Klaus por favor —dijo Dana, que no se le veía detrás de la enorme espalda de Klaus, él se hizo a un lado y ambos la vimos llorar—, no merece la pena de verdad, por favor —dijo sollozando.

Cerró los ojos durante unos segundos, cuando los abrió su semblante había cambiado. Aún así podía sentir la tensión que emanaba de su enorme cuerpo, cogió su pequeña y ya hinchada cara entre sus manos y la miró con una de sus miradas: *top-ten*. Creada solo para hacer suspirar.

Pude ver cómo ella se quedaba hipnotizada, creo que él tenía un súper poder que subestimaba... la acercó a él y la abrazó tan fuerte que se vio obligada a hundir su cabeza en el hueco de su cuello, pude notar que los primeros segundos estaba tensa, pero Klaus no cesaba en su fuerte agarre, así que al fin ella le rodeó la cintura y lo apretó con lo que no dudaba que sería toda su fuerza y se quedó allí hasta que no pudo llorar más. Si tenía alguna duda de mi amor por él, se disipó después de ver lo tierno y dulce que era con mi amiga. Las emociones me golpeaban por todos los lados en ese momento, así que mientras ella se desahogaba en el increíble pecho de mi Apolo personal, yo intenté evadirme yendo

hacia el congelador. Saqué una bolsa de guisantes y me encontré con la mirada de Klaus que no había dejado de observarme durante todo el rato. Aunque lo de Carolina seguía en un rincón de mi cabeza, había pasado a un segundo plano. Cuando le enseñé la bolsa, el asintió y poco después, estando aún pegada a su cuerpo para ayudarse a andar, la sentó sobre un taburete con mucho cuidado. Le tendí la bolsa y con cuidado la puso sobre su mejilla y la mantuvo ahí. La iba moviendo recorriendo su rostro, desde su ojo hasta los labios, gemía de dolor con el simple roce, pero luego suspiraba de alivio, me dolía en el alma verla así. No perdía detalle de la habilidad de Klaus y me embelesaba mirando cómo movía sus manos. Todo en él era hipnótico, me encontré con los ojos de Dana que me sonrió, le guiñé un ojo cuando Klaus le sopló sobre la herida que le estaba empezando a salir en el labio. Pude ver como se ponía roja, intentaba evitarlo, pero por la postura en la que ambos se encontraban, la cabeza de Dana quedaba a la altura del pecho de Klaus y esta no paraba de mirarlo, de vez en cuando levantaba la cabeza, pero mirarle a los ojos aún era más tentador, así que optaba por cerrarlos. Observaba la escena divertida.

—¿Klaus puedes quedarte con Dana mientras voy al gimnasio? Me he dejado el móvil allí con las prisas.

Me miró fijamente con sus dos perlas azules, intentando ver más allá de mis palabras, por un momento creí que me había leído la mente, cuando lo vi relajarse, solté un suave suspiro.

—Bea no me ha dicho nada cuando he ido a por el mío, podía habérmelo dado a mí.

—Lo he dejado en el cajón del mostrador —Le sonreí—, no se habrá dado cuenta.

—Vete tranquila —Me devolvió la sonrisa y yo creí morirme—, me quedaré con ella.

Ambos sonreímos y Dana me dio las gracias con una mirada. Cogí mi bolso, les di un beso a cada uno y salí por la puerta. Corrí hacia mi coche y pasé de largo del gimnasio, no me había dejado el móvil, de hecho lo llevaba encima. Por la expresión amable de Klaus, sabía que no se había dado cuenta de que cogí un cuchillo de la cocina, y lo metí disimuladamente en mi bolso.

Paré de golpe cuando vi el coche de ese hijo de perra. Estaba en un callejón poco transitado cerca del restaurante, saqué mi bolso, el bate y toda la rabia que sentía. Caminé con paso decidido hacia el coche, ese se iba a llevar todas las frustraciones

que se me habían acumulado esa mañana, me vi ante un precioso *Audi A3*. Dana tenía la parte derecha de la cara hecha un Cristo... así que decidí que le dejaría el lado derecho de su coche igual.

Empecé a golpear el parabrisas, concretamente el lado derecho, luego el capó, los faros, las puertas, el retrovisor, el culo del coche....absolutamente toda la parte derecha hecha añicos. Saqué el cuchillo del bolso y rajé con toda la fuerza que tenía las cuatro ruedas, y no pude evitar rayar la parte izquierda «*esto por odiarme, capullo*». Recogí todo y caminé hacia el restaurante, me sentí satisfecha. Había vaciado el bidón de mierda, no solo los de hoy, sino los de mucho tiempo, quizá destrozarse fuera mejor terapia que un psicólogo. Cogí aire abriendo la puerta, él estaba sentado riéndose como si nada y eso encendió de nuevo mi mala leche, si al menos lo hubiera visto sentado en un rincón con la cabeza gacha... bueno no, ni aun así, le tenía asco de todas las maneras posibles. Levantó la vista y su sonrisa desapareció, ahora la que reía era yo.

—¿Qué quieres? —habló sin levantarse de dónde estaba sentado.

—Bonito coche.

Abrí los ojos de par en par, por unos *friki-momentos* me sentí en el personaje de *El Joker*... la versión de *Heath-Ledger* concretamente, solo me faltaba decirle «¿por qué tan serio?»

—¿Qué le has hecho?! —gritó fuera de sí y caminó como un Miura hacia mí.

—Lo mismo que tú a Dana —Sonreí con autosuficiencia—, pero no te preocupes, no ha llorado...

—Hija de p...

—Como vuelvas a ponerle una mano encima —le interrumpí señalándolo con el dedo—, la llames o vuelvas a intentar buscarla, te mataré.

—¿Es una amenaza? —Alzó una ceja.

—Es una promesa...

Mantuvimos la mirada lo suficiente como para que el camarero se acercara a ver qué pasaba, sabía que él no me tocaría, pese a que hubiera destrozado el coche. Me di la vuelta y le dejé ahí plantado, me metí en el coche y conduje hasta casa, me hubiera gustado partírsela la cara con el bate... (*bueno, siempre me quedará París*).

Me quedé sentada en el asiento un rato meditando en lo que había hecho, diez minutos después subí a casa. Cuando entré, Klaus y Dana se estaban mirando sin hablar. Cerré la puerta, Klaus se giró y me miró visiblemente enfadado.

—¿Estás loca o qué?! —me gritó, a lo que me quedé como una estatua.

—¿Yo? —Fingí sorpresa— ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¿Que, qué pasa? —intervino Dana— ¿Qué has hecho?

—Mmm ¿Nada...?

—¿Vas a seguir tratándonos como idiotas? ¿O nos vas a decir qué coño has estado haciendo?

El tono de Klaus me asustó, caminé deprisa hacia el salón y dejé el bolso en la mesa.

—¿Te ha llamado? —pregunté sin mirarlos.

—Me ha llamado su hermano Jacqui, me ha dicho que habías estado allí y ¡que le has destrozado el coche!

—Solo la parte derecha... —levanté la vista y Klaus estaba inmóvil, mirándome emanando olas de tensión, estaba muy muy enfadado, mientras que Dana intentaba ocultar su risa.

—¿Me paras cuando iba a salir de casa y luego vas tú y le destrozas el coche? —habló después de unos minutos de un tenso e incómodo silencio.

—Si hubieras ido tu... le hubieras destrozado la cara...el coche le dolerá más créeme —Me miró aún molesto, pero intentando reprimir una sonrisa.

—¿Y qué pasa si te hubiera tocado? —Puso los brazos en jarra— Dime...

—Pero no lo ha hecho...

—No lo haría Klaus... —intervino Dana— os vio una vez juntos, créeme que no se metería con ella después de verte a ti.



Miré a Dana que se había sentado en la silla de cara a la ventana y observaba el exterior con la mirada perdida.

Klaus y yo nos miramos y la dejamos allí, con sus pensamientos. Mientras ella seguía en su mundo, él me ayudó a llevar las maletas de Dana a mi habitación, saqué su ropa y la guardé en los cajones que tenía vacíos y que Klaus no había ocupado. Cuando me di la vuelta se estaba vistiendo, me dio pena saber que hoy no dormiría aquí.

—Klaus no tienes porque irte —Le miré apenada—, podemos apañarnos los tres.

—Jacqui... —Me miró tiernamente—, yo por si no lo recuerdas, comparto piso —sonrió—, y ella ahora necesita a su amiga.

—Lo sé, pero te echaré mucho de menos.

—Yo más pequeña.

Se acercó, puso sus manos en mi cintura y acortó la distancia que había, me besó dulcemente y se me olvidó el mundo.

—No entiendo por qué se ha ido Klaus —dijo Dana recostándose en mi cama mientras yo me limpiaba la cara con un poco de tónico—, podríamos haber dormido los tres juntos.

Me di la vuelta y le sonreí, estaba tumbada de lado mirándome. Llevaba unas braguitas y una camiseta de tirantes verde, su pelo castaño en un moño y me miraba divertida, la quería mucho y la había echado demasiado de menos.

—Ya se lo he dicho, pero quería dejarnos intimidad.

—¡Pues ya ves! —bufó— Podría haber dormido en el sofá y vosotros aquí, no me hubiera importado.

—Jamás te dejaría dormir en el sofá, en todo caso dormiría yo ahí.

—¿Y yo en la cama con Klaus? —Alzó las cejas y solté una carcajada.

—Me fío de Klaus...

Un cojín impactó en mi cabeza y empecé a reírme, Dana sonreía desde la cama.

—¿Así que de mí no te fías? —Me miró con un disgusto fingido.

—Te confiaría mi vida, *melona*...

—Pues bien tonta serías... —Se incorporó y me miró divertida—, jamás te fíes de nadie con un Dios griego como novio, ni siquiera de mí.

—Descarada.

Y ahora era sobre su cara dónde impactaba el cojín que, minutos antes, me había lanzado a mí. Caminé hacia la cama y me tumbé a su lado, ambas nos miramos y sonreímos.

—¿Cuánto tiempo hacía que no estábamos así Dana?

—Demasiado Jacqui... —Me cogió de la mano, entrecerré mis dedos alrededor de ella—, no quiero volver a alejarme de ti.

—No volverá a pasar... tu año sabático de amiga concluye hoy.

—Te quiero —dijo riéndose.

—Yo creo que un poco también —La miré divertida y me sacó la lengua.

Nos quedamos unos minutos en silencio mirándonos, tenía escrito en la frente que quería preguntarme algo, sonreí esperando a la barbaridad que venía de camino.

—Jacqui...

—Dime.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¿Si te dijera que no serviría de algo? —Escuché cómo se reía.

—No.

—Pues entonces adelante —dije con resignación.

Me miró durante unos segundos.

—Si no estuvieras con Klaus... ¿volverías a acostarte con David?

¡Genial la pregunta a la que no quería dar respuesta! Odiaba que me conociera tanto.

—Mmm —murmuré— sabes que sí... —La vi sonreír.

—Y si supieras que Klaus no se iba a enterar nunca... ¿lo volverías a hacer? — me tomé unos minutos para pensar.

—No —Miré el techo de nuevo— Klaus me gusta muchísimo.

—¿Más que David?

—Infinitamente más... ¿Sabes? Creo que estoy enamorándome de él.

—¿Crees? —dijo incrédula— ¿Enamorándote? —Soltó unas carcajadas, yo fruncí el ceño— No crees... tú estás enamorada hasta las trancas. ¿Qué es eso de «creo que...» a quién quieres engañar?

—¿Tan evidente es?

—Bastante...

—¡Genial! —resoplé— Menos mal que no tiene que ser un secreto, sino iba apañada.

—Si te sirve de algo... a él lo veo igual que a ti —Me sonrió—, me gusta mucho cómo te mira, de todos los capullos de los que te enamoras, este sin lugar a dudas es el mejor, el ranking no es que estuviera muy alto, pero aun así, creo que nunca podrías superar a Klaus.

—¡Oye!

—¿Qué? —Empezó a reír a carcajadas— Solo soy sincera.

—¿Tan mal gusto he tenido con los tíos?

—Si quitas a David y a Klaus... desastroso.

—La belleza es subjetiva —dije frunciendo el ceño.

—En tu caso, era ciega...

Empezamos a reírnos, por un momento el tiempo había vuelto atrás, y volvíamos a ser esas adolescentes que dormían juntas en la misma cama, y se pasaban la noche hablando de chicos y riéndose de todo. Con la diferencia de que ahora, toda nuestra vida, había dado un gran cambio.

## Capítulo 13

Dana encontró piso enseguida. Así que Bea me dio unos días libres para que la ayudara a instalarse. Le insistí que no hacía falta que se fuera tan pronto, que podía quedarse el tiempo que quisiera, pero era tan cabezona que no me sirvió de nada. Habíamos pasado los cuatro mejores días en mucho tiempo, todo el día juntas, de aquí para allá, comprando ropa, mirando pisos y pasando muchas horas hablando de todo, Martina y Laura se apuntaron a los días de convivencia y no nos queríamos separar. El día antes de que Dana se fuera definitivamente al piso que compartiría con una compañera de Martina, hicimos una fiesta de pijamas. Habíamos comprado tequila y decidimos jugar al «yo nunca». Era un juego muy sencillo y si eras sincera podías pillarte una buena borrachera, era fácil, llenábamos los vasos de chupito y por turnos íbamos hablando, teníamos que decir cualquier cosa, siempre empezando por... «Yo nunca», quién sí lo hubiera hecho, debía beber un trago, por eso la sinceridad era importante.

Nos sentamos alrededor de la mesita que tenía enfrente del sofá, Laura y yo frente a Dana y Martina. Estábamos sentadas en el suelo con nuestros chupitos delante de nosotras y la botella de tequila, habíamos cortado limón a rodajas, y yo había puesto unas golosinas en un plato. Tenía una manía, y es que no podía beber si no comía a la misma vez. Empezó Martina y supe seguro que ese, sería mi primer chupito.

Martina levantó su vaso y cogió aire.

—«Yo nunca, he sido infiel» —Nos quedamos todas en silencio con los ojos como platos. Martina se rio mirando a Dana con cariño, Laura y yo nos miramos y a la misma vez, las cuatro nos tomamos el chupito.

Empezamos a reírnos.

—¿Tú también has sido infiel? —preguntó Dana a Laura sorprendida.

—No —contestó riéndose.

—Chupito de consolación —dije sonriendo a Dana.

—Muchas gracias, amiga —dijo Dana a Martina haciendo que todas nos riéramos.

Nos rellenamos los vasos y Dana levantó el suyo.

— «Yo nunca he hecho sexo anal».

Martina y yo bebimos mientras las otras dos se reían.

—¿Con Klaus? —preguntó Dana sonriéndome.

—No. Y no preguntes...

Levanté mi vaso y me dispuse a hablar.

—«Yo nunca he deseado a un novio de una amiga».

Las tres se miraron y bebieron, alcé mis cejas y empezaron a reírse a carcajadas.

—¡Espero que no sea por Klaus!

—¿Klaus? —dijo Laura en un tono no muy convincente— ¡Qué dices! ¿Solo por qué es un dios griego? ¿Un Adonis? ¿El hombre perfecto?

—Bueno, ya vale...

—Has sido tú la que has dicho que teníamos que ser sinceras.

—No hacía falta serlo tanto...

Se echaron a reír y Laura levantó su vaso.

—«Yo nunca he pensado en otro hombre cuando lo hacía con mi pareja» —Esta vez bebimos las cuatro.

Todas empezamos a reírnos, yo ya iba medio pedo y las demás por el estilo. La noche avanzó entre risas, aunque no me quitaba a Klaus de la cabeza, lo echaba mucho de menos, en estos cuatro días apenas lo había visto, pero a él pareció no importarle ya que estaba muy ocupado con sus cosas y el gimnasio.

Acabamos en el suelo tumbadas con una borrachera monumental. Riéndonos por cualquier cosa y las mini entrevistas habían sido de lo más reveladoras, hicimos mil preguntas.

«Yo nunca me he besado con una mujer»

«Yo nunca haría un trío»

«Yo nunca haría sexo oral»

«Yo nunca consentiría la violencia en el sexo»

«Yo nunca dejaría que me aten»

«Yo nunca he ocultado haberme acostado con un amigo»

«Yo nunca destrozaría el coche del ex de Dana»

«Yo nunca me acostaría con David»

«Yo nunca le arrancaría la ropa a Klaus»

Esas fueron las últimas «*yo nunca*» que mi cabeza recordaba, obviamente había bebido en casi todas y para mi sorpresa, mis amigas también. Tuvimos que jugar a este juego, para dar detalles de nuestra vida sexual... ¿Pero dónde fueron a parar aquellas conversaciones jugosas que solíamos tener antaño? Ir haciéndose mayor era un auténtico rollo.

Cuando desperté, la cabeza estaba planeando su fuga, me dolía horrores. Las cuatro ayudamos a Dana aquel domingo a instalarse en el piso, no sin tener que parar de vez en cuando. La resaca daba pequeños toques de que seguía ahí. Llegué a casa casi arrastrándome, solo tuve fuerza para ducharme, eso sí, sentada en el suelo.

Después salí y casi sin apenas secarme me acosté en la cama, necesitaba desesperadamente dormir. No sé cuánto llevaría durmiendo cuando oí la puerta de mi casa, de repente un olor a perfume masculino me hizo despertar con una sonrisa bobalicona en los labios. Antes de darme cuenta tenía a Klaus encima de mí, dándome besos por el cuello.

—Dios... —susurró— Cuántas ganas tenía de tenerte para mí.

—Seguro que no más que yo —dije frotándome los ojos y moviéndome para sentirle entero.

—No imaginas la de cosas que he pensado en hacerte... —Me lamió los labios y creí que me moriría—. No puedo estar sin follarte tanto tiempo.

—Me encanta tu romanticismo...

Me besó desesperadamente mientras quitaba las sábanas con dulzura, me sonrió al ver que no llevaba nada puesto y me acarició oliéndome la piel, mientras yo me retorció. Había echado tanto de menos sus caricias que ahora moría a cada roce. No quedó un hueco que no besaran sus labios y cuando hundió su cabeza entre mis piernas creí que caía en picado. Se incorporó y buscó mis labios, me perdí en ellos, sintiendo su sabor y mi sabor a la vez, era raro, pero todo lo que experimentaba con Klaus me encantaba. Le arranqué la ropa con ansias de tenerle dentro. Pero quise sentirlo estremecerse en mis manos, así que recorrí su torso con mi lengua, le llené de besos... Oírle gemir era lo más excitante de todo, sentirle en mi boca a la vez que le veía retorcerse casi me produce un orgasmo, suave, rápido, lento, dulce... Iba cambiando el ritmo y él se deshacía, sin esperarlo me agarró por los hombros y me dio la vuelta quedando él encima de mí. Me penetró hasta el fondo, di un alarido del escalofrío que sentí, entrelazó sus manos con las mías y las puso encima de mi cabeza y así me hizo el amor, hasta que ya no pudimos más. En la cama, en la ducha, en el salón, hasta en la isleta de la cocina mientras intentábamos reponer fuerzas. Mi deseo por él era infinito, jamás tenía bastante, ¿eso era normal?

En un día habíamos recuperado los cuatro restantes. Él se pasaba la mayor parte del tiempo conmigo sin pantalones o con pantalones y una bonita tienda de campaña. Y yo, excitada de verlo terminaba lanzándome como una pantera, apenas habíamos hablado, pero nuestros cuerpos hicieron infinidad de diálogos.

Pasaron dos semanas desde que Dana se instaló y ya había ido varias tardes a hacerle compañía y a ayudar a decorar la enorme habitación que tenía. Estaba de muy buen humor y por lo visto no había señal del susodicho «ex», a diferencia de mí, que últimamente estaba de un humor de perros. Por no hablar de que me encontraba desidiosa, llorona y asquerosamente pesada. No era raro, todas las mujeres teníamos días así (*o al menos espero que así sea, si no yo estoy completamente inestable*), lo que pasaba es que lo mío estaba empezando a ser preocupante. Sabía que no tardaría en venirme el periodo, pero por alguna razón, mi cuerpo se alteró antes de lo normal.

Klaus se reía cada vez que me veía refunfuñar por todo, pese a que ni yo misma me soportaba. Él se quedaba a mi lado dándome mimos y yo blanda como estaba, no podía resistirme. Sé que estuvo bastante preocupado cuando empecé a protestar con que todo me quedaba mal, muchas veces no me daba cuenta de que se tensaba cuando escuchaba cómo me auto-criticaba y, aunque evitaba hacerlo,



había veces que mi frustración me podía. Con las hormonas alteradas era un peligro... sobre todo cuando me atacaban a mi pequeño talón de Aquiles, «mi reflejo ante el espejo». Uno de esos días estaba tumbada en el sofá con cara de perro cuando escuché la puerta y un millón de mariposas acudieron a mí, adueñándose de mi cuerpo...sí, ese era el efecto Klaus... y lo ¡adoraba! Cuando levanté la vista, él estaba de pie en el umbral de la puerta del salón, me miró divertido durante unos segundos y después fue hacia la habitación, le seguí...como si tuviera un imán que me impidiera estar muy lejos de él, en una estancia cerrada. Lo busqué hasta que di con él, estaba de pie frente al espejo, hoy llevaba unos vaqueros anchos como a mí me gustaba y una camiseta de manga corta azul, como sus ojos. Me tendió la mano y me acerqué a él, me puso frente al espejo y se apretó a mi espalda.

—Levanta los brazos —dijo contemplando mi reflejo con una mirada tan penetrante que me quedé muda y obedecí sin rechistar.

Me quitó el vestido de verano que llevaba para estar por casa, quedando medio desnuda, solo llevaba mis braguitas que él bajó poco después. Quedé desnuda y ansiosa, aunque estaba muy quieta, apenas movía mi pecho al respirar y era algo difícil dado la ansiedad que sentía. No me miraba a mí misma, me daba algo de vergüenza, solo podía mirarle a él, su expresión, su sonrisa de medio lado que me volvía loca... ya estaba húmeda y aún no me había rozado apenas.

Puso sus manos en mi cuello y lo acarició mientras besaba el lóbulo de mi oreja, poniéndome la piel de gallina a su paso, bajó sus manos por mis brazos y las subió por mi abdomen hasta apretar mis pechos con ellas. Pegué un brinco cuando rozó mis pezones con su pulgar, besaba mi cuello mientras me acariciaba, pero no apartaba la mirada del espejo. Me contemplaba encendido y yo estaba hipnotizada por la expresión de sus ojos, bajó las manos hasta mi cadera y deslizó la derecha hacia mi sexo. Me puse tensa sobreviniendo el placer que iba a sentir, cuando noté sus dedos largos y grandes por mi clítoris dos placas tectónicas empezaron a moverse bajo mis pies.

—Mírate Jacqueline... —susurró con su voz varonil.

Le hice caso, aunque no aguanté la mirada mucho rato; que ahora me aceptara más, no quería decir que me gustara verme desnuda frente al espejo mucho rato.

—¿Por qué no te miras? —preguntó sin detenerse.

—No... —tragué saliva— no p...puedo...

—¿Por qué...? —Apretó sus caricias en mi clítoris y tuve que cerrar los ojos—  
Abre los ojos.

Los abrí reuniendo toda la fuerza posible.

—Porque acabaré viendo algo que no me guste —dije en un susurro, entonces  
dejó de tocarme y casi grito para que no lo hiciera.

—¿No te gustas Jacqueline? —Me dio la vuelta y quedé frente a él, su mirada era  
intimidante.

Me encogí de hombros a modo de respuesta y resopló.

—¿Acaso no ves lo impresionante que eres?

—Klaus por favor —Me moví incomoda—, cambiemos de tema...

Me cogió de la mano y me guió hacia la cama, me tumbó delicadamente y se  
desnudó cómo tenía por costumbre, deleitándose a cada movimiento.

—Me encanta cómo me miras cuando me desnudo —dijo tímido a lo que casi me  
ahogo... «*Se me olvidó respirar*».

Se dio la vuelta y fue hacia la cómoda, llevaba algo en sus manos que no vi hasta  
que no lo tuve cerca.

—¿Qué vas a hacer con la cámara? —Le miré horrorizada, él se limitó a sonreír  
después de lamerse los labios haciendo que empezara a fatigarme.

—Mostrarte cómo yo te veo... —susurró y creí morirme— Si me dejas claro...

¿Cómo iba a resistirme si me hablaba con esa voz y me miraba de esa manera?  
Estaba de pie frente a mí, con la cámara en sus manos y observándome con una  
mirada entre dulce y feroz, tenía los ojos llameantes y yo, ante aquella exposición  
de testosterona, no podía hacer otra cosa que no fuera hiperventilar.

—V...vale —tartamudeé tragando saliva.

Toqueteó la cámara y la dejó a un lado de la cama. Gateó hasta mí y dejó caer su  
cuerpo sobre el mío. Empezó a besarme en los labios primero tiernamente con  
pequeños mordiscos y suaves lametones, hasta que algo se adueñó de él y empezó

a besarme con una pasión desorbitada que me hizo olvidar la cámara y todo aquello que no fuéramos ni él, ni yo. Nuestros sexos se rozaban y eso aceleraba mi pulso, empezó a besarme por el cuello y se entretuvo jugando con su lengua en mis pezones, yo estaba en el séptimo cielo de Klaus. Mi sitio preferido del mundo, poco después se incorporó arrodillándose entre mis piernas, cuando me quise dar cuenta tenía la cámara en sus manos, no pude evitar taparme la cara con las manos.

—Vamos, no seas tonta... —Me apartó las manos de la cara y acarició mi mejilla—, eres preciosa Jacqui...

Sentí como me ponía roja por instantes, se movió por la cama, con una mano sostenía la cámara y con la otra me acariciaba la piel...suavemente. Pasó sus dedos por mi pezón y me arqueé al sentir su dulce caricia. Él no perdía detalle, movió sus dedos hasta mi cintura y allí dibujo un corazón. Cuando dejé de sonreír me di cuenta de que había grabado mi respuesta ante aquel dibujo, mientras bajaba los dedos hacia mi botón mágico la cámara me enfocaba la cara. Cuando note su fuerza en mi clítoris me olvidé del mundo, solo era sensaciones, impulsos y placer, su movimiento era suave pero implacable, no paró hasta que llegué al clímax entre gemidos, me sonrió y cuando volví en sí, me la tendió.

—Ten... quiero que me grabes tú —Agarré la cámara con las manos temblorosas sin incorporarme y lo enfoqué a él, que se había agachado para quedar con su cabeza entre mis piernas—, es precioso —dijo refiriéndose a mi sexo y supe que sonreía como una idiota cuando, a través de la pantalla de la cámara, vi cómo me devolvía la sonrisa.

—No eres objetivo Klaus...

—Oh, créeme que sí —dijo sonriendo de medio lado y soplándome en mi punto de placer aún demasiado sensible, me estremecí, aquello estaba siendo de lo más erótico.

De repente hundió sus labios en mi sexo y su lengua acarició mi centro, haciendo que toda yo me estremeciera. Me miraba y de vez en cuando cerraba los ojos dejándose llevar por las emociones. Acerqué el plano hasta que solo quedaron sus ojos en la pantalla, fieros, con su pupila dilatada, y Dios... esa...esa mirada... Grabar su expresión mientras me hacía sexo oral me hizo sentir la oleada de placer más intensa de mi vida. Se incorporó poco después y me quitó la cámara de un zarpazo, dejándola a un lado de la mesita enfocándonos a nosotros.

—Olvídate de que esta ahí... —dijo susurrándome en el oído.

Nos besamos y poco después me hizo el amor, suavemente, como aquella vez. Saboreándome a cada investida, sintiendo cómo me arqueaba a su tacto, cómo su piel se adueñaba de la mía, no quería admitirlo, pero no podía vivir sin él, me sentía igual que la canción de *Orozco*, estaba hecha de pedacitos de él, estaba cien por cien hecha para él y ya no me cabían dudas. Se me había olvidado que estaba la cámara hasta que lo vi moverse para cogerla.

—Y esta es la cara que se le queda después del sexo —dijo enfocándose con la cámara, me reí y saqué la lengua.

Me dio un suave golpecito en las piernas, las abrí y se puso entre ellas, me dio la cámara y se recostó sobre mí. Tenía su cabeza en mi estómago con las manos debajo, me miraba divertido. Le acaricié la mejilla con la mano y me besó los dedos cuando los pase por sus labios, era tan guapo, que la cámara hacía lo posible por imitar su belleza, pero ni aun así... no le hacía justicia.

—¿Verás el vídeo? —preguntó entrecerrando los ojos.

—Mmm no lo sé...

—Jacqui... —Me tensé al ver lo serio que me miraba a través de la cámara, levanté la cara para mirarle directamente—. Prométeme que siempre te verás con los mismos ojos que te veo yo y, si alguna vez tienes alguna duda, solo tienes que mirar el vídeo.

Paré la cámara, cogí su cara entre mis manos y lo arrastré hacia mí perdiéndome en sus labios. Volvimos a hacer el amor pero esta vez como me gustaba a mí, duro y fuerte.

Serían las cuatro de la mañana cuando me desperté de golpe, Klaus dormía boca abajo a mi lado, me levanté con una historia en la cabeza que no me dejaba dormir, hacía años que no escribía, y aunque me encantaba leer... más bien me apasionaba, dejé de escribir historias, no sé en qué momento y por qué, simplemente dejé de hacerlo. Pero aquella noche fue distinta, fui hacia el salón, cogí el portátil y me encaminé de nuevo hacia el cuarto. Lo dejé encima de una pequeña mesa que tenía cerca del baño, me senté frente a él y empecé a escribir sin poder detenerme, la historia salía sola y estaba asombrada de cómo encontré aquella inspiración.

Me di la vuelta al escuchar como Klaus se movía, se puso de lado y siguió durmiendo, entonces vi la cámara y me dio curiosidad. Cuando la tuve en mis manos, la puse desde el principio, le bajé el volumen para no despertarlo. Un nudo se extendió en mi garganta al ver lo que había grabado, esa chica no podía ser yo... Grabó mi expresión al mirarle, mi pupila dilatada y mi sonrisa ocupando gran parte de mi cara. Sus dedos por mi cuello, un plano corto de mi respiración, de mi piel de gallina, mi pezón acariciado por sus dedos, un plano de mi piel con el bello erizado, de nuevo mi respiración, como subía y bajaba. Mi pecho cada vez más agitado, mientras él seguía acariciándome. Grabó mis manos apretando las sábanas, mis brazos en tensión, después mi cara y me sonrojé al ver mi expresión de completa pasión. Mis ojos fuera de sí, ¿así que, esa es mi cara en el sexo? No parezco...yo. Después se ve un leve movimiento y él aparece en el plano, con su perfecto cuerpo y su hermosa cara, haciéndose hueco en mis piernas, ver el vídeo completo estaba siendo excitante, sobre todo cuando él hundía su cabeza en mi sexo.

Un plano que me hizo perder el sentido, sus ojos, nada más que sus ojos ocupaban la pantalla y me volvía loca esa expresión de lujuria en ellos. De repente él cerraba los ojos durante unos segundos, y me humedecí al recordar qué estaba haciendo en ese momento, levanté la cabeza sonrojada, creo que he visto suficiente. Pasé rápidamente el trozo en el que hacíamos el amor, porque era incapaz de verlo y seguir sentada en aquella silla, sin lanzarme con un placaje al increíble Adonis que dormía a pocos metros de mí, lo paré justo en el momento que me estaba diciendo «*siempre te verás con los mismos ojos que te veo yo*». Solo ese trozo fue el que pude entender de sus labios antes de perderme en su mirada, ¿era amor? Me tensé cuando lo oí moverse de nuevo, apagué la cámara y me quedé quieta, pareció volverse a dormir y continué escribiendo.

—¿Estás escribiendo? —Lo escuché detrás de mí, me volví y estaba incorporado en la cama.

—Si —Sonreí.

—Pensé que ya no escribías —Me devolvió la sonrisa—. Me alegra que lo hayas vuelto a hacer, por lo que recuerdo se te daba muy bien.

—¿Bien? Tenía dieciocho años y estaba súper-deprimida, no entiendo cómo fui capaz de enseñarte nada de aquella libreta, que por cierto... no sé dónde está.

Vi algo en sus ojos, un destello, pero no supe identificar qué podía ser.

—Era triste cierto —Me miró fijamente—, pero no dejaba de ser precioso.

Le sonreí, ya había escrito bastante y ahora ya no habría Dios que pudiera hacerme concentrar con semejante hombre despierto en mi cama. Apagué el portátil y me metí de nuevo en la cama.

—¿Has visto el vídeo? —preguntó divertido.

—No.

Escuché cómo se reía, sé que sabía que le mentí pero no dijo nada, me abrazó por la espalda y nos volvimos a quedar dormidos.

## Capítulo 14

—Aquel es el último recuerdo que merece la pena. Alejo, no me tortures...

—Vamos, cuéntamelo todo, si este manuscrito es real... necesito saber hasta el último detalle, no quiero que se queden recovecos sin rellenar. El borrador está perfecto, pero sé que sabiendo el resto, podré ayudarte a que quede mejor...

—Tampoco quiero contar exactamente todo —Sonreí avergonzada—, mi madre leerá esto...

—Déjate de rollos Jacqueline, mucha gente que te conoce leerá esto, ¿tienes miedo de que sepan en realidad qué pasó?

—No, eso me da igual.

—¿Entonces? ¿De qué tienes miedo?

Le miré con los ojos muy llenos de algo, que no sabía expresar.

—Es por él... ¿verdad? —miré hacia otro lado— Tienes miedo de que él pueda leerlo... ¿Por qué?

Le contemplé sin estar segura de qué contestarle, quizá acabar de contarle lo que pasó, podría ayudarme a que el libro quedara mejor. Me habían concedido una oportunidad de oro de poder publicar un libro... y no la iba a dejar pasar. Cogí aire, debía desempolvar ciertos recuerdos que dolían demasiado...

## Capítulo 15

Estábamos a finales del mes de agosto, acababa de despedirme de mi madre y de mi hermano que habían decidido pasar las últimas semanas de vacaciones con mi padre. Él se encontraba en Francia, así que en pocas horas estarían disfrutando de su compañía, me hubiera encantado poder ir, pero estaba algo desanimada últimamente y no quería irme, dejando las cosas cómo estaban. Aunque tenía claro que iría a pasar unos días más adelante, quizás cuando Klaus cogiera vacaciones. Le había preguntado varias veces si vendría, él se mostró esquivo... Tampoco le di mucha importancia, andaba bastante liado entre el trabajo y el curso de fotografía. Ahora me enseñaba sus fotos y cada vez estaba más orgullosa de él, tenía un talento impresionante.

Llevaba varios días enfadada con él, pero estaba deseando verle, intentaba no dejar que la situación me cegara y más cuando recordaba la noche del vídeo... No podía ignorar que estaba muy raro, apenas dormía en casa y siempre estaba ocupado, mi ánimo iba en picado. Y cuando intentaba hablar con él, acabábamos discutiendo... ¿Qué había cambiado en tan poco tiempo?

Llegué a casa hecha polvo. Bea me cambió el turno y al día siguiente iría de tardes, odiaba ir de tardes, pero no quedaba otra. Me duché sin demasiadas ganas, hoy había quedado con mis amigas para cenar y aunque no tenía ningún ánimo, no podía fallarles. Por no hablar de que me frieron el móvil a mensajes amenazadores si se me ocurría no acudir, el que me hubiera venido el periodo no ayudaba en nada, al revés, me hacía la tarea más sencilla toda una odisea. Miré mi móvil cuando vi que parpadeaba, se me removió el estómago cuando supe que era de Klaus.

—Pequeño: No me esperes, hoy ceno con los del trabajo. Besos te quiero. (21:00)

Lancé el móvil contra la cama cuando lo leí, ¿caso no se acordaba de que había quedado con mis amigas? Se lo repetí como cien veces, me senté en la cama visiblemente disgustada de nuevo y como estaba siendo una costumbre me entraron ganas de vomitar. El sudor frío invadió mi cuerpo y tuve que tumbarme en la cama para poder recuperar el aliento. Le echaba de menos, no al capullo



gilipollas que estaba siendo últimamente, sino al cariñoso, emotivo y dulce Klaus que había sido los tres meses y medio que estuvimos juntos.

Me puse un cómodo vestido y unas sandalias. Quedamos en un bar algo lejos de mi casa, pero por una vez no había protestado. Me vendría bien caminar y despejar la mente aunque fuera un rato, llegué puntal al bar, ellas ya estaban allí, así que dibujé mi mejor sonrisa y me predispuse a olvidarme de mis propios problemas.

Tres horas y dos litros y medio de cerveza después me despedí de ellas en la puerta del bar. Para mi sorpresa, me lo había pasado genial, hacía tiempo que no me reía tanto y el sentirme algo más contenta, me provocó que todo lo viera con cierto optimismo. Estaba deseando ver a Klaus para sentarme frente a él y torturarlo hasta que me contara qué narices le pasaba por la cabeza, al menos tendría toda la noche para trazar un plan de ataque.

De vuelta a casa el aire algo más fresco azotó mi cara, no me molestaba, al contrario, me sentaba de maravilla. Me encontraba a tres calles de mi casa, cuando después de cruzar un paso de peatones me frené en seco. Miré con más precisión y me acerqué por completo a ese Ford Fiesta negro que se parecía mucho al coche de Klaus, cuando pegué mi rostro a la ventanilla pude ver que sí, era el suyo, fruncí el ceño y volví la cabeza a ambos lados de la calle. No había ningún bar, restaurante o club que se encontrara cerca o por los alrededores, entonces... ¿Qué hacía el coche allí? Saqué el móvil de mi pequeño bolso y me sentí tentada a llamarle, pero lo guardé de nuevo, no quería parecer una loca, o una acosadora... Vi que en la otra acera se erguía una enorme finca de nueva construcción, quizá viviera algún amigo y dejara su coche allí para irse en el del amigo y así no llevar coches de más. Era una opción, yo lo había hecho varias veces, no quería pensar mal, pero unos extraños retortijones me hacían dudar de todo, incluso de mí. Para cuando llegué a casa, no había rastro de optimismo, algo no iba bien y no podía seguir engañándome. Me tumbé en el sofá y después de llorar durante un rato, me dormí.

Tres golpes en la puerta me hicieron sobresaltarme, miré el reloj que apuntaba las tres y diez de la madrugada. Otros dos golpes me hicieron saltar del sofá, no fue hasta que escuché la voz de Klaus cuando pude relajarme. Corrí hacia la puerta y al abrirla allí estaba, apoyado en el marco de la puerta, tan guapo y arrebatador como siempre, me hice a un lado y pasó mirando todo como un loco.

—¿Qué haces? ¿Y tus llaves?

—Me las he dejado en mi piso. ¿Dónde estabas? Te he llamado cien veces y no sé cuántos mensajes te habré podido enviar.

—Por si no lo recuerdas hoy había quedado con las chicas, llevo diciéndotelo toda la semana —Pareció relajarse—, luego he puesto el móvil en silencio y me he dormido.

—¿Y por qué lo has puesto en silencio?

—Porque no quería saber nada de nadie.

—Te recuerdo que soy tu novio... ¿Ni siquiera querías saber de mí? No me has contestado al mensaje de esta noche.

Lo miré con los ojos como platos, ¿pero de qué iba? Se había comportado como un extraño estos últimos días y ahora me venía con exigencias...

—¿Vas borracho?

—¿Qué te hace pensar que voy borracho? —Levantó las cejas ofendido.

Resoplé y me fui a la habitación con la esperanza de que no me siguiera, lo amaba con toda mi alma, pero estaba tan enfadada por su comportamiento que en esos momentos no quería ni verle. Me metí en la cama y me tapé con la sábana hasta los ojos, solo quería volver a dormir. Unos minutos después noté la cama moverse y sentí su brazo rodeándome la cintura apretándome a él. El solo sentir su tacto me dio vida, lo había echado tanto de menos... olió mi pelo y mi cuello, después besó con dulzura el lóbulo de mi oreja.

—Lo siento Jacqui —susurró en mi oído—, he sido un capullo...

—Y un gilipollas...

Sentí cómo sonreía y no pude evitar sonreír en la oscuridad, segundos después me dio la vuelta y me vi frente a él.

—¿Qué pasa Klaus...? —Intenté que no se me notara desesperada, pero fracasé en el intento— ¿Es por mí? ¿Es algo que yo he hecho? Porque si es así...

—Shh —me interrumpió—, no nena, no eres tú, tu eres maravillosa —Pasó su mano por mi cara, en una caricia que me revolvió el alma—, soy yo cariño, que estoy idiota...

—Dime algo que no sepa... —Se echó a reír.

—Te he echado de menos... —Besó mis labios con ternura—, no imaginas cuánto...

—Yo también...

—Duérmete preciosa, descansa, mañana hablaremos de todo ¿vale? —asentí en la oscuridad—, todo irá bien.

—Buenas noches Klaus, descansa.

—Buenas noches pequeña —Nos besamos varias veces más, y después me apretó fuertemente sobre su pecho, sentí como el corazón le latía desesperadamente—, te quiero muchísimo preciosa...

Abrí los ojos de golpe, si la memoria no me fallaba era la primera vez que me decía algo así... nunca me había hecho falta escuchar esas palabras, porque sentía que así era por la manera que tenía de tratarme. Pero después de esos horribles días, aquellas palabras eran un bálsamo para mis nervios. No pude contestar, pero me apreté a él a modo de respuesta, besó mi frente y por fin pude dormir completamente relajada.

Me desperté gracias a los besos que Klaus me dio por toda la cara, estaba de muy buen humor, abrí un ojo y pude ver cómo me besaba el cuello y bajaba por mi pecho mordiéndome un pezón haciendo que me echara a reír.

—¿No piensas levantarte hoy o qué?

—No.

—¿Y el trabajo?

—Voy de tardes esta semana...

—Puede que quede como un capullo, pero... ¿me habías dicho que te habían cambiado el turno?

—¿Es importante el saber si te lo había dicho o no?

—Para mí si... —Besó mi cuello—, me haría sentir menos imbécil...

Le miré sonriendo, y acaricié sus labios.

—Para tu tranquilidad he de decirte que no, no te lo había dicho. De hecho me enteré ayer —Sentí como resoplaba— , ¿te sientes mejor?

—No —Desvió la mirada—, pero por lo menos me alivia saber que no he estado tan ausente como creía.

—Si has estado ausente Klaus... —Me incorporé haciendo que tuviera que quitarse de encima— ¿Piensas contarme qué te ha pasado?

—Sí... hoy mismo, pero ahora tengo que irme, ya llego tarde, usted señorita Amorós, me entretiene demasiado...

Me giró en la cama y me dio un azote en el culo, después de besarme la nuca se puso de pie y me volví a mirarle. Me sonrió de aquella manera que me hacía suspirar, me mordí los labios sin poder evitarlo y vi cómo se marchaba en dirección al salón. Poco después escuché la puerta y supe que me había quedado sola.

Tenía cosas que hacer, debería levantarme y organizarme un poco, pero la cama me había atado a ella e impedía que pudiera moverme, y yo tampoco estaba dispuesta a pelearme demasiado con ella, así que decidí dormir unas horitas más. Cuando me desperté me di cuenta que había dormido prácticamente toda la mañana. Salí disparada hacia la ducha, aunque no quería entretenerme no pude evitar quedarme en las musarañas un rato. ¿Qué sería lo que Klaus quería contarme? Procuraba no pensarlo demasiado, pero algo me hacía estar alerta.

Al salir de la ducha me di cuenta de que Klaus se había dejado el móvil, lo dejé sobre la cama mientras empezaba a arreglarme, poco después empezó a sonar y no paró en los siguientes diez minutos. No lo cogí porque era un número privado, imaginaba que sería algún pedido dada la insistencia, pero al final y casi a punto de estrellar el móvil contra la pared decidí contestar. Quizá fuera algo importante.

—¿Sí?

—¿Klaus? —Una voz suave de mujer me hizo poner en alerta.

—Ahora mismo no está, se ha dejado el móvil en casa.

—Menuda cabeza tiene, ¿tú eres? —Abrí los ojos de par en par sin saber ciertamente dónde miraba, ¿de qué iba todo esto?

—Soy su novia —susurré mientras apretaba los ojos, una furia interna me sacudió, haciendo que quisiera empezar a gritar.

—¿Perdón? ¿Su novia?

—Sí...

—Vaya...perdona no sabía que tuviera novia —Abrí los ojos de golpe.

—¿Tú eres?

—Irina, nos conocemos del trabajo, provee a mi farmacia.

—Ah —murmuré—, si quieres que le diga algo...

—No, da igual, ya le llamaré mi jefe.

—Espera —Pensé—, ¿eres la chica de la farmacia Avenida San Marcos?

—Sí, llamaba porque mi jefe quería preguntarle unas cosas, no te preocupes llamaré mañana.

—De acuerdo.

—Adiós.

No contesté, y me limité a colgar la llamada, el corazón me latía a mil por hora y sentía como si empezara a formarse un agujero enorme en mi estómago, me faltaba el aire y sabía el motivo, hubo un cambio en el tono de su voz, en el transcurso de la conversación. No había que ser muy lista para darse cuenta de que algo no cuadraba y el sexto sentido que siempre tuve para las mentiras, estaba parpadeando en mi interior. Quizás si aquella llamada hubiera existido en otra época no habría sospechado.

Muchos de los chicos que vienen al gimnasio no saben que tengo novio, esa chica no tenía porque saber de mi existencia, pero él estaba demasiado raro como para no sospechar. Así que llevada por un impulso busqué en su agenda el número de la farmacia. Sabía que tenía los números de las distintas farmacias a las que proveía

de medicamentos. Los dedos me temblaban al igual que toda yo. No tardé mucho en encontrar el contacto «avdSMarcos» sin pensármelo dos veces llamé, sentía el corazón bombeando demasiado rápido, me sentía mareada, y temblorosa, desprendía adrenalina por cada poro de mi piel, estuve a punto de colgar cuando sentí que cogían la llamada.

—¿Diga? —La voz de un hombre sonó al otro lado de la línea, y ese hecho me hizo sentirme algo mejor.

—Buenas tardes, disculpe que le moleste —Cogí aire—, Klaus se ha dejado el móvil en casa y he visto varias llamadas, era para avisarles de que si era algo urgente podía ir a buscarle —lo dije con tanta convicción que parecía bastante real.

—Claro espere —Escuché dos voces masculinas al otro lado de la línea—. Señorita ha debido de haber un error mi compañera Irina no ha dejado ningún pedido, y mi Jefe me acaba de decir que no ha hecho ningún pedido hoy, de todas formas muchas gracias por avisarnos.

—De nada, gracias a usted.

Me quedé en shock, estuve unos minutos quieta, sin moverme, pero con la sensación de estar cayendo en picado. Tuve que sentarme al sentir que perdía la poca estabilidad que me quedaba. Quería resistirme, debía tranquilizarme, pero ni aun haciendo acopio de todo mi valor, pude aguantar las lágrimas que empezaron a caer por mis mejillas, me mintió... me había mentido...

Ya no cabía duda y esa golfa continuó con su mentira, ¿de qué me extrañaba? Él era un auténtico Dios, un hombre que podría estar con mil mujeres ¿Por qué querría estar solo conmigo? La verdad me abofeteaba y de la peor forma posible, estaba tan en shock que no me di cuenta que sostenía el móvil. Lo miré enfurecida e hice algo que jamás me había hecho falta hacer. Abrí la aplicación de *WhatsApp*, y miré sus conversaciones, no había nada raro excepto por dos mensajes nuevos, lo que había escrito no tenía mucho sentido si de un saludo se tratara, era más bien una contestación, pero no había conversación anterior... «*la había borrado*». ¿Por qué? Yo nunca le miraba nada... además ¿Por qué vas a borrar algo, si no es algo que tengas que ocultar? Mi mundo a trizas, eso sentía... de repente entró un nuevo *WhatsApp* «Carolina» sin pensármelo dos veces lo abrí.

—*Carolina: ¡Grass! Sé que estás enamorado de esa muñequita y no te culpo es una preciosidad, pero mi cama y mi cuerpo te echan de menos... ¡necesito unos azotes de los tuyos! ¡Contéstame o pienso seguirte con el coche! (15:30)*

—*Carolina: ¡Sé que estas en línea! (15:35)*

—*Carolina: ¡No me hagas ir a buscarte como el otro día! (15:40)*

Cerré el *WhatsApp*, ya había tenido bastante, dejé el móvil sobre la mesa, tenía ganas de vomitar y aunque quería ponerme de pie no podía, me fallaban las piernas, por no hablar de que mis lágrimas apenas me dejaban ver. Aun así conseguí ponerme de pie y me metí en el baño, me miré al espejo unos segundos y tragué saliva, mis ojos estaban a punto de salirse de las órbitas, volví al salón me senté en la mesa y apoyé la cabeza en las manos. Me apreté la sien mientras tensaba la mandíbula intentando recordar en qué había podido fallar. Sentía mi corazón acelerado, la sangre se me quedó parada y notaba el principio de un ataque de ansiedad. Me tensé el doble cuando escuché la puerta, no era nada oportuno, no quería enfrentarme a sus ojos, no al menos estando tan vulnerable. No levanté la vista, aun así sentí a Klaus parado frente a mí, alcé la mirada y me encontré con sus ojos que me contemplaban sorprendidos.

## Capítulo 16

—¿Qué pasa Jacqui? —Intentó tocarme, pero rehuí de sus manos— ¿Estás bien?

Me quedé en silencio...

—Jacqui...

Me levanté después de mirarnos unos largos minutos y fui hacia la cocina, abrí el armario de los vasos, ignorando que me había seguido, cogí uno, necesitaba agua...

—Jacqueline por favor —Se acercó a mí—, ¿me vas a decir qué pasa?

—Te han llamado —Por fin encontré el aplomo necesario para hablar—, y te han mandado unos *WhatsApps* —Me miró como si estuviera loca, pero fue hacia su móvil.

—¿La Avenida San Marcos?

—No, el siguiente, ahí he llamado yo...—Me miró

—¿El privado?

—Sí.

—No sé quién es... ha dejado un mensaje en el buzón de voz, espera —Iba a dar a la tecla de llamada cuando le paré.

—Es Irina —Entonces aquella mirada aclaró mis dudas.

—Pero... —balbuceó.

—También tienes conversaciones con chicas, respuestas más bien, lo demás lo has borrado —Sostenía el vaso con tanta fuerza que temía que se rompiera.

—No es lo que piensas, de esto quería hablarte yo...



No pudo contestar porque le lancé el vaso, que acabó dando a la pared detrás de él, haciéndose añicos.

—¿Jacqui estás loca?! —gritó— ¡Casi me das!

Le lancé otro y otro y los esquivó todos por los pelos.

—¿Pero qué coño haces?

—¿Que, qué hago? —grité fuera de sí— ¡Eres un cabrón mentiroso!

—Jacqui cálmate por favor —Empezó a andar mirando mis manos por si le lanzaba algo más.

—No te me acerques.

—Vale, vale —Levantó las dos manos—, no me muevo de aquí, pero déjame explicar...

—¿Quieres explicarte? ¿Sobre qué? —pregunté furiosa, mientras las lágrimas me caían por la cara— ¡¿Sobre que hayas estado tonteando con otras?! ¡¿Por qué te llamen a tu móvil y se sorprendan porque tienes novia?! ¡¿O porque Carolina quiere que vayas a que la azotes?! ¡Cual de todas las cosas me vas a explicar!

Se quedó helado, parecía derrotado, su expresión era de horror, una parte de mi quería correr hacia él para aferrarme a su pecho y olvidar todo, pero otra parte odiaba sentirse así. Aquel dolor punzante que estaba sintiendo, lo había provocado él y eso hacía que lo odiara a cada instante más. Él parecía no poder contestar y yo no podía derrumbarme delante de él. Sin darme cuenta se acercó a mí y me cogió por los brazos, peleé intentando zafarme de su agarre que cada vez era más firme, pero era mucho más fuerte que yo, era inútil, aunque a veces la rabia te hace sacar una fuerza que no tienes y empecé a darle golpes en el pecho. Me movía para intentar soltarme, pataleaba y retorció hasta que finalmente me soltó, mi expresión le asustó, pero ignoré el sentimiento de pena que me embargaba.

—Jacqui...

No escuché más, salí de casa intentando poder coger aire y respirar, cuando por fin pude sentir el aire en la cara. Tenía las marcas de sus dedos en mis brazos y aun podía notar la presión de los mismos. ¿Qué había pasado? ¿Qué cambió en estas semanas? Nos llevábamos bien... teníamos un sexo impresionante.... ¿Qué pudo fallar? Quizás me enamoré y bajé la guardia... Caminé hacia el gimnasio, por suerte

Bea tenía prisa y no pudo preguntarme en exceso, aunque sé que se dio cuenta de que algo me pasaba. Era obvio, mi cara era un poema, no sabía exactamente porque había ido a trabajar estando como estaba, supongo que buscaba un sitio donde poder sentirme en casa. Estuve toda la tarde intentando no llorar y lo conseguí, aunque el hecho de que no me cayeran lágrimas no quería decir que no tuviera los ojos rojos y casi inexistentes ya que se me habían empezado a hinchar.

Disimulé haciendo ver que estaba constipada, así también evitaba el tener que hablar. Tuve que apagar el móvil porque Klaus no dejaba de llamar, volví a hundir mi cabeza en mis manos y vi las horas pasar en una larga y continua tortura... Tenía que haber alguna explicación... de eso no había duda ¿pero, podría sobrevivir a ella? Klaus era mi vida... ¿Cómo podía hacerme eso? Serían cerca de las ocho y media cuando oí el tintineo de la puerta, no quería levantar la vista, hasta que oí esa voz que me era tan familiar.

—¿Jacqui...?

—David — contesté con un hilo de voz—. Hola.

Agaché la vista.

—¿Pasa algo? —preguntó nervioso, pero sin entrar dentro del mostrador.

—No —mentí.

—¿En serio? —asentí porque no podía hablar, la forma en la que me estaba observando me hacía más difícil retener las lágrimas— Has estado llorando Jacqui no me mientas...

Y sin más rompí a llorar. Como hacía años... completamente desgarrada, notaba dolor físico, como si me estuvieran dando latigazos en el estómago. Cuando me di cuenta me tenía abrazada con tanta fuerza que estaba segura que no me caía al suelo gracias a él. Me calmé, se apartó con cuidado y me limpió las lágrimas con las manos, poco después se sentó a mi lado, ambos estábamos ocultos tras el mostrador, me acarició las mejillas durante unos minutos y cuando me vio más tranquila empezó a preguntar y sin más le conté todo, hasta el momento en el que Klaus había abierto la puerta del piso.

—Jacqui yo...

—No hace falta que digas nada —le interrumpí.

—Quizá haya una explicación —Le miré y vi en sus ojos que ni él se creía lo que estaba diciendo—, no me mires así... solo quiero animarte...

—Pero no me mientas por favor —supliqué mientras me caían lágrimas, parecía que no se acababan.

—Me cuesta creer que esté con otras mujeres Jacqui, tú eres impresionante, por Dios ¡mírate! Cualquiera tío daría un brazo por pasar una noche contigo.

—Tú preferiste a tu novia... —Vi cómo agachaba la cabeza y me sentí mal, levanté su barbilla y le sonreí—, lo siento.

—No, no lo sientas, tienes razón... —Me mantuvo la mirada—, y me arrepiento —Aquello me dejó de piedra, y fui incapaz de contestar—. Bueno, tú estate tranquila, tampoco te vuelvas loca —Miré sus ojos miel y sonreí.

—Creo que ya es demasiado tarde... —Me miró sin comprender—, le he lanzado cuatro vasos a la cabeza y, cuando me ha cogido, le he pegado hasta que me ha soltado...

—Vale quizá es demasiado tarde para lo de «no te vuelvas loca». ¿Te apetece subir a mi casa un rato cuando salgas de aquí?

—Gracias David, pero creo que será mejor que no, no soy una buena compañía ahora —Me sonrió y me quedé pensativa— ¿En qué número de piso vives?

—En el cuarto.

—Pues igual sí subo, pero para tirarme por tu ventana...

Se echó a reír y acabó contagiándome... pero no duró demasiado, me puse en pie y él me siguió. Nos miramos durante unos minutos y me volvió a abrazar haciendo que me perdiera en su abrazo. No quería volver a quedarme sola, pero ahora él se iría, no creo que entrara para sus horas diarias de gimnasio, daría la vuelta y pasaría de su tarde de pesas. Me estaba secando las lágrimas cuando sonó el tintineo de la puerta, ambos nos giramos, y unos ojos azules que me partieron el alma nos miraron furiosos. Recorrieron a David y luego a mí, para después dejar los ojos sobre las manos que él tenía sobre mi cara. Sin hablar dio unos pasos hacia nosotros y empujó a David que se empotró contra la pared, tan rápido que casi no lo vi. David se incorporó y empujó a Klaus que solo se movió unos pasos hacia atrás. Veía la expresión de ambos y sabía que no pararían hasta hacerse polvo. Me puse en medio justo cuando iban a darse de puñetazos.

—¡Parad! —grité con los brazos extendidos parando a los dos— ¡Por favor, aquí no!

—¿Qué mierda hacía tocándote, Jacqui?! —gritó Klaus que se movía nervioso.

—¿Te atreves a preguntarle eso? ¡¿Pero de qué vas?! —contestó David mirándolo fijamente.

—Tú no te metas en esto —le replicó Klaus, cada vez se acercaban más y mi espacio estaba empezando a ser reducido, no podría con ellos si empezaban de nuevo.

—¿Que no me meta? ¡¿Cómo coño te atreves a hacerle eso?! ¡Estás loco! —gritó David.

—¿Y eres tú quién me lo dice a mí? ¿Tú? Tu novia estuvo aquí hace unas semanas para saber si follabas con Jacqui —La voz de Klaus me atravesó y sentí que no tardaría en ponerme a llorar.

—Ya no estoy con Lorena y precisamente Jacqueline es uno de los motivos.

Sin verlo venir, Klaus le dio un puñetazo en la mandíbula a David que lo tiró al suelo. Yo me caí de rodillas por la fuerza que había hecho Klaus, sin detenerse pasó por encima de mí y ambos empezaron a pegarse, ya no podía respirar. Me arrastré por el suelo porque no tenía fuerzas para ponerme de pie, intenté meterme en medio de los dos, gracias a eso me llevé un puñetazo de Klaus que impactó de lleno en mi boca, haciéndome sangrar por el labio. El verme a mí apoyada en el estómago de David, sujetándome el labio, lloriqueando del dolor, hizo que se parara en seco y se echara hacia atrás. David se incorporó con un aspecto espantoso e ignorando su propio dolor, cogió mi cara con las manos mirándome el labio. Luego levantó la vista hacia Klaus que me miraba a punto de llorar, tenía las manos en su pelo y su cara estaba a punto de romperse, vi las intenciones de David y puse mis manos sobre las suyas, que apretaban mi cara sin darse cuenta.

—David por favor, no... —susurré llorando, el asintió y pareció relajarse.

Se levantó y me ayudó a ponerme de pie, miró mi labio y me limpió la sangre con unos pañuelos que tenía.

—Es una herida superficial Jacqui, no necesitarás puntos —Miró a Klaus que seguía en la misma posición—, te saldrá un moratón pero nada más.

—Gracias David.

—¿Estás bien? —preguntó escrutando mi mirada.

—Si no te preocupes, deberías irte, por favor.

—No.

—David por favor, si de verdad me aprecias, vete, ve a casa, cúrate esas heridas.

Me miró fijamente durante unos larguísimos segundos.

—¿En serio no quieres que me quede?

—No —Negué con la cabeza y sonreí sin ganas.

—Ponte hielo cuando puedas, a ver si con un poco de suerte no se te hincha mucho.

—Creo que deberías hacer lo mismo... —Me sonrió y me dio un tierno beso en la frente, oí el bufido de Klaus pero lo ignoré. David me miró sin un atisbo de querer irse— David, en serio, estaré bien...

—Lláname después, me quedaré más tranquilo.

—De acuerdo.

—¿Me lo prometes pequeña?

—Te lo prometo —Volvió a darme otro beso y me soltó, se puso su mochila de deporte que había estado tirada en el suelo y caminó hacia Klaus que observaba el suelo. Ambos cruzaron la mirada hasta que salió fuera, una vez en la calle, me miró guiñándome un ojo.

Me pasé el pañuelo por el labio cuando noté cómo sangraba. Klaus me contemplaba con un dolor indescriptible en la cara, no podía mirarle, me dolía verle sintiéndose tan culpable, ya que me producía más dolor.

—No ha sido queriendo Klaus, ha sido un accidente —Le miré pero él no se movió—, de verdad, la culpa es mía por meterme en medio de los dos.

—No me disculpes Jacqueline... no tengo perdón... —Su voz sonó tan triste que tuve que cerrar los ojos.

—Por esto —Señalé mi labio—, sí lo tienes...

—Me gustaría mucho hablar contigo... —Dio unos pasos hacia mí, pude notar su ansia por tocarme, pero rehuí su tacto... si él me tocaba estaría perdida, le quería demasiado.

—Cuando estés dispuesto a decirme toda la verdad... —Fijé mis ojos en él— llámame, mientras tanto no quiero verte Klaus.

—Entiendo —Vi cómo le caía una lágrima y algo azotó mi estómago—, me lo merezco.

No dije nada, no podía hablarle, solo quería abrazarle y decirle que no pasaba nada, pero no podía. Había estado mucho tiempo sin quererme a mí misma y ahora estaba dispuesta a que eso no se repitiera.

## Capítulo 17

Pasé los siguientes tres días sin salir de la cama, su ausencia era palpable, no podía soportar estar donde había compartido tantos momentos con él, él estaba en todo... en mi cama, en mi cocina, en cada ventana, en cada objeto...sus manos habían tocado todo, y ahora todo tenía su esencia, esencia que me torturaba. Solo deseaba despertar y todo hubiera sido un sueño, pero no era así, nunca despertaba y, cuando lo hacía, Klaus no estaba a mi lado, tampoco había llamado, y no sabía si lo haría. Si sentí dolor aquellos ocho días que estuvimos separados, esto era aún peor, no quería hablar, tampoco comer, ni mucho menos ver a nadie. Dana y las chicas vinieron a verme, pero no me molestaban, solo estaban y aunque yo no hablara ellas estaban ahí, eso me hacía sentir algo mejor, pero luego cuando su olor volvía a azotarme, mi poca tranquilidad volvía a hundirse. Lo echaba tanto de menos... pasé las noches en vela mirando a la nada llorando, y llorando, hasta que ya no podía llorar con lágrimas, así que solo sentía los espasmos del estómago, al cuarto día recibí un *WhatsApp*, no lo iba a mirar pero algo me hizo coger el móvil, cuando lo vi el corazón me latió tan deprisa que me mareé.

*—Pequeño: ven a mi piso a las seis, necesitamos hablar, te espero. Por favor ven. Te echo mucho de menos. (16:15)*

Me sentí morir cuando leí cómo le tenía grabado en el móvil “pequeño”, recordé cómo se echó a reír cuando se dio cuenta cómo le había puesto, aquellos recuerdos eran devastadores, me duché y me puse un pantalón corto negro y una camiseta negra... hacía mucho calor pero solo tenía animo de vestirme de negro, fui andando hacia su piso, estaba muy nerviosa y algo mareada, hacía muchos días que no estaba con tanta gente alrededor.

Cuando estuve frente a su puerta empecé a temblar... unas lágrimas cayeron por mis mejillas, no podía verle, no podría soportar aquello, cuando me quise dar cuenta toqué al timbre. Cuando abrió la puerta las piernas me temblaron, llevaba puesto un pantalón corto negro y una camiseta de manga corta gris, tenía ojeras y no muy buen aspecto, pero para mí seguía estando tan perfecto como siempre, sus ojos estaban demasiado azules... tanto que no parecían suyos, se hizo a un lado y pasé, vi cómo me miraba haciéndome sentir un escalofrío.

*—Jacqueline estás muy delgada... —dijo en un tono demasiado autoritario a lo que lo miré ceñuda.*

*—No he tenido apetito estos días, Klaus.*

—Debes cuidarte con eso... —Me acarició el hombro y quise morir—, por favor.

—No te preocupes... —Me deshice de su tacto, que quemaba mi piel y me moví por el piso.

—¿Cómo estás?

—¿Tú qué crees Klaus?... —Hice fuerza por no llorar, pero fue inútil.

Me sentí en casa cuando sus fuertes brazos me rodearon, no hice fuerza por zafarme de él, había necesitado su tacto todo este tiempo, tenía mis brazos por su cuello y lo apretaba con todas mis fuerzas como si se fuera a escapar en cuanto lo soltara, le besé el cuello, pude notar cómo se estremecía, olí su pelo y el corazón se me hizo grande, él me hacía sentir viva, sin él solo era un cuerpo que vagaba por un piso atestado de recuerdos, un piso que solo si él estaba podría ser un hogar. Me separó con dulzura y me besó en los labios, primero suave, y poco después se transformó en un beso pasional, mi cuerpo lo necesitaba, cuando noté cómo su lengua abrazaba a la mía, me sentí perdida en un mar de sensaciones, lamí y besé sus labios hasta que ambos nos soltamos para poder respirar.

—Te quiero mucho Jacqueline... —Me abalancé a él y lo abracé fuerte por la cintura.

—Yo también Klaus, yo también te quiero mucho.

—Por favor no... —Abrí los ojos de golpe y aflojé el abrazo—, no lo merezco, me dijiste que dijera la verdad y lo haré, aunque eso me lleve a perder a lo que más he querido en mi vida.

Le solté completamente y di unos pasos hacia atrás, hasta que la pared me impidió seguir.

—Sabes que mi vida no ha sido fácil —Me miró— y también sé que la tuya tampoco. Cuando te vi después de tantos años, no creí que volviera a sentir lo mismo que sentí cuando coincidimos en aquella sala del psicólogo la primera vez, pero esta vez ya no éramos unos adolescentes y eso me asustó... —Tragué saliva—. No me di cuenta de lo que me importabas hasta que supe lo de David, justo ahí creí morir, créeme cuando te digo que me mataste, dejé mis miedos a un lado y empezamos a salir, y ¡joder! eras perfecta... mejor aún de lo que había imaginado, tu forma de ser, el sexo, todo, cuando quise darme cuenta ya estaba enamorado de ti, necesitaba saber dónde estabas, con quién ibas, y no podía soportar que David



te tocara, tenía miedo a que lo prefirieras a él —No apartaba los ojos de mí y yo estaba petrificada—, pero pude notar lo que me querías, porque me lo hacías ver, a cada palabra y a cada gesto que tenías conmigo, tu casa era mi casa, tus cosas eran mis cosas... era más de lo que yo esperaba, y más de lo que siquiera había pedido y me asusté, llámame cobarde, lo que quieras... pero sentí que empezaba ahogarme, ahora no era capaz de hacer nada si no era contigo, todo era vacío hasta que aparecías con tu sonrisa iluminándolo todo, ¿en qué me había convertido?, he crecido viendo el dolor de mi madre cuando mi padre nos dejó y volvió a Alemania, siempre me dijo que no debía enamorarme, no al menos así, que cuando mi vida estuviera en manos de otra persona habría perdido la peor de las guerras, así que la noche de la cámara de vídeo, sentí que esa guerra había llegado, que ya era tuyo completamente, y que tú podrías dejarme y así acabaría mi mundo, nunca quise sentir ese miedo, y ahora lo sentía, así que.. —Agachó la cabeza y yo dejé de respirar—, empecé a coquetear con chicas... —Tuve que hacer fuerza para no caerme—, ellas no me gustaban ni lo más mínimo, pero necesitaba saber que yo podía estar sin ti, que podía estar con otras, que no me importabas tanto, y durante unos días pensé que así era...

—¿Te acostaste con alguna? —pregunté sin pensar.

—No... —contestó mirándome fijamente— pero... sí estuve a punto.

Entonces mi mundo dio una vuelta de trescientos sesenta grados, el hombre por el que lo habría dado todo, me había engañado... su discurso de antes no me valía de nada, había besado otros labios, y luego había venido a mi casa... ¿se hace eso a alguien que quieres? Yo sabía la respuesta...

—No estaba preparado para el compromiso tan grande que estábamos teniendo Jacqui... —resopló— pero ahora...

—¿Ahora? —dije en un hilo de voz.

—Ahora sé que no puedo estar con nadie más, Jacqui por favor, tienes que crearme.

Se acercó a mí y me cogió por los hombros, sus ojos me rogaban que los creyera, su nerviosismo necesitaba que dijera algo para calmarlo, pero yo solo podía mirarle en silencio, estaba rota... algo en mi estómago se había hecho añicos, sentí como se había roto algo en mi interior, pude notar el impacto y la angustia dentro de mí, el corazón me latía desesperadamente y no sentía mis extremidades, solo notaba sus manos en mis brazos y su mirada penetrante.

—¿Has tenido que quedar con otras chicas... —hablé en susurros, pues casi no tenía fuerzas— besarlas, llamarlas y tontear...para darte cuenta que me quieres?

Agachó su cabeza, y supe que sabía cómo sonaba aquello, en mi cabeza retumbaba una y otra vez, de repente, todo se quedó en blanco...

—Jacqueline por favor, tienes que perdonarme —Empezó a llorar—, ¡por favor! —Me hacía daño pero no me importaba, miraba aquello como si fuera una espectadora— Mírame por favor. ¡Mírame! —Le miré a los ojos— Por Dios Jacqui... grítame, pégame, llámame de todo, vuélvete loca conmigo, pero por favor no te calles... —Casi no se le oía por los sollozos, y aunque yo por dentro estuviera llorando lágrimas de sangre, no podía exteriorizar nada, estaba en shock— Jacqueline, joder —Me soltó un brazo para dar un puñetazo en la pared.

Rompió a llorar como un niño pequeño... y me habría partido el alma, si no fuera porque ya la tenía rota. Yo seguía de pie en aquella pared mirando la nada, cuando me soltó pude notar que mis piernas me fallaban haciendo que me deslizara hasta que quedé sentada frente a él, estaba llorando de rodillas con ambas manos en el suelo, notaba cómo le temblaban los brazos y cómo las lágrimas caían en el suelo, yo quería llorar, pero simplemente no podía... temblaba al igual que él, gracias a eso me di cuenta que seguía viva, no sé cuánto tiempo estuvimos así, de repente sentí que necesitaba salir de allí , me estaba ahogando, él había parado de llorar y me miraba con los ojos hinchados tan azules como el océano, jamás olvidaría aquella mirada. Me puse de pie, pero él no se movió, caminé hacia la puerta, me giré y le miré por última vez, después salí de allí cerrando la puerta tras de mí, corrí hacia la calle y me paré a respirar, sentía que me ahogaba , caminé rápido hasta mi casa, mis manos me temblaban, una vez dentro, me senté a pensar en qué iba a hacer con mi vida, Klaus estaba demasiado cerca de mí, y todo me recordaba a él, cogí mi teléfono e hice un par de llamadas, después de una confirmación, volví a llamar, esta vez a David.

—Jacqueline ¿estás segura de hacer esto? —dijo apretándome la mano.

—Sí, gracias por venir...

—A ti por llamar... —Me besó la frente y le abracé deseando que el tiempo se parara.

De repente vi anunciada la salida de mi tren, iría a Barcelona y me quedaría allí hasta que saliera el próximo vuelo a Francia, gracias a los contactos de mi padre podría coger el próximo avión que salía en pocas horas desde el aeropuerto del Prat, había tenido cuatro horas para prepararme las maletas y sin mucho tiempo para pensar, me puse en camino.

—Sabes que me tienes para lo que quieras ¿verdad?

—Lo sé David...

—Ten mucho cuidado y avisa cuando llegues por favor.

—Sí...

Nos fundimos en otro enorme abrazo, hasta que el móvil de David nos hizo separar.

*—Dana: ok ya voy para tu casa, ¿Por qué le has dejado las llaves al vecino? ¿Tanta prisa tenías? ¿Por qué me has dicho que conteste a este número? ¿Es nuevo? ¡Ahg! ¡En fin en un rato te veo, te espero en tu piso, te quiero!*

Resoplé y le devolví el móvil.

—¿Dana?

—Si... ya va para allá, llámala dentro de un rato, por favor.

—Eso está hecho.

—Bueno ahora sí que sí—Le acaricié la cara—, tengo que irme.

Vi cómo le saltaban las lágrimas y no quise recrearme en ello, le volví a abrazar y le di los dos besos más tiernos del mundo. No pude evitar besar sus labios, él me respondió pero no sentí nada, nos sonreímos y sin mirar atrás me encaminé hacia el tren, ya estábamos dejando atrás la estación del Norte de Valencia, cuando me recosté completamente en el sillón, pensé en Dana y cómo se lo tomaría todo, pero la decisión ya estaba tomada, y una nueva vida me esperaba.

*Hola Dana;*

*Acabo de llamarte para pedirte que vengas a mi piso, no es cierto que necesite que estés para asistir a la reunión de vecinos, siento la excusa idiota, pero no se me ocurría nada, ahora mismo estoy rumbo a Barcelona, luego iré con mis padres por una temporada que aún no sé cuánto se alargará. Siento no decírtelo a la cara y siento aún mas no haber tenido el valor de despedirme, pero no podría irme si tenía que decirte adiós... sabes que eres mi vida y ahora lo único bueno que me queda, tú y nuestras amigas..., no me llames, la tarjeta sim que había al lado de la carta es la mía, guárdala o tirla haz lo que quieras, yo te avisaré en cuanto me haga con un número nuevo, tranquila estaré bien. Te preguntarás qué ha pasado, ahora mismo no puedo escribir, estoy demasiado nerviosa, pero resumiendo... Klaus y yo lo hemos dejado definitivamente, estoy rota Dana... siento tanto dolor que no puedo ni siquiera llorar, siento que la vida se me escapa, que voy muriendo a cada minuto que pasa...y solo hace unas horas que ha pasado. ¿Por qué siento que mi vida se ha parado?, quiero que sepas que a partir de hoy este es tu piso, tráete tus cosas, decóralo como quieras, la carpeta que ves son las escrituras del mismo, el lunes a las diez tienes cita con el abogado de mi padre, él te dirá lo que haréis ¿de acuerdo? Sé que estarás negando con la cabeza, pero te pido por favor que lo aceptes, es muy importante que lo tengas tú, quita mis cosas y déjalas en el trastero, que no te estorbe, y por favor llama a Martina, Laura y Bea y diles cuánto las quiero... os llamaré a todas pronto.*

*Mi puesto en el gimnasio es tuyo, sé que no es gran cosa pero te servirá hasta que te salga algo mejor, Bea no pondrá problema y no te será difícil integrarte...además...(tíos musculosos todos los días, ya me lo agradecerás...). Klaus tiene otro juego de llaves, pídeselas o cambia la cerradura, lo que tú prefieras, pero por favor no le digas dónde estoy, es lo único que te pido, de lo que más me alegro es de que hayas vuelto a ser tú... sin ti mi vida nunca hubiera sido la misma, cuando puedas te espero aquí... y te lo contaré todo. Gracias por todo Dana, por todo....por cada segundo que me has regalado. Intenta estar bien y no llores porque me haya ido, era lo mejor para poder avanzar... ¿has sentido alguna vez esa sensación de vacío? Así estoy yo... tengo sus ojos en mi cabeza y no consigo que me dejen... ¡¡¡ no lo soporto ¡!! En fin, tu amiga la chalada se va despidiendo que aún tengo maletas que preparar... cuídate mucho, y pronto muy pronto nos vemos, y no olvides que por muy lejos que estemos, somos una.*

*Te quiero mucho Dana ¡hasta pronto!*

*PD: ¡Te llamará David, él te explicará mejor!*



## Epílogo

Tres años después...

—¿De quién era el mensaje? —me pregunta Alejo removiéndose nervioso en el asiento del avión.

—De Aníbal —contesto desganada.

—¿Otro mensaje? —Abre los ojos— Ese hombre no acepta un no por respuesta, me gusta Jacqueline...

—¿Pero a ti qué hombre no te gusta?

—También es cierto —Me echo a reír—, a mí con que tenga testosterona me gusta, eso amplía mis posibilidades...

Río a carcajadas.

—¡Di que sí! —Chocamos las manos.

—Gracias por acompañarme al tostón de la boda de mi prima, no podía ir solo... —dice resignado, yo vuelvo la vista de la ventana y le miro.

—Te debo lo que soy, no me des las gracias, además... ¿no crees que deberías decirles que eres gay? —Me contempla espantado— ¿Qué? Tampoco es nada del otro mundo...

—Cuando conozcas a mi familia lo entenderás —Sonrío ante su respuesta y me imita.

Alejo es mi editor, tiene treinta años, y gracias a él, soy una escritora con cierta fama, mi libro ha sido un *Best Seller* y parte del éxito es suyo y de Nadia, otra de mis editoras. Observo sus ojos color aceituna y su pelo rubio desordenado; es realmente guapo, y homosexual, nadie lo diría. Pero así es, si no fuera por el hecho de que me haría falta un pene para poder satisfacerlo, estaría enamorada de él, me mira sonriéndome y me relajo.

—¿Has pensado en la propuesta de la editorial? —pregunta ojeando unas revistas de moda.

—Sí, pero no creo que haga segunda parte, la historia está concluida, puedo escribir libros mejores...

—Eso no lo dudo... pero quizá podamos sacarle más jugo.

Resoplo y vuelvo mi vista a la ventana, en breve aterrizamos en París, Alejo se irá a Pierrefonds, un pueblecito medieval a ochenta kilómetros de la ciudad.

—Lo pensaré...por cierto. ¿Por qué si tu prima es española se casa en Francia?

—Se crió allí desde los cinco años hasta los veinte, su mundo lo tiene allí —Se encoge de hombros—. Es buena chica te caerá bien, además está como loca por conocerte, cuando le dije quién me acompañaba me dejó sordo del grito que dio — Le sonrío y doy las gracias por tenerlo en mi vida—, no sé cómo te lo voy a poder agradecer Jacqueline...

—¡Oh por dios, cállate ya! De todas maneras tenía que venir a la entrevista, así que es un placer acompañarte, aunque siento que no pueda acudir a la misa, me daré toda la prisa que pueda.

—No te preocupes... por cierto, gracias por conseguirnos las habitaciones en el hotel.

—De nada hombre, no he sido yo, hace unos días me llamó el hijo del socio de mi padre, es el dueño del hotel... y yo no tenía ni idea.

—Sí está claro que hay que tener amigos en todos los sitios.

—Ya te digo... —miro en la distancia pensativa— Pierrefonds es precioso... una buena elección, no puedo irme de allí sin visitar el castillo.

—¿Castillo?

—¿Pero es que no has mirado el folleto que te mandé por e-mail?

—Lo siento...

—Si hubiese sido el calendario de bomberos, te lo habrías imprimido...

—¿Acaso tu no? —Alza una ceja y sonrío— Háblame del castillo, por lo visto sabes tú más de nuestro destino que yo...

—Es perfecto —exclamo entusiasmada—, el castillo se encuentra en la parte más alta del pueblo, fue construido en 1393 por orden de Luis de Órleans , luego fue demolido tres siglos después por Luis XIII, hasta que Napoleón I se hizo cargo del lugar en el año 1810, Napoleón III lo convirtió en una mansión imperial, y en 1857 se empezó a reconstruir, aunque nunca lo llegaron a terminar del todo —me mira expectante—, su arquitectura es una pasada, es una mezcla entre el estilo renacentista, con características de la edad media. Tiene ocho torres y una muralla doble que servía para protegerlo, he leído que en el primer piso está el ala de invitados y en ella la colección «Monduit de fontanería de arte» y desde ahí se puede acceder a la Iglesia Saint Suplice.

—Dios mío... eres una *Wikipedia* con patas.

—¿Eres tonto? —Me sonrío— Tuve que buscar información para el libro «el cielo sin luna» ¿O acaso pensabas que me lo había inventado?

—¿Y elegiste Pierrefonds?

—Curiosamente sí... —Me encojo de hombros— Me encantó la foto del castillo, y desde que leí sobre el pueblo siempre quise visitarlo, además —Aplaudo como una quinceañera—, justo en estos días están en fiestas ¡el festival de forests! Tanto el castillo, como las iglesias y el teatro imperial se convierten en sede de conciertos que se remontan a la época de princesas y caballeros... ¿te imaginas? Será como estar en una película ¡y los viernes hay mercadillo!

—Solo por esa sonrisa, sería capaz de quedarme a vivir aquí.

—Vivir no... —Le sonrío— Pero tú y yo vamos a pasar dos semanas de relax en este paraíso, así que hazte la idea... —Me devolvió la sonrisa.

Unas horas después, corro hacia la habitación a cambiarme para acudir a la boda, la entrevista se ha alargado y ya no llego al convite, pero al menos puedo hacer acto de presencia en el baile. La peluquera que me ha mandado a la habitación me esperaba pacientemente. Llego, me cambio en apenas segundos y me peino, dado las horas que son me lo han recogido en una coleta a media altura, haciéndome un poco de tupe (con la coleta se puede ver la gracia del vestido). Me maquilla con sombras negras ahumadas, mis ojos verdes resaltan e incluso



parecen más grandes. Me pongo un vestido de firma largo hasta las rodillas de escote de pico, con unos tirantes de pedrería que se cruzan en mi espalda en forma de x, el vestido es descubierto hasta un poco más arriba de la rabadilla del trasero. Alejo dice que es muy sexy que se me vea toda la espalda, y a la vez elegante. El vestido es negro pero la pedrería lo cubre entero, es como si tuviera purpurina negra, me encanta. Me pongo mis tacones y me despido de la mujer que ha obrado el milagro. Otro trabajador me lleva en una especie de coche de la marca *golf*, hacia la zona de la boda, el salón está en mitad del bosque Compiègne, un hermoso paraíso de catorce mil hectáreas. Estamos cerca de un estanque, cuando veo un enorme y precioso salón con techos de pico, de color blanco con infinidad de ventanas hasta el suelo abiertas de par en par. Me quedo justo enfrente de una pasarela roja, que te conduce al interior del enorme y precioso salón. Hay pequeñas luces por todos los sitios, el prado queda completamente iluminado, tiene pequeñas farolas cada pocos metros, y gente por todos los sitios. Cuando llego a la entrada, un color crema cálido decora las paredes del lugar y los altos techos con lámparas impresionantes, como vislumbré desde unos metros más atrás. Hay varios ventanales abiertos por donde entran y salen los invitados de la boda.

Me siento dentro de mi libro... Todo está exactamente como lo describí en mi última novela. La piel se me pone de gallina, me adentro. No sé cuántas mesas redondas hay, pero más de sesenta, todas ellas con manteles blancos, y preciosos centros de flores y velas, en una esquina hay un escenario y los músicos ya tocan. Un camarero pasa a mi lado y me ofrece una copa de champán, me lo bebo de un sorbo, aquello era precioso, sacado de un cuento, de mi propio cuento hadas.

Hay mucha gente, tanta que no sé si podré encontrar a Alejo entre tanto tumulto, pero es mi día de suerte. Veo una perfecta y fuerte espalda y un pelo rubio que me anuncian que, por fin, lo he encontrado, y como si lo hubiese llamado, se gira, me mira con los ojos como platos y camina hacia mí...

—Dios mío Jacqueline, estás...estás, ¡Impresionante! —Me besa las mejillas.

—¿Yo? —Sonríó— ¿Pero tú te has visto?

Lleva un esmoquin negro con chaleco plata y corbata negra. Está realmente impresionante, son completamente comprensibles las miradas de todas las mujeres.

—Suerte tienes de que prefieras el sexo contrario... —Él sonrío ante mi comentario y me lleva hasta donde está la novia.

—Ana —llama a una chica. La novia dado el atuendo, que en ese momento nos daba la espalda—, quiero presentarte a alguien.

Se gira una preciosa chica de ojos azules y rubia, casi tan rubia como Alejo, lleva su pelo largo a cada lado de sus hombros en pequeños rizos, le hacen un aspecto aniñado, pero no deja de estar hermosa. Mira a su primo con una sonrisa en sus labios y luego a mí, esa sonrisa se ensancha soltando un grito, antes de que me dé cuenta está abrazándome, tanta efusividad me hace reír y le correspondo cómo puedo.

—¡Dios mío! —grita mientras se lleva las manos a la cara— No me puedo creer que seas tú y que estés aquí, ¡en mi boda! —Se lanza esta vez hacia su primo, que me mira con ojos de súplica, pero le ignoro, resultaba divertido verles— tienes que hacerte una foto con mi marido y conmigo por favor, Dios mío... ¡Jacqueline Amorós en mi boda!

—Claro que me haré la foto —Sonrío—, qué menos, has hecho realidad lo que imaginé para mi último libro, el pueblo, el bosque, el salón, me tienes sin palabras, es todo sencillamente...

—Perfecto —me interrumpe Alejo, que nos sonrío.

—Gracias Ana.

—¡¿Gracias, qué gracias?! —rio divertida, me cae genial— Gracias a ti, no imaginas cuánto te admiro —Por alguna razón, no lo dudo—, tengo todos tus libros, y cuando leí sobre este pueblo no pude pensar en otro lugar, he vivido aquí veinte años y jamás había oído hablar de este sitio hasta que lo leí en tu libro, ¡me encantan todos créeme!

—Bueno son solo tres —Sonrío—, pero muchísimas gracias, ¿y cuál es tu preferido?

—Bueno... adoro los tres...y «*El cielo sin luna*» es sencillamente maravilloso, pero mi favorito es, «*Si tan solo fuera sexo*». Me llegó al corazón, el final es triste, pero no le quita encanto... ¡lloré como una magdalena!

Sonrío con sinceridad, casi todo el mundo hacía esa elección. ¿Por qué siempre elegían una pasional historia con un final infeliz, cuando había otros dos, donde quise ante todo un final de película?

—No puedes dejarlo así —dice dando botecitos—, ¡tienes que hacer segunda parte!

—¿Ves? —interviene Alejo— justo se lo estaba diciendo hoy.

—Bueno, tengo que pensarlo... —Ella me sonrío entusiasmada— pero no lo descarto.

—No, no sabes cuánto te debo, no estaríamos aquí, y no estaría casada con quien estoy si no fuese por ti —dice cogiéndome las manos y mirándome tiernamente.

—¿Por mí? —pregunto asombrada, mirando a la chica que me observa como si yo fuese un estrella de cine.

—Conocí a mi marido en la librería, los dos llevábamos tu libro en la mano... y allí empezó todo.

—Guau —Sonrío como una tonta y miro a Alejo que me sonrío también sabedor de la historia— ¿En serio?

—Sí, él también es fan tuyo, con decirte que se compra tus libros, aunque yo ya los tenga... —Me rio ante su expresión— de hecho tiene un tatuaje con las últimas líneas del libro... ¿no es romántico?

La miro extrañada, y abrumada... sé que mi libro ha sido un éxito en distintos países y que aún seguían comprando los derechos, pero hasta tal punto lo ignoraba, intento recordar qué frase podría ser, pero dado el shock no lo consigo.

—¿Qué frase es? —pregunto curiosa.

—«No importa los años que viva» —Siento un latigazo en el estómago.

—«Y en qué parte del mundo me encuentre... —la interrumpo sin darme cuenta— estarás en mí, hasta el día en que muera».

Da otro gritito, que me hace salir de mi ensoñación.

—Dios mío... —Me mira alucinada— no me lo creo, has recitado la frase ¿sabes cuántas veces la he leído? ¡Millones! —Le sonrío— Aunque mi marido no me lo haya confesado, sé que se lo hizo pensando en mí, pero es demasiado orgulloso —

Tuerce el gesto haciéndome sonreír—. ¡Voy a buscarlo! Me matará si se entera que llevo un rato aquí sin decirle nada, no te muevas.

Niego con la cabeza y miro a Alejo que sigue a su prima con los ojos, le imito y veo que se dirige hacia un cuerpo escultural de pelo rapado al uno, o quizás al dos, que nos da la espalda. Es alto, bastante alto, y tiene una estructura de cuerpo perfecta, le miro de arriba abajo, quizás demasiado, dado el hecho de que era el novio. Ella pone su mano en la espalda de él y este se agacha sin girar la cara, justo cuando va a mirar en nuestra dirección un camarero nos ofrece champán, cuando se aparta, casi me caigo en redondo...

Unos ojos azules como el océano me miran fijamente, haciendo que mi corazón se vuelva loco. Cuando quiero darme cuenta, tengo apretada la mano de Alejo, tan fuerte que mis nudillos están blancos. El tiempo se detiene y solo puedo verlo a él, los años que han pasado solo ha mejorado. Ya es perfecto, ya no tiene el rostro aniñado, ya es un hombre, se le nota en todo. Su pelo rapado le confiere un aspecto de chico malo que en otra época me hubiera hecho reír, cuando me doy cuenta está frente a mí, quieto, sin hablar, mirándome sin parpadear.

—Cariño —dice ella tocándole el brazo, después de insistir varias veces él la mira—, es Jacqueline Amorós ¿no vas a decir nada? —Me mira disculpándose, mi cara tiene que ser un poema— ¿No me digas que te da vergüenza? —Ríe divertida.

—Un poco —Por fin habla y se me pone la piel de gallina, su voz es mejor de lo que recordaba—, soy Klaus Grass —Me tiende la mano, que tardo unos segundos en coger. Cuando se tocan puedo sentir esa electricidad, ambos nos miramos. Noto cómo con su pulgar acaricia mi mano y la aparto disimuladamente.

—Encantada... —hablo sin estar segura de cómo iba a sonar mi voz.

—Igualmente —Me sonrío.

El suelo se mueve... Nadie lo nota pero el suelo se ha movido, si pudiera llorar lo haría, pero hay un problema, hace tres años que no lloraba, no porque no quisiera, sino porque no podía. Siento una opresión en el pecho que creí olvidada, él está ante mí, perfecto como una estatua, recordándome el amor que una vez sentí. Ese amor que no volví a sentir jamás, mentiría si dijese que hoy en día seguía recordándolo a diario, pero pasaba más por mi mente de lo que me gustaría, y aquí estaba... después de tanto tiempo, después de haber rogado mil veces a dios por que se cruzara en mi camino, después de todo, aquí estaba... en el día de su boda.

—Bonita corbata —dice Alejo a mi lado, entonces caí.

Esa, esa corbata es la que yo le regalé... Intento tragar saliva para poder seguir respirando.

—Fue un regalo —Me mira—, un regalo muy especial.

*«Siempre me acordaré sobre quién la vi puesta»*

Recuerdo sus palabras y a continuación, cierros los ojos durante un segundo.

—Tiene el mismo color...

—Que mis ojos —le interrumpe Klaus—, sí, lo sé.

Todos sonrían menos yo, que me he quedado de piedra.

—Ya le he dicho al fotógrafo que tiene que hacernos una foto, en nada estará aquí —comenta ella sonriéndome—. ¿Por cierto puedo preguntarte una cosa?

—Claro.

—El libro... ¿en qué te inspiraste? —Siento la mirada de Klaus, pero la ignoro.

—En varias experiencias...

—¿Te pasó lo mismo que a Valeria? —exclama sonriendo.

—Unas cosas sí —me sonrojé—, otras cosas no... ¿Cuál es tu parte favorita?—  
¿Por qué coño pregunto?!

—Todo el libro —ríe—, pero me decantaría por la escena del vídeo —Mira a Klaus y me observa a mí sonriendo—. Esa escena me vuelve loca ¿fue real? ¿Te pasó a ti?

Noto cómo ella me contempla expectante, cómo Klaus se pone rígido y cómo mi sangre deja de correr ¿Qué contesto?

—Bueno —dudo y me tiembla la voz—, sí... sí me pasó.

Los ojos de ambos me miraran impresionados, Klaus porque pensaba que diría que no, Ana por la emoción y Alejo observa la escena divertido.

—¡Dios mío, qué pasada! ¿Ves? —Se dirige a su marido que me contempla divertido— Hay gente que hace esas cosas...

Agacho la cabeza, verle dolía demasiado.

—Mi prima nos ha dicho que te hiciste un tatuaje con unas líneas del libro — Klaus mira a Ana con reproche y ella se encoge a modo de disculpa— ¿Dónde te lo hiciste?

—En la cara interna del brazo —exclama Ana emocionada—, desde la axila hasta el codo.

Hielo, mi cuerpo era hielo... ahí, justo ahí fue donde le besé aquella noche, el lugar donde nadie le había besado, allí había escrito unas líneas que yo escribí para él, ¿lo supo? Por una vez en tres años siento cómo mis ojos se humedecen brevemente ¿Tres años deseando llorar e iba a ser justo delante de él? ¡No! Apenas escucho cuando grita que ya está el fotógrafo, todo empieza a ir lentamente, me muevo porque Alejo me empuja. Me posiciono entre medias del matrimonio, porque Ana me ha puesto aquí. Todo va despacio, hasta que su mano se pone en mi espalda desnuda, me estremezco y lo miro, primer flash, giro mi vista hacia el frente y segundo flash, este me ciega y es lo que me devuelve el sentido del oído, de repente el ruido se hace patente.

—Jacqueline vamos a bailar, tómate lo que quieras, estás en tu casa —comenta Ana acariciándome el brazo.

Asiento casi sin mirarla, Klaus me mira pero no le devuelvo la mirada. Ana lo arrastra hasta que se pierde entre el tumulto de la gente que ya baila. Alejo me tiene la mano agarrada, cuando me vuelvo, él me observa con una expresión que no entiendo, hasta que habla.

—¿Él es Antoin, verdad? —asiento— Lo supe en cuanto vi cómo os mirabais.

—Lo siento Alejo, de verdad, yo...

—No sientas nada, perdóname tú por hacerte pasar por esto, de haberlo sabido jamás te habría traído —nos miramos y nos damos un fuerte abrazo.

Andamos por el salón lejos de los novios. Me presenta a su familia, yo me hubiera ido pero no quiero hacerle un feo. Estaba allí para acallar los rumores de su quisquillosa y anticuada familia. En casi la hora y media que estuvimos por allí

no volví a ver a Klaus... poco después Alejo me atrajo hacia la pista de baile, cuando sonó Louis Armstrong «what a wonderful world». Dios... ¿Podría pasarme algo más? Noto cómo Alejo se tensa mientras mira tras mi espalda.

—¿Me la prestas unos minutos? —pregunta Klaus a Alejo, quien me suelta, le miro rogándole que diga algo, pero solo me guiña el ojo «*capullo*».

Agarro la mano que me ha tendido, y me acerco a él. Pone una mano en mi cintura y creo desmayarme. Estamos piel con piel y es más de lo que puedo soportar. Con la otra mano sujeta la mía y así comenzamos a bailar esa hermosa canción, lo sobrellevo hasta la parte del instrumental...

—He escuchado esta canción millones de veces... —me habla en susurros— Y no ha habido una sola vez en la que no haya pensado en ti—. Asiento con la cabeza sin hablar, su olor me embriaga—. Bueno, ¿por lo visto te ha ido bien no?

—Sí...—Le miro— No me puedo quejar.

—Te publicaron los libros... —Me sonrío—, lo sabía ¿el primero fue el que empezaste aquella noche?

—Sí...con algunas modificaciones, pero sí.

—Hablas un francés muy fluido, me has sorprendido.

¿Qué? ¿Me ha estado observando?

—Viví el suficiente tiempo en Francia y Argelia como para defenderme, luego ya fui perfeccionándolo... —Cierro los ojos para escuchar bien la canción.

—Te dije que también estaría en mi boda —Abro los ojos, me contempla con aquella mirada que hace que todo lo demás me dé igual.

—Ya veo... —Termina la canción y le suelto.

Me separo de él tan rápido como puedo. No soporto tenerle frente a mí un segundo más, toda yo huelo a él, y eso duele demasiado. Ando media hora por el salón hasta que salgo por una de las puertas y me siento en un banco de hormigón con pequeñas esculturas a ambos lados, miro a la inmensa luna llena de una cálida noche de julio.

Noto una presencia que se sienta a mi derecha, no hace falta volver la cara. Alejo me sostiene la mano mirándome en silencio, me conoce mucho y doy gracias por ello.

—Imagino que debe ser horrible esta situación ¿verdad?

—Bueno, al parecer tendrás tu segunda parte...

—¿Cómo? ¿En serio? —Me mira sorprendido.

—¿Te parece poco la recopilación de material para la continuación?

Se echa a reír y le miro con cariño, ambos volvemos la mirada al cielo, no sé cuánto estamos en silencio con las manos entrelazadas, hasta que habla.

—Mira la luna... ¿es preciosa verdad? —asiento— Me recuerda a ti, ella que aunque está sola, nunca deja de brillar.

Él fija sus ojos en mí sonriendo. Cuando quiere sabe encontrar las palabras justas. Acorto la distancia que nos separaba, y pongo mi mano en su mentón, dándole un suave y dulce beso en esos labios, tan suaves como la seda, me responde devolviéndome el beso y nos quedamos frente con frente.

—¿Por qué no pueden gustarme las mujeres? Seríamos la pareja perfecta.

Suelto una carcajada y él me imita.

—Pues porque entonces no serías tan perfecto como lo eres ahora, ¿no crees?

—Supongo que sí... ¿volvemos dentro?

—Ve tú, ahora mismo entro.

—¿Sigues queriendo quedarte estas dos semanas aquí?

—Por supuesto —Sonrío— ¿y tú?

Asiento y después de besarme en la mejilla vuelve al salón. Me pierdo en mis recuerdos. ¿Cuándo empezó mi vida a dejar de tener sentido? En estos tres años todo ha cambiado, ahora puedo dedicarme a lo que más amo, ganaba dinero con el sudor de mi frente, mi padre había vuelto a España, todo por fin estaba dónde tenía



que estar... pero aparte de cuando pasé mis dedos por la portada de mi primer libro, ya no me había vuelto a sentir tan bien. Intento recordar la última vez que me sentí viva, y vi su cara sonriéndome con una sonrisa de medio lado. Cuando abro los ojos me estoy riendo. Niego con la cabeza deseando que nadie me vea, cuando me vuelvo, Play está quieto a mi lado.

—¡Play! —grito mientras me dejo caer al suelo para quedar a su altura— ¡Madre mía que mayor estás! —Pese al tiempo me recuerda. Sonríó al ver que lleva una pajarita negra, intenta lamerme la cara varias veces, no para quieto, cuando por fin se tranquiliza le abrazo, y le doy un tierno beso entre los ojos— Te he echado mucho de menos ¿lo sabías? —Agacha las orejas, este perro desde luego me entiende— ¿Me prometes algo amigo? —Se revuelve— Cuida mucho de Klaus, ¿me harás ese favor?

Unos niños lo llaman a lo lejos, llevan una pelota y sonrío al verle moverse nervioso.

—Ale ve... —Salta y va hacia ellos, se gira me mira y sigue hacia los niños corriendo.

—Te echa de menos —Oigo una voz detrás de mí.

—Siempre le caí bien... —Sonríó levantándome, de pie detrás de mí está Klaus, tan irresistiblemente guapo con su esmoquin negro, su chaleco azul y esa preciosa corbata que yo le regalé, le queda como un guante, destacando su increíble porte.

—Y no es al único... —Me pongo frente a él y nos miramos.

Estamos varios minutos quietos, apenas sin parpadear, empiezo a respirar con dificultad cuando escuche «*The eclipse of the heart*»

—Esto es indescriptiblemente difícil, pero joder...Te quiero tanto Klaus —Le digo sin pensar, quizá estoy embelesada por la canción que suena en ese momento, o porque dejo que hable mi corazón sin tapujos, sin más me abraza apretándome fuertemente.

—Y yo Jacqueline, no he dejado de quererte nunca —Me suelta y me agarra la cara con sus manos— ¿Podrás perdonarme alguna vez?

—Hace mucho que te perdoné —Me suelto al darme cuenta de lo cerca que estamos—, aun así hoy es tu boda, no está bien que estés aquí conmigo...

—Te esperé durante tanto tiempo Jacqui que...

—Para —Le interrumpo—, no hace falta que sigas.

—¿Eres feliz?

—Pretendo serlo —respondo sonriendo—, ¿y tú?

—Podría estar peor —Me imita— ¿Te cuidarás?

—Dalo por hecho —Miro la luna y pido un deseo—, ahora tengo que irme, cuídate mucho Klaus y sé muy feliz.

Asiente mientras me besa las manos, las suelto y empiezo a caminar, mis manos tiemblan. Sentir sus suaves labios en mi piel, ha activado todas mis terminaciones nerviosas, no quiero girarme pues si lo hago no podré irme, le quiero... le quiero más de lo que pensaba, no sé si podré olvidarle alguna vez, pero no dejaré de intentarlo. Sé que lo he dejado atrás en cuando he girado la esquina.

## Klaus

La veo marcharse, y siento que estoy rompiéndome de nuevo, mirar su espalda, su preciosa y sexy espalda alejándose de mí, «otra vez», quiero ir detrás de ella, decirle que me da igual el resto del mundo, que quiero pasar el resto de mi vida con ella, y lo habría hecho, si no fuera porque oigo la voz de Ana hablando por el micrófono dentro del salón. Jamás sentiré por Ana nada parecido a lo que siento por Jacqueline, quizá ese será mi castigo por haber sido un cobarde, aun así quiero a Ana y sé que ella está muy enamorada de mí. No haré daño a otra persona otra vez. ¿Por qué ahora?

No sé cuántas veces rogué encontrarme con Jacqueline. Pasé muchos meses de mi vida sentado en aquel parque frente su casa, solo por si volvía de visita, pero nunca lo hizo. Un tiempo después de su marcha Dana me enseñó la carta que ella había dejado el día que se fue. Entonces entendí porque nunca respondió a mis llamadas ni a mis mensajes, en los que le suplicaba que por favor volviera, mantuve contacto con Dana para ver si había noticias de Jacqui , pero un día supe que no podía vivir pensando si volvería o no. Cuando me enteré que le publicaron un libro volé de vuelta a España, ya que había pasado una larga temporada con mi padre en Alemania, y corrí a la primera librería que encontré y ahí estaba, su nombre,

imaginé lo feliz que sería de ver su sueño cumplido, y deseé que aunque fuera durante unos segundos, pensara en mí. Cuando leí aquel libro, fue como revivir nuestra historia, sentí en cada palabra cuánto me amaba, con qué ojos me vio desde el principio, y cuán importante era para ella, me sentí aún más miserable.

Los personajes de su libro éramos ella y yo, y como en la vida real, ambos se separaban... sentí mi corazón romperse solo al recordar lo que sentí aquella tarde, hacía ya unos años... en la última página había un escrito:

*“Que el viento te lleve este mensaje, que caiga a tus pies como una estrella, porque moriré si no te digo, que no importa los años que viva y en que parte del mundo me encuentre, estarás en mí hasta el día que muera.*

*Para ti pequeño.”*

Recuerdo las lágrimas que recorrieron mis mejillas, ese mensaje era para mí, no había dudas, pese a todo quiso decirme que nunca me olvidaría, ahora sé que esa fue su forma de decirme que me perdonaba. Pasó mucho tiempo hasta que por fin me sentí feliz, y justo ahora aparece, tan preciosa, tan elegante, tan mujer, los años solo han cincelado más su impresionante belleza, y aunque está mucho más delgada que antaño, es la perfección en persona.

Cuando la veo besar a Alejo tengo que apretar los puños para controlarme, aunque sé que Alejo es gay, no me gusta verla besar a nadie. Alejo pasa por mi lado y me da un golpecito en la espalda, sé que lo sabe. La veo allí quieta sentada y preciosa, parece una escultura, iba a arrimarme pero Play se me ha adelantado, sonrío al verles y envidio a Play. Me acerco a unos primos pequeños de Ana y les digo que lo llamen para jugar, poco después la tengo para mí solo.

—Te echa de menos —Ella da un suave respingo.

—Siempre le caí bien...

—Y no es al único... —sonrío al ver que me contesta. Se levanta y da unos pasos hacia mí, de repente suena una preciosa canción que me hace cerrar los ojos unos segundos.

—Esto es indescriptiblemente difícil, pero joder...Te quiero tanto Klaus... —El corazón se me para y creo volar, casi sin poder resistirme la abrazo.

—Y yo Jacqueline, no he dejado de quererte nunca ¿podrás perdonarme alguna vez?

—Hace mucho que te perdoné —Sentirla en mi cuerpo, tan pegada a mí, me hace dar cuenta de que jamás la olvidaré.

—Te esperé durante tanto tiempo Jacqui que...

—Para —me interrumpe—, no hace falta que sigas.

—¿Eres feliz? —pregunto sin saber porqué.

—Pretendo serlo, ¿y tú?

—Podría estar peor —Sonrío al ver cómo me imita— ¿Te cuidarás?

—Dalo por hecho —Mira a la luna y sé que se está despidiendo—, ahora tengo que irme, cuídate mucho Klaus y sé muy feliz.

No puedo contestar. ¿Qué voy a decirle? ¿Que por favor no se vaya? Jamás se quedaría y más después de saber que estoy casado... ¿Por qué ha aparecido justo este día?... Cuando la veo perderse entre la gente, sé que una parte de mí ha muerto con su partida y que jamás volveré a estar completo.

## Jacqueline

Giro la esquina, me apoyo en la pared. Me ha venido bien llegar aquí, me estaba quedando sin aire, la opresión en el pecho se iba haciendo más y más grande, podía intuirlo en la distancia con sus ojos en mi espalda, pero si me paraba, si me quedaba quieta al menos un segundo, jamás sería capaz de irme, y sin esperarlo y por primera vez en tres años noto mis mejillas mojadas. Empiezo a sollozar apretándome el estómago, voy a estallar... tres años de resentimientos van a salir a flote, justo en el día de su boda, en un salón perdido en los prados de Compiègne.

Pero debo cumplir mi parte del deseo que he pedido a la luna llena... *«que sea el hombre más feliz del mundo»*, esas son las palabras que pronuncié en mi mente mientras aún estaba frente a él, aunque una parte de mí acababa de morir, solo tengo clara una cosa, deseo que sea feliz sobre todas las cosas, y aunque yo jamás pueda sentirme completa, solo podré sentirme mejor si sé que uno de los dos, vuelve a amar.

Caminaré por caminos distintos a los suyos, pondremos océanos entre nosotros, pero ni con eso podré dejar de quererle. Después de mucho pensar, prefiero haber conocido ese amor tan intenso, aunque haya sido breve, que haberlo anhelado el resto de mi vida.

**- Fin -**

## Sobre la autora:



Myriam Ojeda, nació en Valencia un 18 de junio de 1987, es la mayor de dos hermanos. Con una creatividad que, desbordada incluso a veces en exceso, se decidió a dejarlo todo, después de darse cuenta de que la universidad no era lo suyo, y se centró únicamente en aquello que conseguía hacerla feliz. Escribir.

Compaginando trabajos con la escritura, encontró el portal de Internet: *Wattpad*, donde primero fue una mera lectora, hasta que hace dos años, dio el salto y empezó a subir sus historias.

***Si tan solo fuera sexo*** llegó a niveles impensados, llegando a superar los ocho millones de lecturas online, y su segunda parte: ***Cada parte de mí***, le siguió el camino de cerca.

Ahora con miles de seguidores, se embarca en esta nueva aventura con la *Editorial LxL*, editando ambas novelas con escenas y acontecimientos inéditos dentro de las mismas, deseando como siempre, llegar a lo más alto.